



Segunda Oportunidad
Padre soltero
Romance mafioso

LA NIÑERA *de la* MAFIA

IMPERIO FAMILIAR DE LA MAFIA 6

LENORA WILDE

LA NIÑERA DE LA MAFIA

Segunda Oportunidad

Padre soltero

Romance mafioso

[Serie Imperio Familiar de la Mafia](#)

Libro N° 6

Lenora Wilde

Copyright © 2024 por Lenora Wilde.

Todos los derechos reservados. Este ejemplar está destinado exclusivamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin permiso previo por escrito del editor, salvo breves citas en una reseña del libro.

Prólogo - Anna

Me miré en el espejo del pasillo y sentí un montón de excitación en el pecho. No me lo podía creer. Esta era la noche en que todo cambiaba. La noche en la que por fin íbamos a hacer que esto fuera lo más real posible. Me moría de ganas.

"Estás preciosa, cariño", me dijo mamá desde el otro extremo del pasillo, y yo le sonreí. Seguramente sabía que estaba nerviosa por mi vestido de graduación, pero realmente me gustaba cómo me quedaba. No podía contar las horas que había pasado recorriendo metódicamente los estantes de las tiendas de segunda mano y de descuento de la zona en busca del que sabía que haría que esa noche fuera perfecta, finalmente me había decidido por este, y me encantaba. Rojo, brillante y ceñido al cuerpo, me hacía sentir como una princesa. Una princesa muy sexy.

Me había planchado el pelo y me había maquillado durante más de una hora a primera hora de la tarde, y me sentía como si apenas pudiera reconocermé. Esa era la idea, ¿no? Después de esto, iba a ser una persona diferente. No iba a ser la misma chica de antes. Y no podía esperar a ver cómo me iba a sentir, a convertirme en alguien nuevo. Entregarme por fin a Callum de la forma que había estado deseando.

"Gracias", respondí, mostrándole una sonrisa y mordiéndome el labio.

"Ahora solo te falta el ramillete", comentó, mientras levantaba las cejas con entusiasmo. Solté una risita. No había muchos padres que estuvieran tan entusiasmados con la idea de que su hija fuera al baile con un chico, pero yo sabía que mi familia adoraba a Callum. Siempre habían pensado que era la cosa más dulce, y tenían razón: desde el momento en que nos conocimos en el primer año de instituto, supe que era el chico para mí. Esos profundos ojos azules, la forma en que parecían atravesarme cuando nos cruzábamos en clase, incluso antes de saber su nombre, habían hecho que una parte de mí se pusiera nerviosa ante la idea de acercarme a él.

Y estos últimos años habían sido perfectos de una forma que nunca hubiera imaginado. Mientras todos mis amigos entraban y salían de relaciones, lidiando con el desamor y el drama, nosotros dos nos mantuvimos fuertes. Nos convertimos en un elemento habitual en el mundo de las citas de nuestro instituto, prácticamente en una broma por lo constantes que éramos el uno con el otro, y eso era exactamente lo que me gustaba. Sí, a veces era demasiado engreída para mi propio bien, pero ¿quién podía

culparme? Tenía al chico más guay, amable y guapo del instituto para mí sola. Todo se sentía perfecto.

Bueno, excepto una cosa. Callum siempre me había mantenido alejada de su familia, y yo nunca había sido capaz de entender por qué. Mientras que mi familia lo adoraba y lo invitaba a cenar al menos una vez a la semana, la suya siempre se mostraba distante, nunca estaba cerca. Durante los primeros meses de noviazgo se había limitado a poner excusas, pero cuanto más tiempo pasaba, más difícil le resultaba ocultar esa parte de sí mismo. Al final, admitió que su familia nunca habría aprobado su relación conmigo, aunque no explicó por qué, y prometió que nunca sería un problema. Al principio lo vi con recelo, pero a medida que nuestra relación avanzaba, supe que no tenía sentido darle demasiadas vueltas. Lo que importaba era que me quería, ¿no? Y que estábamos juntos.

Y que íbamos a estar juntos como nunca antes lo habíamos estado. No podía esperar. Puede que sea un cliché perder la virginidad la noche del baile de graduación, pero para mí tenía sentido. Había pasado tanto tiempo conteniéndome, siendo cuidadosa, tonteando sin llevar las cosas demasiado lejos, y ahora, por fin, estaba preparada. Quería que me quitara el vestido y...

Bueno, iba a dejar el resto a mi imaginación. Sentí un cosquilleo en la base de la columna al imaginar sus manos sobre mí, tocándome, abrazándome, acercándome. Su beso era tan suave y tierno que me daba vueltas la cabeza. Sí, no podía esperar, y sabía que él sentía lo mismo.

Ahora solo faltaba que él apareciera y me llevara al baile. Le di un abrazo a mi madre y salí a esperarlo. Quería que me viera con este vestido, peinada y maquillada, y así poder ver su expresión en el momento en que lo hiciera. Se me aceleró el corazón al pensarlo. Siempre me miraba como si no pudiera creer que yo le perteneciera, pero esta noche iba a ser diferente.

Miré la hora en el móvil: eran casi las siete, que era cuando me había dicho que me recogería. Sabía que llegaría pronto, pero estaba tan emocionada que no podía esperar dentro. Mis amigas siempre se burlaban de mí por lo loca que estaba por él, pero no me importaba. Le quería con locura, y no veía razón alguna para fingir lo contrario. ¿Por qué iba a fingir que no lo quería cuando él era lo único en lo que podía pensar?

Bueno, no era lo único. Tenía planes para después del instituto, claro que los tenía.

Iba a estudiar puericultura, tal vez magisterio de primaria o algo así, pero él iba a estar conmigo en todo momento. Me lo había prometido. Y si algo sabía de él era que siempre cumplía sus promesas.

Me quedé allí, fuera de la casa, con mis tacones bajos; nada demasiado loco, quería bailar toda la noche. Con él, con mis amigos. Quería crear recuerdos que durasen el resto de mi vida, y tenía la intención de conseguirlo como fuese. No podía quitarme la sonrisa de la cara mientras esperaba a que doblara la esquina, contando los instantes que faltaban para que llegara. Nunca llegaba tarde. Nunca me haría esperar.

Pero entonces, eran las siete y cinco, y diez, y cuarto, y media. El estómago empezaba a retorcerse por dentro, la mente se me llenaba de dudas mientras me preguntaba qué lo alejaba de mí. ¿Habría tenido un accidente de camino hacia aquí? No podía ser eso. Siempre conducía con cuidado.

Al cabo de un rato, me empezaron a doler los pies y me hundí en el escalón de la entrada de la casa de mis padres. ¿Cuándo iba a llegar? Algo tenía que andar mal para que me hiciera esperar tanto, estaba segura. Algo tenía que ir muy mal. El miedo me revolvió las tripas y traté de ignorarlo. Él no me habría dejado plantada. Jamás. Nunca había sido esa clase de chico, y sabía que no empezaría la noche del baile. Era impensable.

Por fin oí el ruido de un motor y me puse en pie de nuevo, con una sonrisa en la cara. Cuando me explicó lo que había pasado, estaba segura de que le perdonaría enseguida. No querría hacerme daño. Algo loco debía de haberle alejado de mí, y cuando habláramos de ello, nos reiríamos todo el camino hasta nuestro baile de fin de curso.

Pero el coche que dobló la esquina no era el suyo. Fruncí el ceño. En realidad, no lo reconocí en absoluto, pero parecía completamente fuera de lugar en esta calle. Un vehículo oscuro y elegante, con los cristales tintados, que circulaba despacio, como si quien estuviera dentro buscara a alguien. ¿A mí?

El coche se detuvo frente a mi casa. Me quedé mirando mientras bajaban un par de hombres extraños, ambos con trajes oscuros. ¿Eran policías? No, no podían serlo. No parecían policías. Pero desprendían una energía oscura que no me gustaba nada, y todo se tensó en mi interior mientras intentaba averiguar qué estaba pasando.

"¿Quiénes son? Pregunté cuando uno de los hombres se dirigió hacia mí. Sus ojos

eran ilegibles y fríos, como si hubiera preferido estar en cualquier otro sitio antes que tener que hablar conmigo.

"¿Anna Marks?", me preguntó, y yo asentí. ¿Qué estaba ocurriendo? Necesitaba respuestas, y las necesitaba pronto, o iba a empezar a enloquecer allí mismo, en la calle. Crucé los brazos sobre el pecho, a la defensiva.

"¿Por qué? ¿Quién quiere saberlo?", respondí, mirando a mi alrededor. Pude ver a mi madre asomada por la ventana del salón, pero dejó caer la cortina para fingir que no me había estado espiando. Se me curvaron los dedos de los pies en los zapatos. Dios mío. ¿Qué estaba pasando?

"No vuelvas a acercarte a Callum", me dijo. "Ha terminado contigo".

Mis ojos se abrieron de par en par. "¿De qué demonios estás hablando?" Pregunté, con la voz entrecortada mientras intentaba que me salieran las palabras. "¿Qué...? ¿Quién eres?".

"Tu relación con Callum ha terminado", me dijo, frío, calculador, sin responder a la emoción que subía por mi voz. Era como una pesadilla que se desarrollaba delante de mí y no sabía cómo detenerla, ni siquiera sabía si podría hacerlo. El hombre al que amaba, el hombre del que me había enamorado hacía tantos años, ¿estaba rompiendo conmigo? ¿Por qué? ¿Quiénes eran esos hombres y por qué los había enviado a hacer el trabajo por él? ¿Era una broma?

¿Tenía algo que ver con su familia?

"¿Por qué no puede decírmelo él mismo?", le pregunté. "No voy a creerlo hasta que me lo diga él".

El hombre suspiró. "Confía en mí", me dijo, su voz bajando un tono amenazador. "Es mejor para ti y para tu familia que te apartes de su camino. Para el resto de tu vida".

Lanzó una mirada hacia la ventana donde había estado mi madre, y una oleada fría de miedo me recorrió. No. Esto no podía estar pasando, de ninguna manera. Callum iba a aparecer en cualquier momento y les diría a esos tipos que se largaran de allí y me llevaran a nuestro baile de graduación, tal y como habíamos planeado.

"No voy a hacer nada de lo que me digas", respondí, a la defensiva. Volví a

sentarme en el escalón, apoyando la barbilla en las manos. "Vete. Fuera de aquí".

El hombre se detuvo un momento, como si estuviera considerando continuar con su discurso sobre cómo debía alejarme de Callum y olvidarme de él, pero pareció darse cuenta de que era inútil. Era el hombre con el que había estado prácticamente desde que era adolescente. No iba a olvidarme de él. Me importaba demasiado y sabía que yo le importaba a él de la misma manera.

Los hombres volvieron a subir al coche y se marcharon, y volví a mirar el teléfono. Llevaba casi cuarenta y cinco minutos de retraso y empezaba a preocuparme de verdad.

No habría terminado así conmigo, ¿verdad? No habría sido tan cruel, tan desagradable, tan frío conmigo. Me había querido durante tanto tiempo, me había hecho sentir segura y cuidada durante tantos años. Estaba segura de que no acabaría conmigo así como así.

Me senté en el escalón y me quedé mirando la oscuridad de la calle, salpicada por la escasa luz de las farolas que me rodeaban. Iba a llegar. Iba a llegar en cualquier momento. Y cuando lo hiciera, le contaría la loca historia de los hombres que habían aparecido para decirme que no volvería a verle, y ambos nos reiríamos de ello.

Al menos, eso era lo que tenía que repetirme a mí misma.

Capítulo uno – Anna

"¡Oh, no sé cómo vamos a arreglárnoslas sin ti!", me dijo Jackie mientras me abrazaba en la puerta. Yo me reí.

"Estarás bien", le prometí. "La agencia ya te ha conseguido otra niñera en España, ¿verdad? Seguro que será perfecta".

"Sí, no tan perfecta como tú", contestó Jackie, haciendo una mueca juguetona.

Sonreí y le enarqué una ceja. "Cuídate, ¿vale?". Le dije a la que pronto sería mi ex jefa. "Y a Natalie. Cuídala también".

"Sabes que lo haremos", respondió. "Vamos a echar mucho de menos tenerte cerca".

"¿Por qué crees que me voy cuando Natalie está en el colegio?". Señalé. "La cantidad de llanto que haría si tuviera que despedirme en persona...".

"¡Basta!", protestó Jackie, agitando las manos delante de la cara como si intentara secarse los ojos. "Me vas a hacer llorar".

"Lo siento, lo siento", me disculpé, y cogí mi bolso. "Te mantendrás en contacto, ¿verdad? Hazme saber cómo se instalan. Quiero fotos".

"Lo haremos", prometió mientras me despedía con la mano desde la escalera de su casa. Estaba casi todo empaquetado, listo para volar al nuevo hogar de la familia en el norte de España. Me había enseñado algunas fotos del lugar donde iban a vivir y estaba más que celosa. Parecía un lugar increíble y, como su marido ya trabajaba allí, se instalarían enseguida.

Y yo tendría que empezar de nuevo con una familia completamente nueva. Dios, nunca sería fácil decir adiós así. Siempre me costaba dejar atrás a una familia con la que había trabajado durante tanto tiempo, incluso sabiendo que me enfrentaba a un nuevo reto. Me había hecho muy amiga de su hija, Natalie, y se me encogía el corazón al pensar que no podría verla todos los días como antes.

Pero esa era la difícil situación de trabajar como niñera interna. Había ayudado con

Natalie mientras Jackie y su marido trabajaban por todo el mundo, y ahora estaban listos para seguir adelante como familia. Lo cual era bueno, la verdad. Sabía que Natalie prosperaría en un nuevo lugar, con la oportunidad de hacer nuevos amigos y conocer una nueva cultura. Tenía seis años y estaba en esa edad en la que absorbe todo como una esponja.

Y yo no tenía que preocuparme por encontrar un nuevo trabajo. La agencia ya me había conseguido otro cliente y al final de la semana me mudaría a una lujosa mansión al otro lado de la ciudad. Había husmeado un poco en la dirección del lugar al que iba a mudarme, y parecía increíble. No reconocía el nombre de la mujer que me había invitado a trabajar para ella, pero debía de tener mucho dinero para poder permitirse un lugar así.

Mientras tanto, me alojaba en casa de mi amiga Frankie. Estaba a punto de mudarse con su novio de toda la vida y, aunque yo pensaba que era un poco gilipollas, iba a estar fuera de casa la mayor parte del tiempo antes de que se acabara el contrato de alquiler a final de mes, así que podía tener un poco de espacio para mí, para variar. Me encantaba mi trabajo, pero a veces era difícil dedicarme tiempo a mí misma. Estaba deseando relajarme en mi propia compañía durante unos días antes de lanzarme a algo nuevo.

Frankie y yo habíamos quedado en una cafetería no muy lejos de su apartamento para ponernos al día mientras tuviéramos tiempo: las dos estábamos muy ocupadas con el trabajo y sabía que no era probable que volviéramos a tener tiempo para pasar una hora o dos juntas una vez que empezara mi nuevo trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que ella iba a vivir con su novio. Y yo no tenía precisamente la intención de pasar mucho tiempo en su casa si podía evitarlo, porque si tenía que pasar más tiempo intentando reírme de sus chistes de mierda, iba a perder la cabeza.

De todos modos, ese no era el objetivo del día. El punto del día era celebrar con ella el gran paso de mudarse con su hombre mientras yo terminaba un trabajo y pasaba a algo nuevo. Iba a ser un día increíble, podía sentirlo.

Hacía casi seis años que me había metido en este oficio y nunca habría imaginado que me enamoraría de él de la forma en que lo hice. Cuando me gradué en educación infantil, tenía pensado dedicarme a la enseñanza, pero necesitaba ganar algo de dinero nada más salir de la universidad. Lo primero que surgió que se ajustaba a mis

credenciales fue un puesto de niñera interna, y me fue tan bien que la agencia me contrató de forma continua, dándome nuevas familias con las que trabajar y nuevos niños a los que ayudar a criar.

Fue una gran alegría poder ver crecer a esos niños. El mayor tiempo que había pasado con una sola familia fue poco más de un año, y seguía en contacto con su hija pequeña, Harriet. Era extraño pensar en todas las formas en que había influido en sus vidas y que aún no conocía, y me tomaba mi trabajo muy en serio, poniendo todo de mi parte para asegurarme de que estos niños tuvieran todo el apoyo y los cuidados que hubieran podido desear, incluso cuando sus padres estaban demasiado ocupados para dárselos.

Llegué a la pequeña cafetería que había calle abajo de la casa de Frankie y, como de costumbre, ella llegó quince minutos tarde. La chica era prácticamente alérgica a llegar a tiempo, pero no me importaba. Era un encanto. Solo que siempre estaba ensimismada y perdía el tiempo. Me puse en pie y le hice señas para que se acercara a mi mesa entre la multitud de la cafetería, y ella me dirigió una de esas sonrisas asesinas y me saludó con un abrazo.

"¡Ahí estás!", exclamó, acercándose a mí. "Dios mío, ¿cómo estás? Ha pasado demasiado tiempo".

"La verdad es que sí", asentí mientras tomaba asiento y volvía a coger mi café. "¿Cómo va la mudanza?"

Puso mala cara. "Uf, está tardando una eternidad", se quejó. "Siento que tengo que hacer veinte viajes más antes de tenerlo todo en su casa, ¿sabes?"

No hice ningún comentario al respecto, pero sabía que Dylan, su novio, probablemente no estaba ayudando tanto como debería. Ella estaba totalmente enamorada de él, pero yo nunca había entendido por qué. Ella era una mujer de negocios de altos vuelos, que había montado su propia empresa de diseño gráfico cuando aún íbamos juntos a la universidad y trabajaba todo lo que podía para hacerla prosperar, y él era un completo y absoluto derrochador. No había tenido trabajo en todo el tiempo que llevaban juntos, y yo no tenía ni idea de lo que ella veía en él. Pero tal vez había algo más entre bastidores de lo que yo sabía, no estaba segura, no tenía intención de involucrarme.

"Sí, probablemente", estuve de acuerdo. "Mudarse siempre es un coñazo".

"De acuerdo", se rio. "Y tratar de estar encima del trabajo todo el tiempo también... ¡Es una pesadilla!".

Se rio y le hizo señas a un camarero para que pidiera un café. Luego se volvió hacia mí, con las cejas levantadas.

"Cuéntame qué te ha pasado", comentó sonriendo. "Tienes un nuevo trabajo, ¿verdad?".

"Sí, a partir de la semana que viene", respondí. "Pronto me mudaré a su casa".

"¿Algún sitio bonito?", preguntó.

"Oh, deberías verlo", respondí, sacando mi teléfono para poder enseñárselo. "Es una locura. Debe ser una familia de mucho dinero para permitirse un sitio así".

Sus ojos se abrieron de par en par al ver el lugar al que pronto llamaría hogar.

"Joder, no bromeabas", asintió, y frunció el ceño al mirar la dirección. "Espera, ¿dice eso el barrio Kennedy?"

"Sí, ¿por qué?" Respondí, confundido.

"Oh, es que... he oído algunas cosas sobre él", admitió.

"¿Como qué?", le pregunté.

Hizo una pausa, mirando a un lado y a otro. "Que mucha de la gente que vive allí es de dinero negro, ya me entiendes", explicó, bajando la voz. "Cosas de delincuentes. Ya sabes".

"¿Ah, sí?", respondí, sin darle demasiada importancia. Quería a Frankie, pero no podía imaginar que fuera la persona más digna de confianza cuando se trataba del submundo criminal de esta ciudad.

"Eso es lo que he oído", respondió, moviendo la cabeza. "Quiero decir, no lo sé, la verdad. Pero cuídate, ¿vale?".

"Lo haré", le prometí. "Entonces, ¿cómo te sientes acerca de vivir realmente con

Dylan?"

Volviendo la conversación hacia ella, charlamos sobre su propuesta de que se fuera a vivir con él. En privado me pregunté si tenía más que ver con el reciente aumento del alquiler que con un romance digno de un desmayo, pero bueno, ella no era estúpida. Si eso era lo que quería, confiaba en que era lo mejor para ella.

Y, además, no tenía por qué decirle a nadie cómo debía llevar su vida amorosa, dado que yo misma no tenía ninguna. No es que no quisiera tenerla, sino que me resultaba prácticamente imposible conocer a alguien, dado el tipo de trabajo al que me dedicaba. Estaba tan ocupada cuidando a los niños todo el tiempo que las únicas personas con las que realmente entraba en contacto eran sus padres u otros cuidadores. No era precisamente un ambiente próspero para las citas.

De hecho, la última persona con la que había salido había sido... Callum. Me quedé mirando el café mientras su nombre cruzaba por mi mente, haciendo todo lo posible por olvidarlo, aunque sabía que no iba a ser tan fácil. Había pasado la mayor parte de los últimos diez años intentando olvidarle, intentando no hacerme preguntas sobre lo que había ocurrido aquella terrible noche en que me abandonó, pero era imposible no preguntárselo. Habíamos estado tan enamorados, tan felices, tan seguros el uno del otro, y luego, simplemente... puf. Desapareció de la faz de la tierra. Me dejó sentada en la escalera esperando a que viniera a recogerme hasta que era casi medianoche y mi madre insistió en que entrara antes de morir congelada.

No es de extrañar que me costara empezar algo nuevo con alguien después de aquello. Cualquiera habría tenido problemas de confianza después de cómo me había tratado. Aunque a veces me preguntaba si había algo más de lo que yo sabía. Algo más oscuro entre bastidores que lo había alejado de mí. Me había amado tanto, me había tratado como a una maldita reina, me había prometido el mundo y luego... se había esfumado. Todavía no tenía sentido.

"Oye, ¿estás bien?", me preguntó Frankie, frunciendo el ceño cuando pareció darse cuenta de que volvía a desvanecerme en mis propios pensamientos. Asentí rápidamente.

"Estoy bien", le aseguré, dibujando una sonrisa en mi rostro. "Lo siento. Es que... tengo mucho en qué pensar con el nuevo trabajo y todo eso".

"Lo vas a hacer genial", me prometió. "Eres increíble en esto. Sé que lo eres".

"Gracias", murmuré. Me gustaría poder decirle la verdad sobre lo que estaba pensando, sincerarme con ella sobre la ruptura que aún resonaba en mi pecho, pero no quería arruinar su entusiasmo por mudarse con Dylan. Se merecía que alguien compartiera algo positivo con ella, no que sacara a relucir los recuerdos de una desagradable ruptura.

"De todos modos, ¿cómo va tu trabajo?", le pregunté alegremente, intentando cambiar de tema de conversación.

"Muy ocupada", suspiró. "No sé lo que es. Es como si en cuanto tuviera algo en lo que centrarme, como mudarme con Dylan, el mundo entero quisiera un trozo de mí".

Le di un sorbo a mi café y la escuché, intentando concentrarme en lo que decía. Pero, en algún lugar de mi mente, el recuerdo de Callum había despertado algo, algo que sabía que no iba a ser tan fácil de descartar.

Capítulo dos – Callum

"Ten un gran día", le dije a Aidan, inclinándome para estrecharlo en un abrazo. Le sacudí su pelo rubio mientras me apretaba con sus bracitos. No podía creer lo grande que se estaba haciendo, pero lo pequeño que me seguía pareciendo. A veces me preguntaba adónde había ido el tiempo, adónde se me habían ido de las manos estos últimos siete años.

"Gracias, papá", me dijo antes de salir corriendo hacia el patio para alcanzar a sus amigos, con la mochila rebotándole en los hombros. Me enderecé y sonreí al verle marchar, y me coloqué entre el resto de padres a mi alrededor. En momentos así, casi podía convencerme de que era normal. Como cualquier otro padre que deja a su hijo en el colegio antes de irse a trabajar.

Aunque mi trabajo no tuviera nada que ver con el suyo.

Volví a subirme al coche y crucé la ciudad en dirección a mi casa. Cuando llegué, fui directamente a la cocina a prepararme un café y, para mi sorpresa, me encontré con que mi madre ya estaba allí preparando una cafetera.

"Tienes que parar de entrar sola", la regañé. "Te di esa llave para emergencias".

"Y el café es una emergencia, por lo que a mí respecta", respondió mientras me servía una taza y me la entregaba. "Me quedé sin nada en casa. Sabía que aquí tendrías del bueno".

"Te traeré más si lo necesitas", le dije, enarcando una ceja.

"Bueno, tengo un motivo oculto", admitió, y suspiré. Siempre lo tenía. Rara vez había visitas sociales con mi madre, al menos cuando se trataba de mí. Visitaba a Aidan solo para verlo, pero si bajaba a casa cuando sabía que solo yo estaría, normalmente era porque tenía algo que decir.

"Tengo que ir a una reunión", le dije. "Hoy estoy ocupado. ¿Puedes hacerlo rápido?"

"Soy tu madre, no puedes hablarme así", me respondió, pero con una sonrisa en la cara. Sabía que no estaba enfadada. En nuestra familia nunca se había hablado mucho.

Trabajando en este negocio, no había tiempo para ello.

"Tienes hasta que me acabe el café", le contesté, llevándome la taza a los labios y dando un sorbo. "Adelante".

"Vale, entonces", empezó ella, levantando las manos como si ya se estuviera preparando para que yo discutiera con ella, "te contraté una niñera".

"¿Que has hecho qué?", exclamé. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Por qué creía que tenía que tomar cartas en el asunto de esa manera?

"Te he contratado una niñera", repitió como si realmente no la hubiera oído. "Y creo que sería una buena idea dejar que te ayude por aquí".

"Aidan y yo estamos bien", murmuré, y ella ladeó la cabeza.

"¿De verdad te lo crees?", me preguntó, y puse los ojos en blanco.

"Sí", le contesté, pero una parte de mí sabía que tenía razón. Aunque dedicaba mucho tiempo y energía a criar a mi hijo, compaginar el negocio y ser el tipo de padre que quería ser con él estaba empezando a agotarme. Había dejado de comer, de ir al gimnasio y de hacer las cosas que me mantenían bien para ocuparme del cuidado de mi hijo y asegurarme de estar siempre presente en sus partidos de fútbol y en las obras del colegio.

Pero sí, el trabajo que tenía me lo ponía difícil a veces. Había muchas noches en vela, muchas reuniones clandestinas y mucha seguridad rodeándome en todo momento: al menos una docena de guardias en las puertas de mi propiedad incluso mientras hablábamos.

Pero no estaba dispuesto a renunciar así a ningún tipo de control sobre mi vida. Dios sabía que ya había hecho bastante, y había jurado que iba a ser yo quien eligiera cómo transcurriría el resto de mi vida. Por la forma en que mamá me miraba, me di cuenta de que sabía que eso era lo que yo pensaba.

"Estoy segura de que quieres rechazar esto", me dijo. "Y entiendo por qué. Pero he visto lo cansado que has estado últimamente y lo mucho que le ha afectado a Aidan. Se da cuenta de cómo estás y se preocupa por ti".

Suspiré. Tenía razón. Aidan estaba creciendo lo suficiente como para ver cuánto me

estresaba, y no quería que pensara que eso era normal o algo que tendría que hacer cuando llegara a mi edad. Le estaba dando un ejemplo, y no quería que ese ejemplo fuera que tenía que poner todo lo demás en su vida en espera para mantenerse al día con el trabajo.

"Y además, ya he firmado los contratos con la agencia", continuó con despreocupación. "Se mudará a finales de semana".

"¿Mudarse?", exclamé.

"Así es como trabajan las niñeras, Callum", me recordó. "Va a vivir aquí y va a ayudar con Aidan a tiempo completo".

"¿Y cómo sabes que...?".

"¿Que no es peligrosa?", terminó por mí. "Fui a la mejor agencia de la ciudad y les dije que pagaría lo que hiciera falta para conseguir a su niñera más experimentada y realizada".

"¿Cuánto le pagas?", pregunté.

"No importa", respondió. "Sea lo que sea, merece la pena para que te quedes tranquilo".

Me quedé mirando el café, irritado. Sabía que solo intentaba ayudar, pero me costaba renunciar a cualquier tipo de control, por no hablar del control sobre las personas que estaban en contacto con mi hijo. Él era lo más importante del mundo para mí, y que me condenaran si dejaba que otra persona decidiera cómo iba a ser su vida.

Pero si seguía presionando como hasta ahora, iba a quemarme, y no quería que él lo viera. Me preocupaba demasiado por mi hijo. Había visto a mi propio padre esforzarse al máximo hasta que murió de un ataque al corazón cuando yo apenas tenía dieciocho años, y no iba a hacer que Aidan pasara por lo mismo.

"Está bien", respondí. "Le daré una oportunidad. Pero si hace algo que me dé motivos para dudar de ella...".

"La echaré antes que tú", terminó por mí. "No te preocupes por eso. Sabes que adoro a ese niño. No dejaría a nadie cerca de él en quien no confiara".

"Claro", murmuré. Podría haberme enfadado con ella por tomar cartas en el asunto, pero al mismo tiempo sabía que no iba a hacer nada que lo pusiera en peligro. Ella lo adoraba, desde el primer momento en que lo tuvo en sus brazos. Aunque las circunstancias en las que había venido al mundo no habían sido precisamente perfectas, él lo era, y nada iba a cambiar eso.

Terminé el café y miré el reloj. "Me voy al gimnasio", le dije. "¿Cuándo va a llegar la niñera, exactamente?".

"El domingo por la tarde, tres días", respondió. "Voy a visitar a una amiga que está fuera de la ciudad, pero estoy segura de que se adaptará perfectamente".

Me sonrió y supe que no iba a discutir con ella. Ella ya había decidido cómo iba a ser, y nada de lo que yo dijera o hiciera podría cambiarlo. Me dio un beso en la mejilla, me abrazó y me dirigí al gimnasio del sótano.

Podría haberme hecho socio de un gimnasio local, por supuesto, pero necesitaba el espacio para mí, el espacio para sudar y desahogarme. Y tenía mucho que hacer. El hecho de que otra persona tomara una decisión por mí me ponía los pelos de punta como pocas cosas en el mundo lo hacían. Me recordaba con demasiada claridad el día en que me casaron con Clara sin mi consentimiento, me obligaron a ir al altar con una mujer a la que no conocía y a la que nunca llegaría a querer.

Incluso ahora, me ponía los dientes de punta. Durante dieciocho años se me había permitido vivir mi vida como quería, se me había permitido asentarme en una vida normal hasta cierto punto, aunque tenía cierta idea de lo que mi padre hacía para ganarse la vida. Era un hombre enfermo y retorcido, involucrado en un oscuro submundo criminal que haría cualquier cosa y dañaría a cualquiera con tal de asegurar su fortuna o aumentar su territorio. Hice todo lo que pude para distanciarme de él, pero no fue suficiente. Seguía siendo heredero de todo lo que había construido y eso, en lo que a él respecta, significaba que tenía que hacer exactamente lo que él me dijera.

Y eso, para él, había significado casarme con una mujer que ni siquiera conocía. Dejar atrás a la mujer que de verdad me importaba, la mujer de la que pasé todo el instituto enamorándome y casándome con Clara DeSantis, una psicópata trepadora social obsesionada con el poder y el dinero. Su padre y el mío habían estado intentando cerrar un trato comercial, y esta era su última exigencia: Clara se casaría con alguien de mi familia y tendría derecho al menos a una parte del poder y la fortuna que me

correspondían a mí.

Era surrealista, incluso a día de hoy, pensar que había seguido adelante con aquello. Hoy en día nunca me habrían convencido de hacer algo así, pero era joven y, tal y como me lo habían contado, no tenía elección. Lo sentía como algo que tenía que hacer y, a los dieciocho años, no sabía cómo protestar. Mi padre y mi madre se habían casado de forma parecida, así que para mí tenía sentido, aunque mi madre había hecho todo lo posible por distanciarse de mi dominante padre en los años transcurridos desde mi nacimiento.

Y Clara, para muchos chicos de la ciudad, era la chica de sus sueños. Era rica, guapa y sabía cómo manejarse ante el estrés que traía consigo esta vida. Intenté convencerme de que ella me importaba durante los dos primeros años, pero cuanto más tiempo pasaba, más evidente resultaba que yo le importaba un bledo.

Ni nuestro hijo. Joder, a veces me costaba hacerme a la idea de que me había acostado con ella, un sexo horrible, soso y forzado, pero lo había hecho porque sabía que era lo que se esperaba de mí. Una de las ideas de nuestro matrimonio era crear un heredero para el imperio de mi padre, y al menos él había conseguido eso.

Y yo había conseguido a Aidan. En el momento en que lo abracé por primera vez, sentí como si todo encajara. Toda la mierda que había soportado por mí mismo, sabía que ni en un millón de años habría permitido que le pasara a él. Lo miré y tuve la certeza de que le iba a dar una vida diferente a la que yo había tenido. Puede que me hubiera visto forzado a una existencia que nunca había querido ni pedido, pero él tenía ante sí todas las posibilidades del mundo, y yo quería que las aprovechara al máximo.

A Clara nunca le había gustado eso. Me lo había entregado cada vez que podía y se había ido con sus amigas, flirteando con otros chicos y volviendo a casa borracha en mitad de la noche. Yo nunca la detuve, me preocupaba más por mi hijo que por lo que ella se traía entre manos, y eso claramente la molestaba. Quería que fuera posesivo y obsesivo con ella, pero eso nunca me interesó. ¿Cómo iba a serlo si yo nunca había elegido estar con ella? No quise tener nada que ver con ella una vez que llegó Aidan y demostró lo mala persona que era para mí, lo poco que le importaba. Él no era más que un accesorio para ella, algo con lo que posar en las redes sociales para parecer una madre cariñosa antes de abandonarlo una noche más.

No había tardado más de cinco años en pedir el divorcio, y yo se lo concedí

encantado. Se marchó del país en cuanto se libró de mí y no he vuelto a saber de ella. A mí me pareció bien, me alegré de no volverla a ver. Me dolía por Aidan, saber que su madre no estaba a su lado, y estaba seguro de que iba a tener preguntas al respecto en el futuro, pero por el momento, me venía como anillo al dedo. No tenía que lidiar con sus rabietas ni con las discusiones que iniciaba cuando sentía que no recibía suficiente atención, y me alegraba que algún otro tuviera que ocuparse de eso en su lugar.

Pero a veces me preguntaba si a mi hijo le vendría bien tener a otra mujer en su vida, aparte de mi madre. Ella lo adoraba, pero seguía siendo su abuela, a dos generaciones de distancia de él, no exactamente lo mismo que una influencia maternal. Una niñera podría haber sido un buen plan, alguien más cercano a mi edad que comprendiera mejor el mundo moderno y cómo encajaría él en él.

Aun así, cuando empecé a hacer el calentamiento, se me erizó la piel al pensar en dejar entrar en mi vida a alguien que no conocía. Sabía que mi madre tenía buenas intenciones, pero ¿abrir mis puertas a una persona a ciegas? ¿Dejarle vivir en mi casa, ayudar con mi hijo? Se sentía personal. Realmente personal. El tipo que no sabía si podía manejar.

Lo intentaría. Sabía que mamá no me dejaría echar a esta chica en cuanto llegara. Lo intentaría hasta que sintiera que le había dado una oportunidad justa. Era así de testaruda, probablemente de ahí lo heredé.

Pero si tenía alguna duda sobre esta mujer, no iba a dudar en darle la vuelta y echarla.

Capítulo Tres – Anna

Me detuve ante la puerta de una imponente mansión, contemplando el lugar al que iba a empezar a llamar hogar desde ahora.

Dios, esta parte siempre era la más difícil. Entrar, descubrir la dinámica y cómo iba a encajar en ella. La agencia no me había dado mucha información sobre esta nueva colocación, excepto que una mujer llamada Tala me había contratado para cuidar a un niño llamado Aidan. Tenía siete años, un poco más grande de lo que yo estaba acostumbrada, pero eso me venía bien. Respiré hondo y pulsé el timbre situado junto a la enorme verja; unos instantes después, un hombre vestido de negro salió de la casa.

"¿Es usted la nueva niñera?", preguntó mirándome de arriba abajo. Su tono era brusco y cortante, y a mí se me erizó la piel, pero luego me recordé a mí misma la cantidad de dinero que probablemente había en juego. Si tenían seguridad para encargarse de la protección de esta casa, iba a tener que acostumbrarme.

"Sí, lo soy", respondí, ofreciéndole una sonrisa. Hizo un gesto con la cabeza hacia la casa.

"Entra", respondió. "Él te está esperando".

¿Él? Así que iba a tratar con el marido de esta mujer, supuse. Bueno, eso estaba bien. Esbocé mi mejor sonrisa, esperando que los nervios no se me notaran en la cara. Lo último que quería era que alguien se diera cuenta de lo intimidada que me sentía en una casa tan enorme como aquella.

El guardia empujó la puerta y me indicó que entrara. Inspiré profundamente e hice lo que me decían. Normalmente, nunca estaba tan nerviosa, pero tampoco había trabajado nunca para una familia tan rica como esta. Claro que había tenido muchos jefes con dinero, pero esto era dinero, el tipo de dinero que venía de... Bueno, no quería ni pensar de qué. Mi mente volvió a mi conversación con Frankie y me estremecí ligeramente. Tal vez había un elemento criminal en este barrio que iba a tener que ignorar.

Y entonces, por supuesto, fue cuando lo vi.

De pie en el pasillo, justo delante de mí. Más viejo, sí, pero no me cabía duda de que era él. ¿Cómo podía ser otro? Me había dormido un millón de veces con esa cara en la cabeza y con todas las preguntas que me había hecho sobre la forma en que se marchó de mi vida. Le había dado vueltas a cada conversación que habíamos tenido en mi cabeza más veces de las que podía contar, y eso hacía que todo me diera vueltas sin poder evitarlo. No me lo podía creer.

"Callum", respiré. Su pelo, antes rubio, se había oscurecido y le habían cortado los rizos. La barba oscura le salpicaba la cara y parecía un hombre, no el niño que yo recordaba.

"Tú debes de ser la nueva niñera", me saludó. Mis ojos se abrieron de par en par. ¿De verdad no se acordaba de quién era? Y entonces me di cuenta de que allí mismo, delante de él, con las manos de Callum sobre los hombros, estaba su hijo pequeño. El niño que yo estaba allí para cuidar.

"Así es", respondí, agachándome rápidamente delante del niño y sonriéndole. "Soy Anna. Tú eres Aidan, ¿verdad?".

Aidan asintió tímidamente.

"Encantada de conocerte", le dije. Era tan surrealista hablar con el hijo de Callum. Se parecía tanto a él, con ese pelo rubio, esos ojos azules tan afilados y esa sonrisa nerviosa, pero también había alguien más allí: su madre, tuve que suponer. Dios mío, su madre. Callum había tenido un hijo con otra persona. En todo el tiempo que habíamos estado separados, nunca me lo habría imaginado, aunque tal vez debería haber considerado la posibilidad.

Aunque me matara.

Me enderecé y volví a mirar a Callum a los ojos. La sensación de su mirada en la mía por primera vez en años era casi más de lo que podía soportar, y podía decir por la forma en que me miraba que él sentía lo mismo.

"Déjame enseñarte tu habitación", me dijo. "Aidan, ve a tu cuarto de juegos, ¿sí? Bajaré enseguida".

Aidan se dirigió alegremente hacia el pasillo y Callum se volvió para verle caminar, con una expresión de cariño en el rostro. Pero unos instantes después se volvió hacia mí,

con los ojos serios de nuevo.

"Callum, yo..." Empecé, pero me di cuenta de que ni siquiera sabía por dónde empezar. Había tantas cosas que quería decirle. Había preguntas que había guardado cerca de mi pecho durante casi una década, y allí estaba él, justo delante de mí, y no podía sacar ni una sola de ellas.

Cerré los ojos y tragué saliva. No podía quedarme allí. Sin saber que había una mujer en su vida, la mujer que me había contratado. Habría sido demasiado doloroso para mí verle seguir adelante así cuando mi corazón aún estaba destrozado por lo que había pasado entre nosotros. No podía cuidar de su hijo como quería. No podía hacer bien mi trabajo si en lo único que podía pensar era en lo mucho que le había echado de menos todos aquellos años.

"Puedo irme", le dije enseguida. "Mi agencia puede encontrar a otra persona que ocupe mi lugar. Lo siento, yo... debería haber investigado más antes de venir aquí. No quiero que las cosas sean confusas para tu pequeño".

"No tienes que irte", murmuró. Su voz, oh, su voz... después de todo este tiempo, seguía teniendo ese efecto en mí, esos cosquilleos que me recorrían la columna vertebral y me erizaban el vello de la nuca. Me moví hacia él sin pensarlo, mi cuerpo respondiendo por instinto a su forma de sonar.

"No quiero complicarte la vida", respondí, negando con la cabeza. "Yo... yo sé que tienes... quiero decir, su madre..."

"Su madre ya no está por aquí", me dijo, cortándome antes de que pudiera seguir.

"La mujer que me contrató..."

"Mi madre", respondió. Su voz era difícil de leer, casi distante. Lejos del hombre que había conocido hacía tantos años, el hombre que había sido tan abierto y cariñoso conmigo. Nunca lo había conocido como otra cosa que no fuera mi mejor amigo, mi novio, mi compañero, y estar frente a él como un extraño era una follada de cabeza que no sabía si podría soportar.

"Aun así, va a ser raro", respondí. ¿Intentaba excusarme por mí misma o por él? No estaba segura de si le estaba dando una salida a él o a mí, pero en cualquier caso me revolvía el estómago. No podía hacerlo, no podía. Sentía que iba a desmoronarme allí

mismo.

Y a pesar de todo eso, todavía había una parte de mí que no quería irse. Una parte de mí que quería quedarse y descubrir si toda la química que ardía entre nosotros hacía tantos años seguía brillando como siempre. Bajé la mirada hacia su mano y recordé con demasiada claridad la forma en que me rozó la mejilla la primera vez que me había besado. ¿Lo recordaba él también? ¿O yo no era más que una nota a pie de página en su historia? Me gustaría salir y preguntárselo, pero sabía que sería una idea estúpida.

"Quiero a alguien en quien sepa que puedo confiar para este trabajo", respondió como si debiera haber sido obvio. "Confío en ti, Anna".

El sonido de mi nombre en su lengua hizo que todo se ralentizara por un momento. Podía recordar lo bien que me había hecho sentir que me dijera ese nombre después de decirme que me quería, lo bien que me había hecho sentir, lo adictivamente dulce que había sido cuando me dijo lo mucho que me deseaba. Volví a reprimirlo. Sabía que si abandonaba este trabajo, la agencia tendría serias dudas sobre el motivo, y no me apetecía mucho explicarles que habían conseguido emparejarme con mi exnovio.

Yo era una profesional. Llevaba mucho tiempo en esto. Era un trabajo más. Podía hacerlo, costase lo que costase. Podía arreglármelas para cuidar de su hijo, aunque estar cerca de él me hiciera casi imposible pensar con claridad.

Eché los hombros hacia atrás. Como mínimo, sabía que nunca me lo perdonaría si me alejaba de una mansión como aquella en la que tenía la oportunidad de vivir durante un tiempo.

"Solo si estás seguro", respondí, pero mi voz salió un poco más tensa de lo que había pretendido. ¿Se daba cuenta de lo que me pasaba por la cabeza? Debía de poder, ¿no? Debía de saber cuánto le había echado de menos, cuántas preguntas me había hecho sobre lo que había pasado entre nosotros.

Le miré a la cara, tratando de entender lo que pasaba por su cabeza, pero no conseguí nada. Lo cual me pareció muy extraño. Me había pasado tanto tiempo sabiéndolo todo sobre aquel hombre, siendo capaz de leer cada detalle sobre él: su forma de comportarse, de moverse, de hablar, todo. ¿Y ahora? Ahora no tenía ni idea.

Debía de haberle ido bien para acabar en un lugar como este. ¿Y qué hay de la mujer que había tenido a Aidan? Ya no estaba, pero ¿qué había sido de ella? Sentí una

punzada de celos en el estómago ante la idea de que estuviera con otra, pero la ignoré. Extendí mi mano hacia la suya y puse una sonrisa en mi rostro que esperaba que él no pudiera ver.

"Entonces estoy deseando trabajar contigo".

Capítulo cuatro – Callum

Me detuve antes de llegar al dormitorio de Aidan cuando oí las voces de ambos flotando por el pasillo.

No estaba seguro de acostumbrarme a eso. A que ella volviera a estar cerca. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que la vi? Casi diez. Diez años enteros sin ella, y acababa de entrar por mi puerta como si fuera lo más natural del mundo. No me lo podía creer. No sabía qué pensar. En cuanto la vi allí de pie, con el mismo pelo oscuro y rizado, los mismos ojos penetrantes, los detalles de su cuerpo curvilíneo tal y como los recordaba, fue como si el mundo entero se hubiera detenido por un momento mientras mi incertidumbre daba vueltas alrededor de mi cabeza.

Pero, si de algo estaba seguro, era de que me encantaba el sonido de su charla con Aidan mientras se preparaba para ir a la cama.

Seguía sin saber del todo qué había hecho mi padre para poner fin a nuestra relación. Nunca había ido en busca de una respuesta. Me dijo que le habían advertido que se alejara de mí y que habría problemas tanto para ella como para su familia si me atrevía a acercarme a ella de nuevo para intentar explicarle lo que había pasado. Nunca llegué a recogerla la noche del baile de fin de curso y no me extrañaría que nunca me hubiera perdonado; la conmoción en su cara cuando volvió a verme lo confirmaba.

¿Qué había pasado desde la última vez que la vi? Había tanto que quería saber, tanto que quería averiguar. Pero no sabía por dónde empezar, y ni siquiera sabía si ella estaba dispuesta a compartir algo de eso conmigo. Había pasado casi una semana desde su llegada y yo me había mantenido alejada de ella todo lo posible, intentando mantener las distancias y aprovechando al máximo el tiempo que tenía para mí ahora que había alguien cerca para cuidar de Aidan.

Me apoyé en la pared de la puerta, escuchándola charlar con él.

"¿Tienes ganas de ir mañana a clase?", le preguntó alegremente.

"Sí", respondió él. "Tenemos un partido de fútbol, contra un equipo de otro colegio...".

Ya parecía sentirse muy cómodo con ella, lo cual me sorprendió. Aparte de mi madre, no había tenido mucho contacto con mujeres a lo largo de su vida, y solía ser algo tímido, pero ella parecía haberle hecho sentirse cómodo enseguida. Era paciente con él, amable y atenta, lo llevaba al colegio todas las mañanas y lo recogía todas las tardes. Le hablaba de sus deberes mientras él los hacía en la encimera de la cocina, moviendo sus piernas por debajo de la mesa. Me fijaba mucho en ellos y disfrutaba viéndolos.

Mentiría si dijera que nunca había imaginado cómo habría sido criar a un bebé con ella cuando estábamos juntos. Aunque entonces éramos jóvenes, estaba seguro de que había algo especial en lo que teníamos. No era como el resto de las relaciones de instituto que tenían mis amigos, no, era algo mucho más profundo que eso. Esa conexión que parecía haber empezado en el momento en que nos vimos, cuando me dedicó esa tímida sonrisa en la clase, como si no supiera qué pensar de mí.

Dejarla atrás había sido lo más duro de todo, lo que más me había dolido. Cuando me casé por primera vez con Clara, me acordaba de Anna solo para pasar la noche de bodas, y me sentía muy culpable por haber perdido la virginidad con otra persona. Habíamos prometido que nos la guardaríamos el uno para el otro, y aquella noche, la noche del baile de graduación, estaba destinada a ser el día en que la perdiéramos el uno para el otro. Habría sido perfecto.

Pero mi padre y mi familia lo habían estropeado. Sabía que no bromeaba cuando me dijo que le causarían problemas si me atrevía siquiera a volver a hablar con ella, y me había jurado a mí mismo que nunca iba a hacerle eso. Aunque tuviera que vivir con la culpa de haberla abandonado sin ninguna explicación, era mejor que vivir con la culpa de que le hicieran daño, ¿no?

Sabía que mi madre no podía saber a quién estaba contratando, y estaba seguro de que no se lo había dicho. Había hecho todo lo posible para mantener a Anna alejada de mi familia. Diablos, ni siquiera sabía cómo se habían enterado de ella, y no quería saberlo. Seguramente me habían estado siguiendo cuando estaba con ella, observándonos y asegurándose de que no hacía nada sin su aprobación. No quería que se viera envuelta en el mundo de mi padre. Era demasiado inocente para eso, demasiado dulce, y la idea de corromperla con él... No. Nunca lo habría permitido.

Asomé la cabeza por la puerta y Aidan levantó la vista del borde de la cama. Se paró

de un salto al verme y corrió a darme un abrazo. Sonreí y le rodeé con los brazos.

"Hola, amigo" -le saludé, alborotándole el pelo. Anna nos sonrió. Siempre había pensado que tenía una sonrisa preciosa. Le iluminaba toda la cara y las pecas de la nariz se le arrugaban ligeramente. Aunque tenía casi diez años más que la última vez que la vi, seguía siendo igual de atractiva. Supuse que probablemente tenía algún novio al que visitaba los domingos que tenía libres, aunque no se lo había preguntado.

"¿Por qué no vas a lavarte los dientes, Aidan?", sugirió.

"¡Vale!", contestó, y salió corriendo por el pasillo, dejándonos a los dos solos. Estos momentos, en los que estábamos los dos solos, eran... extraños, por no decir otra cosa. Había tanta historia sobre nuestras cabezas, y me preguntaba si ella alguna vez sintió la necesidad de abordarla. ¿Quería saber qué me había alejado hace tantos años? ¿Ya lo había averiguado? ¿Le importaba? Después de todo, solo habíamos salido en el instituto. Yo podría no haber sido más que historia antigua para ella, y no debería haberle sorprendido tanto.

"Lo está haciendo muy bien con la nueva rutina a la que estoy intentando que se adapte", me dijo con una sonrisa mientras le echaba un vistazo. Tenía un aire cálido, suave y maternal que parecía llenar toda la habitación. Sabía que siempre había tenido la intención de trabajar con niños, y tenía sentido que se convirtiera en niñera, pero quería saber exactamente qué la había llevado por ese camino en primer lugar.

Me había perdido muchas cosas. De hecho, ambos nos habíamos perdido muchas cosas de nuestras vidas, y yo quería averiguar dónde había empezado todo aquello. Pero no era de mi incumbencia, así que las palabras siguieron sin decirse entre nosotros, aunque yo ansiaba darles forma, ansiaba decirle lo que realmente pensaba.

"Me alegra oírlo", respondí. Me di cuenta de lo rígida que estaba mi voz. Hablar con ella solía ser tan fácil, pero ahora parecía que intentaba forzar las palabras a salir de mi boca. No quería que supiera la realidad de todo lo que me daba vueltas en la cabeza, pero no podía detenerlo, no podía frenarlo.

"Sí", respondió, y su ceño se frunció ligeramente. Estaba desconcertada conmigo. Yo era una persona tan diferente del hombre que había sido todos esos años atrás, cuando la vida había sido libre y fácil y sentía como si pudiera hacer lo que quisiera.

"Pero de todos modos, voy a llevarlo a la cama ahora", me dijo. "Entonces..."

"¿Quieres que me vaya?" Le pregunté sin rodeos.

"No, si no quieres", me contestó. "Podrías leerle un cuento o...".

Se interrumpió, sonriéndome esperanzada. Podría haberme quedado, por supuesto. Pero la idea de quedarme allí con ella, de estar allí con ellos dos, era más de lo que podía soportar. Ya era bastante extraño tenerla de vuelta, ¿pero jugar como si fuéramos una familia? No, habría sido demasiado para mí, de eso estaba seguro. Me encogí de hombros.

"Tengo trabajo que hacer", mentí. Normalmente, me habría quedado para pasar un rato con Aidan al final del día, pero para eso estaba ella, ¿no? Además, él parecía feliz teniéndola cerca, y yo no quería entrometerme. La sonrisa se le borró de la cara y asintió, frunciendo el ceño.

"Ah, sí, claro", respondió. "Tu trabajo..."

Se quedó a la expectativa. Ojalá pudiera decirle la verdad: que estaba dirigiendo el negocio de mi padre, pero haciendo todo lo posible para que dejara de ser monstruoso y criminal y se convirtiera en legítimo y realmente útil para la comunidad. Me iba a llevar mucho tiempo conseguirlo, convertir todo el dinero del tráfico de drogas y los alijos de armas en algo positivo, pero estaba decidido a cambiar las cosas. Había visto de cerca todo el daño que había causado el negocio de mi padre, toda la gente a la que había perjudicado, todas las vidas que había dañado a causa de la adicción, la violencia o cualquier otra cosa. Y no iba a permitir que ese fuera mi legado, mucho menos con Aidan. Cuando llegara el momento de que él tomara mi lugar, quería que tuviera algo de lo que pudiera sentirse orgulloso.

Pero habría sido demasiado para echárselo encima de golpe, así que me limité a asentir.

"Te dejo con ello", le dije, y ella entreabrió los labios por un momento como si fuera a protestar. Pero luego pareció pensárselo mejor, cerró la boca y asintió.

"Hasta luego", respondió con un deje de tristeza en la voz. Aidan acababa de salir del baño, sonreí y lo abracé.

"Que duermas bien", le dije, dejándole caer un beso sobre la cabeza.

"Gracias, papá", respondió con un bostezo, y lo gué en dirección a su dormitorio. Dentro le esperaba Anna, y nuestros ojos se cruzaron durante una fracción de segundo antes de que yo apartara la mirada.

Y sentí ese torrente familiar de deseo a través de mi sistema, aunque intentara ignorarlo. Incluso después de tantos años, mi deseo por ella seguía siendo tan fuerte como siempre; bueno, quizá incluso más.

Pero ella trabajaba para mí y yo no iba a ser ese jefe gilipollas que intentaba llevarse a sus empleados a la cama. Ella estaba allí por una razón, y yo no iba a olvidarlo.

Por mucho que deseara que se colara en mi dormitorio más tarde y me mostrara qué demonios me había estado perdiendo todos esos años.

Capítulo Cinco – Anna

"Vamos, Aidan", llamé al pequeño mientras esperaba al pie de la escalera. "¿Ya has encontrado los deberes?".

"¡Ya los tengo!", me llamó, apareciendo en lo alto de la escalera sosteniendo el cuaderno en el que había estado trabajando la noche anterior mientras bajaba a toda prisa a mi encuentro. Le sonreí. Me encantaban estas primeras semanas de trabajo con una nueva familia, entrar en esa nueva rutina y asentarme en sus vidas.

Y Aidan era el niño de siete años más dulce que había conocido nunca. Puede que solo fuera la novedad de tener a alguien nuevo cerca, pero se había portado muy bien, brillante y divertido y lleno de energía. Ibamos y veníamos del colegio al fútbol y de nuevo a casa. Estaba claro que adoraba a su padre, y me pareció muy tierno que insistiera en pasarse por la oficina de Callum a primera hora cuando volvía del colegio.

Pero íbamos con un poco de retraso, ya que justo cuando salíamos de casa se había acordado de que se había olvidado los deberes de matemáticas y había subido corriendo a por ellos. Miré la hora en el móvil y me estremecí. Íbamos a tener que hacer un buen tiempo para llegar antes de que empezara la clase.

Lo metí en el coche y cruzamos la ciudad en dirección a su instituto. Era un sitio impresionante, de los que probablemente cuestan más que mi sueldo anual, pero el resto de padres y niñeras que había conocido en la puerta del colegio me habían parecido muy simpáticos y con los pies en la tierra, así que no me importó. Llegamos quince minutos antes de que sonara el primer timbre, Aidan bajó del coche de inmediato y se apresuró a saludar a sus amigos.

"¡Recuerda que te recojo después del entrenamiento de fútbol!". Le dije, y él levantó una mano para despedirse. Sonreí mientras le observaba y me di la vuelta para volver al coche.

Pero antes de subir, algo me llamó la atención. La mayoría de los padres que estaban de servicio ya se habían dispersado, cada uno a su vida y a su trabajo, pero había un hombre no muy lejos de la puerta que no había visto antes, y tenía que admitir que había algo en él que me llamó la atención. No en el buen sentido.

Llevaba un traje oscuro, no muy diferente del que había visto en aquellos hombres que habían aparecido aquella fatídica noche para decirme que me alejara de Callum para siempre. Eso fue lo que más llamó mi atención. Bueno, eso, y el hecho de que estaba mirando directamente a Aidan.

Me quedé paralizada junto al coche. ¿Por qué le miraba así? Sacó el teléfono y tecleó algo antes de darse la vuelta, pero me llamó la atención en la fracción de segundo anterior a desaparecer, y un escalofrío me recorrió la espalda. Había frialdad en su expresión, algo que no me gustaba nada. Entrecerró los ojos y se subió a un elegante coche negro junto a la puerta del colegio antes de marcharse.

Tardé un segundo en volver a orientarme después de aquello. Era un padre más, ¿no? Seguramente. No había razón para que estuviera allí si no lo era. Y probablemente no estaba mirando a Aidan, sino a su propio hijo, quienquiera que fuera. Me sentía protectora con ese niño porque sabía que era responsable de él.

Volví a meterme en el coche y me alejé de la verja. Estaba dándole demasiadas vueltas a la cabeza después de lo que Frankie me había dicho el otro día sobre que en el lugar donde vivía Callum había personajes sospechosos, pero en realidad no había nada de que preocuparse. Estaba claro que Callum era muy protector con su hijo, y sabía que no me habría dejado llevarlo solo al colegio de ser peligroso.

Llegué de nuevo a la mansión, y el guardia de la puerta asintió con la cabeza mientras me dejaba entrar. Empezaba a acomodarme un poco más desde que llevaba allí unas semanas, pero aún me estaba acostumbrando a vivir en un lugar tan enorme y lujoso. Tenía mi propio rincón de la casa, una habitación con baño privado, y casi siempre estaba allí sola, pero quería explorar un poco.

Y cuando pasé por delante del despacho de Callum y lo vi vacío, pensé que era tan buen momento como cualquier otro. No quería que pensara que estaba intentando encontrar algo. Solo quería conocer el lugar un poco mejor. Había oído a uno de los guardias hablar de un gimnasio y a otro comentar que había una patrulla cerca de la biblioteca, pero ¿realmente este lugar podía contener todo eso? Joder, con lo grande que era, no debería haberme sorprendido, pero seguía siendo una locura para mí pensar que podía llamar hogar a este lugar cuando era tan condenadamente... rico.

Me dirigí a la parte más alejada de la casa, en el extremo opuesto a mi habitación. Un enorme jardín se extendía desde la entrada trasera, con parterres perfectamente

cuidados que recorrían los lados de cada sendero. Incluso bajo el sombrío cielo gris, estaba precioso. Debían de contratar a algunos de los mejores jardineros de la ciudad para mantenerlo tan espléndido.

Dentro de la casa, bajé a hurtadillas a la biblioteca, con la sensación de estar haciendo algo que no debía. Lo cual era ridículo, en realidad, porque yo también vivía allí. También era mi casa, y nunca había sentido el mismo tipo de culpa al recorrer las casas de las otras personas para las que trabajaba.

Tal vez fuera porque se trataba de Callum y sabía que me ocultaba muchas cosas, que aún se las guardaba. No habíamos hablado de nuestro pasado desde que llegué, pero no sabía cómo sacar el tema. Ni siquiera sabía si quería hablar de eso conmigo. Sabía que no había ninguna mujer en su vida. Ya me la habría encontrado si la hubiera tenido, pero eso no significaba que estuviera soltero precisamente. Podría haber tenido citas fuera de casa y yo no me habría enterado de nada.

Lo que me hacía sentir... rara, como mínimo. No es que esperara que se quedara soltero desde que habíamos roto, pero la idea de que estuviera con otras mujeres me daba vueltas en la cabeza de una forma que no me gustaba del todo. Nunca me había involucrado con nadie después de que lo nuestro terminara. Nunca había sentido ningún tipo de urgencia por tener citas a largo plazo, y había estado tan ocupada con el trabajo que tampoco es que hubiera tenido mucho tiempo para ello. Aparte de algunas citas aburridas y aburridos ligues, nunca había estado con otros chicos.

No es que importara. Ahora trabajaba para él y sabía que no debía involucrarme con nadie que me pagara las facturas. A lo largo de los años había oído historias horribles de niñeras que habían acabado enamorándose de los tipos para los que trabajaban y los líos que eso había provocado. Podía ver cómo sucedía, dado que éramos esencialmente parte de la familia, y no había ninguna posibilidad de que yo misma me viera arrastrada a ello.

Incluso sí era él. Aunque fuera Callum.

La biblioteca era enorme, llena de libros del suelo al techo, y sonreí mientras miraba a mi alrededor. Tendría que llevar a Aidan allí y pedirle que eligiera algunos libros para leer juntos. Tenía una pequeña colección en su habitación, pero me daba cuenta de que se le quedaban pequeños y buscaba algo un poco más desafiante. Tenía una mente muy inquisitiva, una buena señal a su edad, una señal de que Callum había

estado haciendo un gran trabajo hasta ahora.

Y suponía que su madre también, aunque ya no estuviera por aquí. ¿Desde cuándo? Ojalá me atreviera a preguntarlo, pero no era asunto mío. ¿Lo había abandonado? ¿Se había ido? ¿Habían roto? Desde luego, ella ya no formaba parte de su vida, y eso me planteaba un montón de preguntas, preguntas a las que quería llegar de una forma u otra.

Pero tenía que recordar que estaba aquí para hacer un trabajo. Me volví hacia mi habitación y estaba a punto de darme una ducha y comer algo cuando oí unos pasos subiendo las escaleras. Pasos que reconocí enseguida.

Un momento después, Callum salía de una puerta junto a la biblioteca, sin más ropa que un pantalón de chándal y una toalla sobre los hombros. Dios mío. Intenté no quedarme mirando, pero era muy difícil cuando tenía tan buen aspecto. Su cuerpo... Maldita sea, su cuerpo era casi perfecto. Fuerte, sus hombros anchos, sus brazos gruesos y musculosos.

"Oh, lo siento", solté, sacudiendo la cabeza. "Solo estaba... buscando un libro para Aidan. No sabía que estabas aquí".

"El gimnasio está abajo", respondió. "No quería sorprenderte. Lo siento."

"No, no, está bien, no debería haber estado..." Empecé, pero me interrumpí, distraída por el sudor que brillaba en su pecho. Tenía un poco de pelo en el pecho, y ya podía imaginar lo bien que se sentiría bajo mi mano.

"¿No debería haber qué?", me preguntó frunciendo el ceño. Me di cuenta de que me había quedado en medio de una frase. Tenía que salir de allí antes de hacer más el ridículo de lo que ya había hecho.

"Nada, lo siento", solté. "Tengo que darme una ducha".

Me alejé rápidamente de él y me apresuré a volver a mi habitación. Me puse el dorso de la mano en la mejilla y sentí el calor, y le pedí a Dios que no lo hubiera notado. Lo último que quería era delatar lo atraída que seguía estando por él. Habría pensado que estaba loca o que era patética, o que había estado colgada de él todo este tiempo, y bueno, puede que tuviera razón, por mucho que no quisiera admitirlo.

Volví a mi habitación y cerré la puerta tras de mí, apretando los ojos y tratando de no dejar que la imagen de él sin camisa jugara en mi mente. ¿Cómo se veía tan bien? Nunca había tenido la oportunidad de verle desnudo mientras salíamos. Claro que habíamos tonteado un par de veces, pero no habíamos ido mucho más allá de algunos besos intensos.

Necesitaba una ducha. Una ducha fría. Entré en el cuarto de baño, abrí el grifo, me desnudé y me metí bajo el chorro con la esperanza de distraerme de lo que acababa de encontrarme.

Empecé a lavarme el pelo, concentrándome en el aroma del champú y la sensación de la espuma en el cuero cabelludo, pero antes de que pudiera detenerme, mi mente volvió a él sin poder evitarlo. ¿Qué tenía ese hombre? Incluso después de tantos años, de tantos desengaños, de todo el tiempo transcurrido, una parte de mí seguía deseándolo, una parte de mí deseaba que abriera la puerta y se metiera en la ducha a mi lado.

Podía imaginarlo: el calor de su cuerpo contra el mío, la sensación de sus manos moviéndose hacia mi cintura mientras me acercaba. Aún recordaba el contacto de sus labios con los míos, cómo sonreía al besarnos como si estuviera deseando que llegara cada uno de ellos, su lengua deslizándose por mis labios mientras me agarraba por las caderas para acercarme a él...

Oh, demonios. Deslicé la mano entre mis piernas, con la esperanza de poder, al menos, liberar parte de la tensión que empezaba a apoderarse de mí. Tal vez era solo una cuestión de sacarlo de mi sistema y entonces me sentiría mejor. Valía la pena intentarlo, ¿no?

Me pasé los dedos por el clítoris, masajeándome lentamente mientras lo imaginaba en la ducha conmigo, besándome los labios, el cuello, bajando hacia los pechos para llevarse cada pezón a la boca. Nada de esas dudas adolescentes, simplemente entregándonos el uno al otro tal y como nos habíamos prometido hacía tantos años.

Había imaginado tantas veces cómo sería si por fin pudiéramos acostarnos. Cómo me miraría a los ojos la primera vez, como si apenas pudiera creer que pudiera llamarme suya. La forma en que me besaría, despacio, suavemente, como si no pudiera imaginar estar con nadie más. La forma en que se retiraba, me miraba a los ojos, sonreía y me preguntaba si estaba preparada.

Y yo le decía que sí. Ni siquiera tendría que pensarlo dos veces. Le diría que sí y me apretaría contra él, rodeándole con las piernas y arqueándome contra su cuerpo, atrayéndole hacia mí con el hambre voraz de alguien que ha estado esperando demasiado tiempo para tomar lo que necesitaba.

Y él empujaba dentro de mí, profundo, fuerte, llenándome hasta el borde para que por fin pudiera llamarle mío. Sus manos en mi pelo, sus labios en los míos, su lengua en mi boca mientras se movía dentro de mí. Casi podía sentir su aliento en mi piel, la forma en que me miraba como si no pudiera creer que pudiera tenerme así, después de todo este tiempo, después de todos estos años de espera...

"Grité, volviendo a la realidad con una fuerte sacudida. Abrí los ojos cuando el orgasmo me golpeó y recordé dónde estaba: no en la cama con él, como me había imaginado, sino en la ducha, sola. El único sonido era el del agua corriendo mientras mi cuerpo se estremecía de placer de arriba abajo.

Retiré la mano de entre los muslos y recuperé el aliento, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la baldosa. Vale, puede que... puede que estuviera un poco peor de lo que creía por este tipo. Habían pasado años desde que los dos habíamos estado juntos, pero todavía había una parte de mí que no podía negar que lo deseaba igual que entonces.

¿Y ahora trabajaba para él? Sí, eso podría ser un problema.

Capítulo seis – Callum

Miré la pila de papeles que tenía sobre el escritorio y solté un gemido de irritación. ¿Cómo demonios iba a concentrarme con ella en casa?

Los aparté y me puse en pie. A la mierda. No tenía sentido quedarme sentado fingiendo que no me estaba volviendo un poco loco. Podía oír a Anna al final del pasillo, tarareando para sí misma mientras recogía todo lo que había en la habitación de Aidan, ordenaba mientras él estaba en el colegio, y saber que estaba tan condenadamente cerca de mí me estaba haciendo girar la cabeza.

Había visto cómo me miraba el día anterior cuando nos cruzamos en el pasillo después de mi entrenamiento. La forma en que sus mejillas ardieron de un rosa brillante en el momento en que había puesto los ojos en mí. Dios, podría haberla cogido allí mismo, haberla inmovilizado contra la pared y haberla besado, haberle demostrado lo mucho que la había echado de menos. Pero tuve que controlarme. Tenía que mantener la calma cerca de ella.

Aunque lo único que quisiera era quitarle la ropa, inclinarla sobre la cama y follármela por fin como había deseado hacer todos aquellos años.

Me dirigí al gimnasio, evitando pasar por delante de la habitación de Aidan, donde sabía que iba a estar. Incluso mirarla era suficiente para despistarme estos días. ¿Sabía el efecto que tenía en mí? ¿Tenía alguna idea? No podía habersele escapado, ¿verdad? Me hubiera gustado preguntárselo, pero sabía que habría roto la ilusión a la que intentaba aferrarme, la ilusión de que allí no pasaba nada y de que la estaba tratando como a una profesional. Tenía la sensación de que podía ver a través de mí. Como siempre había hecho.

Tras un rápido calentamiento, cogí unas pesas, tratando de conducir mi frustración hacia esto en lugar de hacia algo más peligroso. No podía dejar de pensar en ella allí arriba, en la habitación de Aidan, a pocos metros de la mía. Qué fácil me resultaría entrar, cogerla de la mano y llevarla a mi cama de una vez por todas.

Pero era algo más que desearla físicamente. Si solo fuera eso, habría podido superarlo, pero sabía que había algo más, más de lo que quería admitir. No solo la deseaba sexualmente, quería... Quería retroceder en el tiempo y deshacer el camino que

me había alejado de ella. Acababa de dejar que mi padre me apartara de la mujer que amaba, y debería haber luchado con todo lo que tenía para quedarme a su lado. Debí haber hecho todo lo posible para mantenerla a mi lado, pero tenía tanto miedo de que acabara herida -o peor- que le hice caso y dejé que me casara con Clara.

La primera vez que estuve con Clara, intenté convencerme de que podría encontrar la manera de que funcionara. De que podría encontrar alguna forma de dejar de lado todas las dudas que tenía en la cabeza y estar con ella como marido, como padre de nuestros hijos. Pero desde el primer día que la conocí, me había enfrentado al persistente pensamiento de que debería haber sido Anna, que siempre debería haber sido Anna.

Y debería haberlo sido. Vi cómo era con Aidan, tan amable, gentil y paciente, y supe que también habría sido la madre más perfecta para nuestros hijos.

Dios, pensar en eso, dolía. Dolía mucho. Incluso entonces, cuando éramos adolescentes, sentía algo entre nosotros que sabía que era especial, que sabía que era sagrado. Puede que solo fuera un estúpido adolescente, pero sentía una conexión con ella que sabía que no sería fácil en ningún otro sitio. Estaba dispuesto a dejarlo todo para poder ir a la misma universidad que ella. No me importaba lo que costara, iba a estar allí en cada paso del camino.

Y sí, quizá hubiéramos sido una de esas parejas de instituto que se separan en cuanto salen al mundo real. Tal vez. Hubo muchas que lo hicieron, muchas que salieron del instituto y se fueron a la universidad y rompieron en cuanto conocieron el resto del mundo que les rodeaba. Así era la mayoría de las veces, ¿no?

Pero, mientras el sudor empezaba a gotear de mi frente, me costaba creer que eso fuera lo que nos hubiera pasado a nosotros. Nunca habíamos sido como los demás. Siempre habíamos sido... diferentes, especiales. Desde el momento en que nos conocimos, creí que no había nada que no pudiéramos superar juntos. Fuera lo que fuera lo que el mundo nos deparara, podríamos salir de una pieza, y eso era lo único que me importaba.

Volví a dejar caer las pesas, soltando un gruñido. Y ahora, ella estaba de vuelta. De vuelta en mi vida, después de todos esos años, de todo ese tiempo, después de que hubieran pasado tantas cosas y tantos meses. Ella había vuelto, y yo no sabía qué hacer con eso. No sabía cómo sentirme al respecto.

Solo sabía que la deseaba tanto ahora como entonces.

No tenía ni idea de lo que había pasado para alejarme de ella. Mierda, ni siquiera sabía que había estado casado, aunque Aidan era la prueba de que, al menos, había estado con otra persona. ¿Estaba herida por eso? Habíamos prometido que nos guardaríamos el uno para el otro, pero no lo hice. No podía. Acostarme con Clara era algo que tenía que hacer, algo que esperaban de mí, mi familia y la gente que me rodeaba. Necesitaban un heredero, y yo tenía a la mujer con la que debía producirlo.

Pero había estado pensando en Anna todo el tiempo. ¿Cómo no iba a estarlo? Ella había sido mi primer, todo: mi primer beso, mi primer amor, la primera persona que me había hecho sentir completo y cuidado de la forma que había anhelado toda mi vida. Para ella, yo no era solo un engranaje de una máquina. Yo era una persona, una persona a la que ella quería, adoraba y cuidaba. Clara nunca me había tratado de la misma manera. Yo era para ella un medio para alcanzar un fin, un hombre al que podía utilizar para llegar adonde quería, y nada más. Cuando se dio cuenta de que no podía usar sus artimañas sexuales para mantenerme interesado, se largó y me dejó con Aidan. Estaba seguro de que me había engañado antes de eso, y aunque debería haberme enfurecido por ello, no pude encontrar en mí la forma de que me importara. ¿Cómo iba a importarme? Apenas la conocía. Desde luego, no la quería.

Mi mente estaba llena de preguntas sobre lo que Anna había experimentado en el tiempo que habíamos estado separados. ¿Había salido con alguien a largo plazo? Cuando por fin perdió la virginidad, ¿había pensado en mí? Ella había sido lo único en lo que yo había podido pensar cuando perdí la mía.

Volví mi atención a la máquina en marcha. Esto no estaba funcionando como yo quería. Ella seguía en mi mente, seguía metida en mi cabeza, enganchada dentro de mi cerebro. Verla con Aidan me había planteado muchas preguntas, preguntas en las que sabía que nunca debería haber pensado, preguntas que era peligroso siquiera considerar.

Pero podía negarlas. Y no podía negarla a ella. Probablemente habría sido inteligente explicarle que era demasiado extraño tenerla cerca y que tenía que buscarse otro trabajo, pero no podía. No podía dejar que se me escapara de las manos otra vez, no cuando acababa de encontrarla.

Y no cuando aún podía sentir esa vieja tensión ardiendo en el aire entre nosotros.

Capítulo Siete – Anna

"Aidan, ¿puedes traerme los platos?". Llamé al niño, que había insistido en ayudarme a preparar la cena. Llevaba los últimos días prácticamente pegado a mi cadera, y yo disfrutaba de su compañía, sobre todo por lo dispuesto que estaba a ayudar en casa.

Aidan bajó con cuidado los platos de la alacena y los llevó a la encimera, equilibrándolos con una expresión obediente que me hizo reír. Era un niño tan dulce, tan decidido a ayudar en todo lo que pudiera, y me pareció increíblemente entrañable.

"¿Has comido curri antes?", le pregunté mientras empezaba a servir el sencillo biryani que había preparado para cenar. Nada especial, pero estaba delicioso. Ya se me hacía la boca agua con el aroma de las especias aromáticas que llenaban la cocina.

"Creo que sí", respondió, frunciendo el ceño como si tratara de recordar. "¿A qué sabe?"

"Muy, muy bueno", le dije, entregándole un par de platos y señalando con la cabeza la mesa del comedor. "Ve a llevarlos y dile a tu padre que la cena está lista".

Se dirigió a hacer lo que le había dicho, y yo sonreí mientras me servía una generosa ración. Sabía que cocinar para los dos no era exactamente parte de mi trabajo, pero realmente lo disfrutaba. Había algo apacible y reconfortante en pasar una tarde preparando una comida y, además, había visto a Callum comer porquerías demasiadas veces como para dejar que siguiera ignorando su dieta.

Cuando llegué al comedor, Callum estaba de pie en la puerta, con cara de sorpresa.

"No te pedí que hicieras la cena", me dijo, y yo me encogí de hombros.

"Lo sé", respondí. "Pero estaba cocinando para Aidan y para mí, y pensé que querrías acompañarnos. Y Aidan me ayudó. ¿Verdad, Aidan?"

"¡Sí!", contestó, mientras saltaba a su silla y cogía el zumo que le había servido en un vaso de lujo. Sabía que no habría mucha diferencia, pero a los niños les gustaba sentirse involucrados en el mundo de los adultos, y asegurarme de que tuviera un vaso a juego con mi vino era una forma de conseguirlo.

"Bueno, tiene muy buena pinta", comentó Callum, tomando asiento frente a mí. Llevaba las mangas de la camisa ligeramente arremangadas, y mi mirada se detuvo en sus antebrazos un poco más de lo necesario.

"Mejor que la comida para llevar, ¿no? Sugerí, y él me dedicó una sonrisa.

"Yo juzgaré eso".

Sentí un pequeño aleteo en el pecho al verle sonreírme de esa manera, pero lo ignoré. Solo me estaba asegurando de que Aidan comiera bien, dado lo duro que había estado entrenando fútbol esta semana. Había estado tan ocupado que se había saltado la comida para jugar con sus amigos, y yo sabía que necesitaba alimentarse si quería seguir con su apretada agenda.

"¿Qué has hecho hoy en el colegio, Aidan?". Le pregunté, y Callum levantó la cabeza para escuchar con interés. Me encantaba lo comprometido que parecía con la vida de su hijo, interesándose de verdad por lo que le pasaba, incluso cuando parecía tan ocupado con ese misterioso trabajo que le había hecho ganar tanto dinero.

"Estaba practicando para el partido del sábado", respondió alegremente.

"¿Crees que vas a ganar?". Preguntó Callum. Asintió, con una sonrisa de confianza en su rostro.

"Sé que lo haremos", respondió.

"Así me gusta", replicó Callum, con un deje de orgullo en la voz, antes de dedicar por fin su atención a la comida.

La conversación parecía fluir con facilidad entre nosotros, y me sorprendió lo cómodos que nos sentíamos. Nunca había compartido una cena con ellos dos, y me había preguntado si no sería una exageración hacer algo tan doméstico. Pero Callum y Aidan charlaron como si pudieran pasarse toda la noche hablando, y Aidan me contó algunos de sus chistes internos. Estaba claro que los dos estaban muy unidos, y eso solo me hizo preguntarme más sobre lo que había pasado con la madre de Aidan para dejarle sin una presencia femenina en su vida.

Terminamos de comer y Callum insistió en fregar los platos, ya que había sido yo quien había cocinado. Aidan le ayudó a recoger y yo bebí un sorbo del vino que había

cogido de la alacena. No era muy bebedora, pero pensé que necesitaba algo que me aliviara de estar todo el tiempo con Callum, algo que me permitiera calmar por un rato todas las preguntas que me rondaban por la cabeza.

Llevé a Aidan a su habitación para que se preparara para ir a la cama y le ayudé con los deberes mientras Callum fregaba los platos. Aidan no tardó mucho en cansarse, lo arrojé y apagué la luz de su habitación antes de volver a bajar.

Callum seguía en la cocina cuando llegué y recuperé el aliento al quedarme colgada en la puerta. Podría haberme limitado a darle las buenas noches y marcharme, y probablemente habría sido la forma más sensata de proceder, pero no me atrevía. Ahora no. No cuando era él.

Me miró por encima del hombro. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, me quedé paralizada. Separé los labios, tratando de pensar en algo que decir para llenar el silencio.

"¿No tienes personal que haga este tipo de cosas por ti?". Solté. No era mucho, pero era algo. Se encogió de hombros.

"Podría", respondió. "Pero no quiero darle ese tipo de ejemplo a Aidan. Quiero que algún día pueda cuidar de sí mismo".

Alcé las cejas.

"Pareces sorprendida", comentó, con frialdad.

"Supongo que pensé que... con todo el dinero que tenías, no tendrías que preocuparte por algo así", admití. Enarcó una ceja.

"¿De verdad crees que dependería de otras personas para que me cuidaran?", preguntó, sonando incrédulo. Había un tono defensivo en su voz cuando hablábamos así, como si intentara demostrarse algo a sí mismo o a mí, no estaba segura, pero era algo nuevo para mí. Nunca antes había oído esa faceta suya, y aún estaba tratando de asimilarla.

"No, no es eso", le contesté. "Es que..." Me quedé a medias. Ni siquiera sabía qué quería decirle. Mis ojos se desviaron hacia la botella de vino del aparador. "¿Quieres un vaso de vino?", le propuse.

Se detuvo un momento, con cara de sorpresa, pero luego asintió. "Sí, me gustaría", aceptó, cogió la botella y nos sirvió a los dos un vaso generoso. Cuando me dio uno, nuestros dedos se rozaron por un instante y retiré la mano rápidamente, esperando que no viera cómo todo mi cuerpo se estremecía en respuesta.

Me llevé el vaso a los labios, ocultando tras él mis mejillas encendidas. ¿Qué me estaba pasando? Era una mujer adulta, pero me comportaba como una adolescente enamorada.

"¿Cómo va el trabajo?". Le pregunté, intentando cambiar de tema de conversación. Su mandíbula se tensó un momento, como si no estuviera seguro de querer hablar de eso conmigo.

"Está bien", contestó, dirigiéndose a la mesa del comedor. Le seguí, picada por la curiosidad.

"¿Qué haces exactamente en el trabajo? Le pregunté, señalando a mi alrededor. "Me imagino que debe de ser bastante lucrativo si vives en un sitio como este".

Se quedó callado mientras se hundía en un asiento, como si estuviera pensando qué tipo de respuesta iba a darme. Me senté frente a él, sintiendo el palpar de mi corazón en el pecho. No sabía por qué, pero tenía la sensación de estar profundizando peligrosamente. Se había mostrado reticente a contarme nada demasiado personal más allá de lo que necesitaba saber sobre Aidan, pero sin duda su trabajo no podía ser tan secreto.

"No pasa nada si no quieres contármelo", añadí rápidamente. Había algo en su expresión que me advirtió de que no siguiera indagando. Me resultaba tan extraño pasar de saber todo lo que había que saber sobre aquel hombre a no saber algo tan básico como a qué se dedicaba.

"Uno de mis amigos me dijo que hay muchos mafiosos por esta zona", bromeé, tratando de aligerar el ambiente. "Tú no eres uno de ellos, ¿verdad?".

Se quedó callado. Esperé a que esbozara una sonrisa, pero no lo hizo. En lugar de eso, levantó la mirada, y enseguida me di cuenta de que había tocado una fibra sensible. Jadeé y me llevé una mano a la boca.

"Callum, ¿no estarás...?"

Asintió lentamente. "Supongo que así es como me llamarías", admitió. La cabeza me daba vueltas mientras intentaba encontrarle sentido. No, no había manera. Era imposible. Debía de haberle malinterpretado. No podía ser... No el hombre que yo había conocido y amado hacía tantos años, él no era capaz de eso.

"¿De qué estás hablando?" Respiré, con la voz entrecortada en el fondo de la garganta al forzar las palabras. Apartó la mirada de mí un momento y se llevó el vino a los labios, dando un largo sorbo antes de responder.

"No fue decisión mía", explicó por fin. "Fue la de mi padre. Él fundó este imperio. Por eso vine al mundo: necesitaba un heredero. Eso es lo que siempre fui para él, alguien que pudiera tomar el relevo".

Sacudí la cabeza. No le encontraba sentido. Todo era... Todo era demasiado impactante. Una especie de horror ardiente cuando todo encajaba, erizándome el vello de la nuca.

"No lo entiendo", le dije, con una repentina emoción subiendo por mi pecho. "Tú... ¿Eres de la mafia?".

Se detuvo un momento, mirándome, preguntándose claramente si era buena idea contarme lo que realmente estaba pasando. "Mi padre lo era", respondió. "Este es el negocio que montó. Traficar con drogas, suministrar armas a las bandas... Mierda, mucho peor que eso, también. Ahora sé hasta qué punto, y que he visto..."

Se interrumpió antes de terminar la frase, como si fuera demasiado horrible para decirlo en voz alta. Me mordí el labio. No sabía cómo reaccionar. Ni siquiera sabía cómo empezar. Este lugar, esta casa, esta vida que se había labrado... Todo se basaba en algo tan oscuro, tan retorcido, que ni siquiera podía empezar a imaginármelo.

"Cuán oscuro se vuelve", terminó, finalmente, su voz firme de nuevo mientras envolvía su mano alrededor del tallo de su copa de vino. "Siempre supe que mi padre pretendía que yo me hiciera cargo, pero no me di cuenta de cómo... de lo pronto que sucedería".

"¿Qué quieres decir? Susurré.

Se pasó la lengua por el labio inferior mientras pensaba qué decir a continuación. Mi corazón golpeó contra mis costillas mientras esperaba una respuesta. ¿De qué se

trataba? ¿De qué estaba hablando? ¿Cómo podía...? ¿Qué intentaba decirme?

"La noche del baile de graduación fue cuando me dijo", me explicó en voz baja, "que tenía que dejarlo todo, todo lo que había estado haciendo, todas las personas con las que había estado. Se estaba poniendo enfermo y sabía que no le quedaba mucho tiempo, así que me apartó de la gente más cercana para que pudiera centrarme en hacerme cargo de su imperio. No me dio opción. Era eso, o..."

Me miró fijamente durante un largo momento. Sabía lo que quería decir, incluso antes de que lo dijera. Que su padre le había dado la opción de tomar las riendas del negocio o me habría hecho algo.

"Iba a ir a por ti y a por tu familia, eso es lo que me dijo", añadió, sacudiendo la cabeza. "Y no me importaba lo que pasara. No me importaba si lo decía en serio o no. De ninguna manera iba a arriesgarme. Así que hice lo que me pidió".

"¿Por eso te fuiste?" Susurré. Las palabras flotaron en el aire entre nosotros, abordando por fin el dolor por el que me había hecho pasar todos aquellos años. El dolor del que había pensado que nunca me recuperaría, el dolor que me había perseguido hasta el día de hoy. Asintió y volvió a llevarse el vaso a los labios. Su boca rozó el borde y el corazón me dio un vuelco en el pecho.

"Pensé que iba a hacerte daño", admitió. "Pensé que iba a hacer daño a tu familia. Y sabía de lo que era capaz. Esa fue la razón por la que te mantuve alejada de mi familia todo ese tiempo. No podía soportar la idea de que supieras la verdad sobre esa parte de mi vida. Simplemente no era... Sabía que nunca me habrías vuelto a ver de la misma manera. Y yo quería tener una parte de mi vida que no fuera tocada por toda la mierda que mi padre había hecho. Tú eras eso para mí. Hasta que..."

Hasta que no lo fui. Hasta que su padre me envió a esos dos hombres para advertirme de él. Todavía podía recordar la forma en que mi cabeza se había tambaleado, la forma en que mi corazón se había hecho añicos cuando me di cuenta de que realmente no iba a venir a mí esa noche.

"Te esperé toda la noche", le murmuré. "La noche del baile de graduación, quiero decir. Esos hombres que vinieron a decirme que me alejara de ti, simplemente... no les creí. No podía. No quería pensar que podrías hacerme eso. Pero entonces..."

Volví a sentir la emoción y cerré los ojos, intentando volver a la Tierra. Sacudí la

cabeza y apreté la mandíbula para no dejarme vencer.

"Lo siento mucho", me dijo. "Si hubiera podido acudir a ti yo mismo... Si hubiera podido hablar contigo, ser por fin sincero, lo habría sido. Habría dado cualquier cosa para que eso ocurriera. Pero era demasiado tarde, y no podía arriesgarme a que te hicieran daño. Sabía que nunca habría sido capaz de perdonarme. Creo que mi padre también lo sabía. Por eso te amenazó. Porque sabía que yo nunca te pondría en peligro".

Asentí, mordiéndome el labio con fuerza para contener las lágrimas. Todo aquello tenía mucho sentido. Pero también me asustaba. ¿Cuánto peligro corría estando aquí con él? ¿Estar en esta casa? ¿Estar cerca de este mundo, en el que no tenía ni idea de que estaba metida hasta ese momento?

Se hizo el silencio entre nosotros mientras intentaba pensar qué quería decirle. Me gustaría tener algo inteligente con lo que salir, pero la conmoción era todavía demasiado intensa para mí. No me había dejado así como así. Me había dejado porque no había tenido más remedio, porque tenía miedo de lo que pasaría si no lo hacía. Seguía sin saber cómo había llegado Aidan al mundo, qué más había ocurrido en el tiempo que habíamos pasado separados, pero no necesitaba saberlo.

Solo necesitaba saber que no me había dejado porque me odiara o porque estuviera cansado de mí. Se había ido porque se había visto obligado a hacerlo, y no tenía forma de evitarlo.

"Te he querido durante tanto tiempo", solté antes de poder contenerme. Sabía que no debía decir nada de esto, pero el vino, la emoción y la revelación estaban sacando lo mejor de mí.

El dolor se tensó en su rostro. No era lo que quería oír, pero no sabía qué decir. No podía soportar la idea de que pensara que me había desamorado de él aquella noche, aunque me hubiera decepcionado. Nunca podría haberle odiado, por mucho que me hubiera herido. Simplemente no estaba en mí. Nunca lo había estado. El lazo que mi corazón tenía con el suyo era más fuerte de lo que cualquier daño podría superar, e incluso entonces, todavía podía sentirlo acercándose a mí.

"Nunca dejé de pensar en ti", murmuró él, suave y lentamente. Quería respirar esas palabras, inhalarlas, mantenerlas cerca de mí para siempre, saber que, durante todo ese tiempo, nunca se había olvidado de mí, hacer que mi corazón cantara de una forma que

no creía posible.

"¿No?", respondí. Me temblaba la voz, quedaban tantas cosas sin decir entre nosotros, pero tantas cosas por fin aclaradas. Negó con la cabeza y se puso en pie, sin apartar ni un instante aquellos ojos azules de los míos.

"No podía", me dijo. "Eras la única persona que me veía como algo más que el hijo de mi padre. Nunca te importó utilizarme. Nunca te preocupaste por hacerme encajar en el molde que querías. Simplemente... me aceptaste como era. Y me quisiste como era".

Antes de que pudiera detenerme, mi mano se deslizó por la mesa hacia la suya y mis dedos rozaron su piel. Bajó la mirada hacia el lugar donde lo estaba tocando y casi esperé que retirara la mano de inmediato.

Pero no lo hizo. Volvió a mirarme y dio un paso adelante, acortando la distancia que nos separaba. Y su mirada... era una mirada que había visto tantas veces en él, una mirada que reconocí enseguida.

La mirada que me dirigió justo antes de besarme.

Se detuvo un momento mientras me miraba, y luego me llevó la mano a la cara. Cerré los ojos en cuanto sentí su tacto contra mí, esa sensación familiar de sus dedos deslizándose por detrás de mi cuello. Mi mejilla parecía encajar tan cómodamente en su palma, y no pude evitar exhalar un suspiro agudo ante esa sensación. Sus ojos, casi ilegibles, no se apartaban de los míos, como si estuviera tratando de decidir si era una buena idea o no.

Y entonces, por fin, se inclinó y plantó sus labios contra los míos por primera vez en casi una década.

Capítulo ocho – Callum

"Joder, no sabes cuánto te he deseado", respiré contra su boca mientras tiraba de ella hacia el dormitorio, cerrando la puerta tras nosotros. Soltó una risita y volvió a besarme, con su lengua bailando contra la mía y su suave cuerpo apretado contra el mío como si no quisiera estar en ningún otro lugar del mundo.

"Enséñamelo", bromeó ligeramente mientras se apartaba para recuperar el aliento. La agarré por la cintura y tiré de ella hacia mí, necesitándola más cerca, sentía que no iba a poder saciarme nunca.

No podía creer lo que estaba ocurriendo. Hacía tantos años, la noche que debería haber sido nuestro baile de fin de curso, estaba preparado para acostarme con ella por primera vez, pero mi padre se había interpuesto para que consumáramos nuestra relación. Pero estábamos los dos solos, y no había nada que se interpusiera. Nada podía ni siquiera acercarse. Toda la necesidad, el deseo, la lujuria y las ganas que se me habían quedado atascadas en la garganta durante todos estos años que habíamos estado separados, por fin podía hacer algo con ellas.

Y no iba a esperar ni un segundo más.

Cerré la puerta tras nosotros y la arrojé sobre mi cama, abalanzándome sobre ella y besándola apasionadamente. No podía creer lo bien que me sentía, incluso después de todo el tiempo que había pasado. La había imaginado tantas veces que no parecía que hubieran pasado diez años, ni siquiera cerca... ni siquiera parecía eso. La forma en que nos movíamos el uno contra el otro tenía sentido, y nada deseaba más que tomarla de la forma que había estado esperando todo este tiempo.

Le quité la camisa y la tiré a un lado, bajando para besarla a lo largo de la garganta y hasta los pechos. Jadeó cuando atraje su pezón entre mis labios, tirando ligeramente de él, y todo su cuerpo se retorció en respuesta. Durante mucho tiempo nos habíamos obligado a ser comedidos cuando estábamos juntos, pero yo solo podía pensar en el calor hirviente que había entre nosotros y en tomarla allí, en ese momento.

Ella se quitó los pantalones y yo deslicé la mano por debajo de sus bragas, rozando con los dedos su arbusto antes de bajar hasta su coño. Jadeó, arqueando la espalda en la cama, y yo la rodeé con la mano para acercarla aún más a mí. Era como si no tuviera

suficiente. Ya podía sentir su coño resbaladizo bajo mis dedos, señal inequívoca de lo mucho que me deseaba, y mi polla palpitaba en mis pantalones en respuesta.

"Oh, Dios", gimió, sus labios esculpiendo las palabras contra mi boca mientras yo empujaba mis dedos dentro de ella. Ya podía sentir cómo se contraía a mi alrededor, cómo se tensaba contra mi mano, lista para mí, como lo había estado la noche en que me vi obligado a dejarla atrás. Levantó las manos y me las puso en el pelo, con las uñas recorriéndome el cuero cabelludo, mientras yo le metía los dedos hasta el fondo, imitando exactamente lo que quería hacer con la polla.

"Necesito sentirte dentro de mí", jadeó, con los ojos oscurecidos de deseo mientras me miraba. Sonreí y bajé la cabeza para besarla de nuevo. Todas las dudas, toda la tensión, toda la historia entre nosotros olvidada. Estábamos allí, juntos, necesitándonos de un modo que ninguno de los dos podía negar.

Empujé mi rodilla entre sus piernas para separar sus muslos mientras me bajaba la cremallera de los pantalones y cogía mi endurecida polla con la mano. Ella me miró, con las manos deslizándose por mis brazos, a lo largo de mi espalda, hasta la nuca, sus uñas arrastrándose por mi piel como si no pudiera saciarse de mí.

"¿Estás lista?" Le pregunté suavemente. Asintió con la cabeza.

"Estoy tan jodidamente lista", gimió, y enganchó los pies en mis piernas para acercarme más a ella hasta casi apretarme contra ella. Podía sentir su calor cuando me apreté contra su raja por primera vez, saboreando la sensación, la fracción de segundo antes de que finalmente empujara dentro.

Y entonces, por fin, lo hice: la penetré. La penetré hasta la empuñadura y me quedé allí un momento, sin apartar los ojos de los suyos, sin querer romper aquel momento, sin perder lo bien que se sentía. Ella gimió, me rodeó con los brazos y entreabrió los labios como si hubiera tantas cosas que quisiera decir, pero no supiera cómo expresarlas con palabras.

Pero no necesitaba hablar. No, ya no teníamos nada que decirnos. Volví a besarla, la agarré de las caderas y tiré de ella hacia arriba y contra mí, empujando dentro de ella con fuerza para que pudiera sentir todo su cuerpo tenso en respuesta. El placer era intenso, pero era algo más que una sensación física. Era algo más profundo. Algo que exigía cada segundo de mi atención. Como si por fin estuviéramos haciendo lo que

deberíamos haber hecho cuando éramos adolescentes, cuando estábamos enamorados: demostrarnos mutuamente lo mucho que significaba para nosotros nuestro deseo, lo profundamente que nos deseábamos.

La rodeé con los brazos y hundi la cara en su cuello, inhalando su aroma familiar mientras me rodeaba la espalda con los tobillos para meterme aún más dentro de ella. Podía sentir su pulso bajo mis labios y besé el lugar donde sentía su corazón latiendo bajo su piel.

Gimió suavemente, esos suaves gemidos de placer me indicaron que estaba empezando a acercarse al límite. Y Dios, todo lo que yo quería era llevarla hasta esa liberación que sabía que tanto necesitaba, que tanto necesitábamos los dos. Me agarraba, se aferraba a mí, me pasaba las manos por la espalda, el cuello y los brazos como si quisiera asegurarse de que realmente estaba allí.

Como si quisiera asegurarse de que no me iba a ir.

"Te siento tan jodidamente bien", le murmuré, y su ceño se tensó de placer cuando se apartó para mirarme. Joder, quería recordar esa expresión en su cara para siempre. Estaba seguro de que era algo más que una sensación física: al igual que yo, ella también sentía la conexión emocional. Y sí, era peligroso permitirme siquiera acercarme a los mismos sentimientos que había tenido antes por ella, pero ¿cómo podía negarlo? Cuando se trataba de ella, no podía mantenerme firme. Simplemente no podía.

Volvía a apretujarse contra mí, empujándose mientras me cogía la cara con las manos y me miraba con una sonrisa dulce y suave en la cara. Tenía los ojos calientes, las mejillas sonrojadas y me di cuenta de que se estaba acercando al límite por la forma en que su cuerpo empezaba a tensarse.

Y entonces, de repente, lo sentí, el momento en que su coño se contrajo a mi alrededor. Gritó y volví a besarla, haciendo todo lo posible para que no despertara a Aidan. Sabía que no podíamos dejar que se enterara, pero era casi imposible que me importara cuando ella se sentía tan bien.

Me introduje en ella por última vez, hundiéndome profundamente y manteniéndome allí mientras ella se estremecía a mi alrededor, nuestras lenguas hambrientas la una de la otra mientras nos besábamos profundamente. Solo tardé unos segundos más en llegar, sintiendo el placer subir desde los dedos de los pies hasta

llenarme todo el cuerpo mientras tocaba fondo dentro de ella.

Pero no estaba listo para retirarme, todavía no. No estaba preparado para que se acabara. Se aferró a mí, con las manos en los hombros, aspirando mi aroma, con las piernas aún apretadas a mi alrededor, como si no quisiera dejarme marchar. Sabía cómo se sentía. Habíamos esperado tanto para esto, y ahora que por fin había sucedido, ¿cómo podíamos dejar que se acabara tan fácilmente?

Al final, se separó del beso y me miró con una sonrisa que me provocó una oleada de deseo.

"Mmm", suspiró cuando por fin me aparté de mala gana, aún no estaba preparado para que esto terminara. "Bueno, creo que puedo decir con seguridad que la espera ha merecido la pena".

"¿Ah, sí?" Me reí. No recordaba la última vez que me había sentido tan ligero, sin peso sobre los hombros, sin nada. Solo paz, esa alegría y alivio de estar finalmente con ella otra vez.

"Puede que tenga que hacerlo otra vez", reflexionó en voz alta. "Solo para asegurarme".

"Oh, creo que podemos hacerlo", murmuré mientras bajaba mi boca hasta la suya una vez más. Después de tanto tiempo esperando, soñando y fantaseando con este momento, por fin había sucedido, y me moría de ganas de repetirlo.

Capítulo Nueve – Anna

Lentamente, levanté la cabeza de la almohada y me giré para mirarle. Aunque aún estaba medio dormida, no pude evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara.

Era él. Era él de verdad. Después de tanto tiempo, por fin me despertaba junto a Callum, y Dios, qué bien me sentía.

Alargué la mano para rozar su mejilla con los dedos y comprobar que era real. El calor de su piel bajo mis dedos me aseguró que sí, que estaba ocurriendo de verdad. Estaba allí y yo estaba tumbada en la cama a su lado mientras la luz de la mañana se colaba por la ventana. Nada podía quitarme lo perfecto que era este momento.

Lentamente abrió los ojos y sonrió somnoliento al verme. Todas las barreras que parecía haber levantado cuando llegué aquí se habían levantado en el momento en que me besó por primera vez. Estaba segura de que no sería tan fácil mantenerlas abajo, pero no me importaba. No, lo único que me importaba era que aquel hombre se estaba despertando a mi lado y que por fin, después de tantos años, habíamos tenido sexo de verdad.

"Buenos días", murmuró. Parecía más joven a la luz de la mañana, o tal vez se había quitado un peso de encima ahora que ya no teníamos que negar nuestra atracción mutua.

"Buenos días", respondí, acurrucándome un poco más junto a él. Me pasó un brazo por la cintura. Era extraño lo normal que me resultaba su contacto, dado que llevábamos tanto tiempo separados. Pero me había acostumbrado tanto a su tacto que era como si nunca hubiéramos estado separados.

La noche anterior había sido... Bueno, había sido increíble. Me había llevado a la cama y habíamos pasado la mayor parte de la noche disfrutando el uno del otro como nunca antes habíamos podido. No podía contar el número de veces que me había hecho correr o el número de veces que habíamos tenido sexo. Era como si no pudiera saciarse de mí, acariciándome el cuello, dejando que sus dedos acariciaran mi piel, todo eso. Sabía exactamente lo que hacía, aún recordaba todas las formas en que me gustaba que me tocaran, como si lo hubiera memorizado todo y nunca lo hubiera olvidado.

Como si siempre hubiera sabido que habría una causa para que usara todo ese conocimiento de nuevo.

"¿Qué hora es?", murmuré, buscando mi teléfono donde lo había tirado la noche anterior. Había estado en mi bolsillo cuando me quité los vaqueros, aunque apenas podía recordarlo en ese momento, con lo frenética que había estado por desnudarme junto a él tan pronto como pudiera.

"Casi las siete y media", contestó, consultando su reloj, y yo gemí.

"Supongo que debería levantar a Aidan", murmuré, pasándome una mano por la cara. Quería ducharme y asearme antes de verle. De ninguna manera iba a contarle lo que habíamos hecho anoche. Habría sido demasiado confuso para él. Y además, todavía no tenía ni idea de lo que era en realidad. Podría haber sido solo algo de una noche, una oportunidad para desahogarnos.

Aunque, mientras salía de la cama y me escabullía a mi habitación para asearme, no podía evitar seguir sintiéndome sorprendida. Cuando se trataba de nosotros, de nuestra historia, era imposible que fuera solo una noche. Lo que tuviéramos, lo que compartiéramos, era más que eso, lo había sentido en cada beso, en cada caricia, en cada segundo que habíamos pasado juntos la noche anterior. Aún no habíamos hablado de ello, no habíamos tenido la oportunidad, pero tal vez no había mucho que necesitáramos decir.

No, eso no era cierto. Había tanto, tanto de lo que necesitábamos hablar. Tanto que ni siquiera sabía por dónde empezar. Sobre todo el hecho de que estaba involucrado en la mafia, la maldita mafia. Con razón este lugar era tan caro y glamoroso. Su familia se había metido en asuntos muy oscuros para conseguirlo, y mentiría si dijera que no me asustó.

Podría haberme dicho que su padre era el que había hecho cosas que no debía, cosas que habían causado verdadero daño en esta ciudad, pero ¿cómo podía saberlo con seguridad, de verdad? ¿Cómo podía saber que no me estaba contando una historia para asegurarse de que no me asustara y saliera corriendo? Podría estar diciéndome lo que creía que quería oír en lugar de la verdad que yo realmente quería averiguar.

Ni siquiera podía dejar que eso se me pasara por la cabeza. Era demasiado horrible. Odiaba la idea de que me mintiera, pero no tenía forma de probar de un modo u otro

cuáles eran realmente sus intenciones. Me devanaba los sesos, repasando cada interacción que había tenido con él, cada interacción que le había visto compartir con su hijo, intentando averiguar si todo había sido una actuación o si lo había dicho de verdad.

Desperté a Aidan y lo preparé para ir al colegio como había hecho todos los días de la semana, con la esperanza de que no se diera cuenta de que había algo diferente en mí. Lo último que quería era involucrarlo a él también en todo esto. Era solo un niño, y no necesitaba estresarse por todo lo que estaba pasando entre su padre y yo.

Lo juro, lo observé con más atención que nunca, intentando averiguar si se había dado cuenta de que estaba pasando algo, pero actuó con total normalidad, gracias a Dios. Lo miré por el retrovisor mientras lo llevaba al colegio y me pregunté cuántos secretos tendría. ¿Sabría lo que hacía su padre? ¿Sabía que Callum intentaba cambiar las cosas, crear una vida mejor y más segura para su hijo? ¿Lo creía?

¿Y qué le había pasado a su madre? Un escalofrío me recorrió la espalda al considerar las posibilidades. ¿Y si la había matado uno de sus enemigos? Por lo que tenía entendido, este no era exactamente el tipo de negocio en el que uno pudiera estar completamente seguro, y ¿quién podía decir que no irían a por la gente cercana a Callum si tenían la oportunidad? Debería habérselo preguntado antes de acostarnos la noche anterior, pero me había perdido tanto en la dulzura de su beso que no había podido pensar en nada más.

Detuve el coche en la puerta del colegio, entre el resto de cuidadores que iban al colegio, y cogí la mochila de Aidan del maletero antes de acompañarlo hasta la puerta.

"Que tengas un buen día", le dije, apretándole el hombro. Me sentía un poco culpable por lo que había pasado con su padre, pero él no lo sabía y tampoco tenía por qué saberlo.

"Gracias", contestó, pero de repente frunció el ceño. Me tensé. ¿Lo sabía?

Pero entonces noté que sus ojos se desviaban hacia algo que había detrás de mí. Me giré de inmediato y, cuando vi lo que estaba mirando, se me encogió el corazón.

Aquel hombre. El mismo hombre que había visto el otro día. El hombre que parecía estar observando a Aidan cuando corría hacia el patio de recreo. Había vuelto, y esta vez, sus ojos estaban fijos en nosotros dos, observándonos como si no tuviera ningún motivo para temer que le pillaran. Volví a girar la cabeza y me agaché delante de Aidan para

impedir que el hombre lo viera.

"Te recogeré más tarde, ¿vale?" Le dije, tratando de mantener la sonrisa en mi rostro para que no supiera que algo andaba mal. Cuanto antes lo llevara a la escuela, mejor. Allí estaría seguro. Nadie intentaría nada donde había tanta seguridad y tantos testigos.

"¡De acuerdo!" respondió Aidan, y su rostro se iluminó de nuevo al instante. Respiré aliviada cuando entró corriendo en el instituto y me giré para ver si aquel hombre seguía observándonos. Pero, cuando volví a girarme, ya se había ido, y el lugar que ocupaba lo había ocupado un padre que llevaba a su hijo a hombros hacia la puerta del colegio.

Parpadeé y miré a un lado y a otro, tratando de ver si se me había escapado, pero no veía a nadie. Mierda. Aquel tipo me daba mala espina. Lo había tenido desde el primer momento en que lo había visto, pero ahora... ahora, conociendo la línea de trabajo de Callum, no podía evitar sentirme aún más asustada por su presencia.

¿Y si estaba acechando a Aidan? ¿Y si alguien le había enviado para vigilar a ese niño? No podía ser un secreto lo mucho que Callum lo adoraba; se notaba en cada interacción que compartían. Callum adoraba a su hijo y, si alguien quería llegar hasta él, debía de saber que esa era la mejor forma de hacerlo.

Volví al coche y, antes de entrar, me detuve por última vez para mirar a mi alrededor y comprobar que no me seguían. Me juré a mí misma que se lo contaría a Callum. Probablemente debería habérselo dicho después de la primera vez que vi a ese tipo vagando por ahí, pero no había tenido el contexto para empezar a preocuparme de verdad. Pero después de esto, sabía que no era así. Sabía que podría haber sido grave.

Tenía aún más razones para cuidar de Callum y su familia. Porque estaba empezando a enamorarme de él otra vez y no quería que nada se interpusiera en mi camino.

Esta vez no.

Capítulo diez – Callum

"¿Jefe? Mensaje para usted".

Levanté la vista de mi escritorio y vi a Trevor, uno de mis guardias de seguridad, de pie en la puerta, mirándome con una expresión sombría en el rostro.

"¿De quién?"

"No lo sé", admitió mientras me entregaba un sobre de aspecto anodino. "Lo ha dejado un mensajero hace unos minutos. Dijo que era urgente".

Se lo recibí y miré el sobre para ver si reconocía lo que ponía delante. Estaba cuidadosamente mecanografiado, solo mi nombre y mi dirección. Quienquiera que lo hubiera enviado, había querido asegurarse de que no hubiera marcas identificativas, nada que pudiera utilizar para localizarlo.

Le di la vuelta, preguntándome qué podría ser. Aunque mi padre nunca había sido discreto a la hora de mostrar lo impresionante que era su mansión, yo había intentado pasar desapercibido y asegurarme de que este lugar no fuera muy conocido entre los demás hombres de negocios con los que trabajaba. No habría sido difícil de localizar, pero aun así, algo me decía que quienquiera que hubiera enviado esta carta sabía exactamente adónde tenía que ir. Y eso me preocupaba.

La abrí despacio, pasando la navaja por debajo de la solapa y abriendo el borde del sobre. Dentro, tres páginas se deslizaron hasta mi escritorio.

Y cuando vi lo que eran, el corazón me dio un vuelco en el pecho.

Fotos. Tres fotos. De Aidan y Anna. Deben haber sido tomadas esa mañana, mientras Anna lo dejaba en la escuela. Reconocí la ropa que llevaba. Habían sido tomadas desde lejos, pero no había duda de que eran ellos, no había duda de que era en la escuela de Aidan. Alguien los había seguido hasta allí y les había hecho esas fotos. Dios sabe cuánto tiempo habían estado siguiéndolos.

O qué les habría pasado después de que les hicieran esas fotos.

Di la vuelta a las fotos, me temblaban las manos, y había una nota garabateada en

el reverso de una de ellas. No reconocí la letra, arañosa y rizada, pero las palabras me revolvieron el estómago.

La próxima vez no serán solo fotos.

Eso era todo. Ninguna otra indicación de quién era, qué querían o por qué lo hacían. Me puse en pie de un salto, a punto de ir tras Trevor para interrogarle y obtener toda la información que pudiera sobre lo que había ocurrido cuando el mensajero lo había dejado, lo que había notado en él, pero antes de que pudiera siquiera salir por la puerta, me estrellé contra alguien.

"¿Adónde vas con tanta prisa?". Me preguntó Anna. Me detuve en seco, apretando su cara entre mis manos.

"Mierda, Anna, estás bien", respiré, y ella me miró fijamente por un momento.

"Sí, estoy bien", respondió, riendo un poco confundida. "¿Por qué no iba a estarlo?"

Volví a mirar hacia el escritorio. ¿Debía contárselo? Estaba seguro de que debía hacerlo. Si alguien estaba acosando a Aidan, ella también estaba en la línea de fuego y no quería que se viera involucrada sin saber lo que estaba pasando.

"Mira esto", le dije, señalando las fotos que había detrás de nosotros. Pasó junto a mí, miró hacia el escritorio y casi se le salen los ojos de las órbitas cuando vio lo que estaba mirando.

"Dios mío", jadeó, llevándose la mano a la boca en estado de shock. "¿Qué es esto? ¿De quién son? ¿Cuándo te las dieron?"

"Acaban de llegar", murmuré, caminando de un lado a otro delante del escritorio mientras ella miraba las fotos. "Deben de haber sido tomadas esta mañana. ¿Notaste algo raro cuando dejaste a Aidan en el colegio esta mañana?"

"Vi a un tipo trajeado que nos miraba", admitió, sacudiendo la cabeza. "Pero no le vi haciendo fotos ni nada. Y lo vi allí antes, así que no pensé que fuera gran cosa".

"¿Le habías visto antes?", pregunté, con una oleada fría de horror extendiéndose por mi organismo como si alguien me hubiera sumergido en agua helada. Ella asintió.

"La primera vez que lo vi me pareció un poco raro, pero no le di importancia",

confesó. "Solo pensé que estaba paranoica o algo así".

"¿No se te ocurrió decírmelo?". Exclamé. Sabía que no tenía sentido enfadarme con ella. Ella no era la que me había hecho esto, pero no podía contenerlo. Me miró con el ceño fruncido.

"No creí que hubiera nada que contar", replicó, a la defensiva. "Se parecía un poco a los tipos que vinieron a casa cuando tu padre... cuando puso fin a las cosas entre nosotros. Pensé que lo estaba pensando demasiado, así que no dije nada".

"¿No me dijiste cuando viste a un tipo raro merodeando por el colegio de mi hijo?". Murmuré, y ella me miró con los ojos muy abiertos.

"Oye, no digas eso como si no me importara", protestó. "No creía que tuviera nada de que preocuparme. Si me hubieras hablado de tus asuntos antes de anoche...".

"No me echas la culpa a mí", le respondí. Podía oír la rabia aumentando en mi voz. No era contra ella, sino contra quienquiera que hubiera hecho esto, quienquiera que hubiera estado siguiendo a mi hijo, haciéndole fotos y enviándome amenazas. Pero era la persona que tenía delante en ese momento, y me costaba controlar mi rabia.

"No lo hago, solo te digo que habría dicho algo antes si hubiera creído que había motivos para estar...".

"Siempre hay motivos para estar pendiente de él", le respondí bruscamente, cortándola. "Si no puedes hacer eso...".

"¡Ya lo he hecho!", me dijo. "He estado cuidando de él en todo lo que he podido, lo sabes. ¿Lo sabes?"

Me quedé mirándola un momento, respirando con dificultad. Sí, lo sabía. Sabía lo duro que había estado trabajando, todo lo que había estado haciendo para cuidar de él, pero aun así, esto era demasiado para mí, demasiado horrible como para pensar en ello.

"En esta hay algo escrito", murmuró mientras cogía una de las fotos. Cuando vio lo que había garabateado en el reverso, su rostro palideció. Me miró horrorizada.

"¿Quién ha enviado esto? ¿Tienes alguna idea?"

"No", respondí. "Pero si me hubieras dicho lo del tipo de la escuela...".

"No le des la vuelta a esto", me dijo, con la voz acalorada. "Sabes que no es culpa mía. Esto tiene que ver con tu familia".

"Sí, mi hijo", le contesté. "Y tienes que tener más cuidado con informar de todo lo que ves cuando estás con él".

"He venido aquí para hablar contigo de ello", replicó. "En cuanto me di cuenta de que podía tener algo que ver con... con el negocio, quise contártelo. No te lo habría ocultado".

Pude ver las lágrimas brillar en sus ojos, y una oleada de culpa me golpeó. No quería disgustarla. Estaba conmocionada, destrozada por lo que había pasado. Le cogí la cara con las manos y la miré a los ojos.

"No puedo perderte", murmuré. "A ninguno de los dos. Si les pasa algo, nunca podré perdonármelo. Eso es tan cierto ahora como cuando..."

"Como cuando me dejaste la primera vez", terminó por mí, sin rodeos. Esas palabras dolieron. Me dolió aún más saber que podría haberle pasado algo en el colegio de mi hijo, y que yo no habría podido hacer nada al respecto. Pero, mientras me miraba a los ojos, intenté recordarme a mí mismo que ella estaba allí, conmigo, a salvo.

Y no quería desperdiciarlo.

La acerqué y la besé con más fuerza que antes, más profundamente, más frenéticamente. Ella pareció sorprenderse por un momento, pero luego se hundió en el abrazo, respondiendo con su suave lengua contra mi boca mientras yo deslizaba las manos por su cuerpo, apretando las palmas contra la parte baja de su espalda para acercarla aún más a mí.

Ella gimió contra mis labios y ese sonido aumentó mi necesidad hasta un nivel casi insoportable. Gruñí contra su boca, la giré para que se pusiera de espaldas a mí y la empujé sobre el escritorio.

Se echó hacia atrás y se subió el dobladillo de la falda por encima de las caderas, dejándose al descubierto. Joder, ver su cuerpo así, todo expuesto delante de mí, casi me llevó al límite, justo en ese momento. Metí la mano entre sus piernas, le arranqué las endebles bragas y las tiré a un lado. Jadeó por la sorpresa, pero arqueó la espalda y abrió las piernas casi por instinto, respondiendo a mi rudeza y a mi necesidad de ella. Ella

también me necesitaba. Podía sentirlo.

Deslicé la mano por su espalda, enredando los dedos en su pelo mientras me bajaba la cremallera y me apretaba contra ella. No era como la noche anterior, cuando me había tomado mi tiempo, saboreando cada segundo. No, la necesitaba, duro, rápido, allí y entonces.

La penetré con un solo movimiento, hasta la empuñadura y me enterré allí. Los dos gemimos con fuerza, el escritorio crujió bajo ella mientras la agarraba por el culo y empezaba a penetrarla con movimientos largos y fuertes. Necesitaba liberar la tensión que me consumía, el pánico que había nublado mi mente, y la visión de su cuerpo expuesto ante mí era exactamente lo que necesitaba para conseguirlo.

Separó un poco más los pies y empezó a empujar contra mí, abrazándome aún más. Empujé dentro de ella, manteniéndome allí, haciendo pequeños círculos dentro de ella para poder sentir cada parte de ella desde dentro hacia fuera. Ella gimió y yo apreté un poco más su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás, observando cómo su espalda se arqueaba como la de un gato para recibir aún más de mí en su interior.

Le rodeé el vientre con un brazo y la acerqué aún más a mí, de modo que no quedaba ni un centímetro de espacio entre nuestros cuerpos. No podía permitirlo. No podía permitir que ninguna distancia nos separara, no cuando por fin la tenía. Mi cuerpo aún la deseaba de una forma que no deseaba nada más en el mundo, mi polla ya se agitaba mientras me acercaba cada vez más al límite.

"Oh, Dios", gimió, mirando hacia atrás por encima de su hombro para verme dentro de ella mientras me retiraba y luego volvía a deslizarme profundamente. Por la mirada confusa de sus ojos, me di cuenta de que se estaba acercando al límite, y lo único que yo deseaba era llevarla y que se liberara como tanto ansiaba.

Me abalancé sobre ella una última vez, aguantando hasta el fondo mientras tocaba fondo en su interior. Y la sensación de mi polla dentro de ella debió de ser todo lo que necesitó para llegar al límite, porque todo su cuerpo se estremeció de pies a cabeza cuando alcanzó su propia liberación, su coño palpitando a mi alrededor, apretándome con fuerza como si no quisiera que me saliera todavía.

Me incliné sobre ella, apoyando la cara en su nuca e inhalando su aroma una vez más. Necesitaba recordarme a mí mismo que estaba aquí, que estaba a salvo, que estaba

conmigo y que no le iba a pasar nada.

No iba a volver a perderla. De ninguna manera. Ni por asomo. Y cualquiera que pensara que podría haber sido capaz de hacer que eso sucediera tenía un montón de otras cosas por venir.

Capítulo Once – Anna

"Detente ahí, Anna."

Me quedé paralizada en el sitio al llegar a la puerta, girándome para ver a Trevor, el jefe de seguridad de Callum, caminando hacia mí con una expresión adusta en el rostro. Fruncí el ceño, confundida.

"¿Qué pasa? Pregunté. Había salido a dar un paseo -algo para despejarme después del estrés de los últimos días-, pero parecía que no iba a ninguna parte.

"¿Te vas por alguna razón en particular?", respondió, cruzando los brazos sobre el pecho y mirándome con desprecio.

"Solo quería tomar el aire", le dije. "¿Está permitido?"

Negó con la cabeza. "Tendrás que salir con al menos dos miembros de nuestro cuerpo de seguridad", replicó. Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

"Olvidalo", murmuré, y me di la vuelta para subir a mi dormitorio.

Debería haber sabido que no iba a poder salir tan fácilmente. Desde el viernes, cuando esas fotos llegaron a la mesa de Callum, la seguridad se había incrementado en un dos mil por ciento. Aidan había faltado al colegio por enfermedad, a pesar de que se encontraba bien, y yo había hecho todo lo que estaba en mi mano para mantenerlo al tanto de sus deberes, para que todo le pareciera lo más normal posible, a pesar de que no lo era en absoluto.

Seguía tomándoselo como unas pequeñas vacaciones de su vida real. Los dos nos habíamos quedado hasta tarde viendo películas y me había ayudado a preparar un enorme desayuno por la mañana, solo para que tuviera algo con lo que ocupar su tiempo. Estaba segura de que no se había dado cuenta de que su padre estaba en estado de pánico, pero no sabía cuánto tiempo más duraría.

Callum se había vuelto loco desde que recibió las fotos, y no lo culpaba. Aunque no me hubiera importado que me culpara por ello, entendía por qué estaba tan asustado. Sobre todo porque realmente no parecía saber quién podría haberlas enviado o quién podría haberlas tomado en primer lugar.

El equipo de seguridad me había interrogado para obtener toda la información que pudiera recordar sobre el hombre que vi a las puertas del colegio, pero no había podido darles mucho más de lo que ya había compartido con Callum. Que había parecido fuera de lugar con su traje oscuro y su elegante coche, pero no habría pensado mucho en ello si no hubiera sido porque las fotos aparecieron cuando lo hicieron. Me ponía un poco enferma pensar que podían haberme vigilado siempre que estaba cerca de Aidan, siempre que los dos salíamos de casa. Sentía que se me erizaba el vello de la nuca al pensarlo, como si quienquiera que nos hubiera estado siguiendo siguiera observándome.

Volví a la biblioteca, donde había dejado a Aidan eligiendo algunos libros mientras yo tomaba el aire, intentando esbozar una sonrisa para que no se diera cuenta de lo molesta que estaba. No, era algo más que irritación por no poder hacer exactamente lo que quería: también tenía miedo. Miedo de pensar en lo que esto podía significar, en cuánto tiempo podría durar, en qué clase de peligro podría haberme metido sin ni siquiera saberlo.

Y si ese peligro iba a persistir mientras estuviera allí con Callum.

Me resultaba tan retorcido haber vuelto con él para que algo así ocurriera y lo estropeará todo.

Llegué a la biblioteca y, al cruzar la puerta, me encontré a Aidan sentado junto a una enorme pila de libros, mirando uno como si estuviera luchando con él. En cuanto oyó mis pasos, levantó la vista.

"¿Qué significa esta palabra?", preguntó señalando la página que tenía abierta. Era una gigantesca novela de fantasía que sin duda había elegido por la preciosa ilustración de la portada, en la que aparecía un noble príncipe rescatando a una bella doncella de un dragón.

"Involuntario", leí en voz alta. "Significa... algo que va en contra de tu voluntad. Algo que no quieres hacer".

"Involuntario", murmuró de nuevo, repitiendo la palabra después de mí, y luego asintió. "¡Eso tiene sentido!"

"Veamos qué has elegido", comenté, sentándome en el sillón que había junto a él e intentando mantener el tono de voz alegre. Lo último que quería era que adivinara lo mal que habían ido las cosas. Era un chico dulce y merecía vivir sin el miedo que pesaba

sobre mi cabeza.

Revisamos algunos de los libros que había escogido y seleccionamos tres que leeríamos juntos: todos eran historias de fantasía, de tierras lejanas y mitos emocionantes. Me vendría bien algo así en mi vida ahora mismo, una oportunidad para alejarme, una oportunidad para poner distancia entre mí y todo lo que estaba ocurriendo aquí.

Simplemente, no entendía este mundo, cómo funcionaba, cómo encontrarle sentido, y sentía que nada de lo que pudiera hacer iba a cambiar eso. Deseaba encontrar alguna forma de ayudar con lo que estaba pasando, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

Supuse que lo mejor que podía hacer era concentrarme en que todo fuera lo más normal posible para Aidan. Mientras miraba una de las hermosas ilustraciones de su libro, sentí una oleada de protección hacia él. Era responsable de él. Responsable de mantenerlo a salvo. Y, aunque no hubiera podido hacerlo de todas las formas que esperaba, dado que el extraño hombre de su colegio nos había hecho fotos, al menos podía intentarlo.

"¿Quieres ir a tomar el aire?", sugerí, señalando con la cabeza el jardín cuando noté que se inquietaba.

"¿Podemos jugar al fútbol?", preguntó, con la cara iluminada por la esperanza. Yo me reí.

"No sé si seré buena en eso", le advertí. "Pero puedo intentarlo, si quieres".

"Te enseñaré cómo", se ofreció, me cogió de la mano y tiró de mí hacia la puerta. Dejé que me condujera hasta la luz del sol. Puede que no fuera el paseo que había estado esperando, pero algo era algo, y sabía que me haría bien salir de allí durante un rato, salir de los sofocantes confines de esta casa y olvidarme de todo lo que estaba pasando.

Aunque para ello tuviera que recibir una paliza de un niño de siete años.

Capítulo doce – Callum

En cuanto llegué a mi despacho, me di cuenta de que algo no iba bien.

Y sabía que no era solo la paranoia que me había estado acosando allá donde iba desde que había recibido aquellas fotos el otro día. No, se trataba de algo más serio, algo de lo que sabía que debía preocuparme. Disminuí la velocidad de mis pasos antes de llegar a la puerta, tratando de calmar mi sobrecalentado sistema nervioso, y no haciendo un trabajo particularmente bueno en el proceso.

Había pasado casi una semana desde que recibí aquellas fotografías y había hecho todo lo posible por cerrar mi casa y hacerla lo más segura posible para mi hijo. No había forma de que fuera a la escuela cuando esas personas parecían saber a qué clases asistía, y tenía seguridad patrullando la casa día y noche, vigilando a cualquiera que pareciera fuera de lugar. Incluso había conseguido localizar al mensajero que había dejado las fotografías, aunque no había dado ninguna información sobre quién lo había enviado. No parecía saber nada. Quienquiera que lo hubiera hecho, se había asegurado de que yo no pudiera sacarle el humo, y eso me preocupaba.

Había trabajado tan duro estos últimos diez años para intentar que mi familia no fuera un objetivo como lo había sido mi padre. Había estado involucrado en muchas cosas turbias y siempre estaba luchando contra gente que quería acabar con él. El estrés fue lo que finalmente lo mató, estaba seguro. Y, dado que estaba hasta las orejas de armas y drogas, no era de extrañar que nunca pudiera estar realmente a salvo.

¿Pero yo? Yo había dejado todo eso atrás. Vendí los contratos turbios a otras personas, invertí el dinero en el puñado de empresas legales que mi padre había creado: clubes, negocios, lo que pude encontrar. Sobre todo porque quería evitar que algo así le ocurriera a mi hijo. No quería que tuviera que enfrentarse al horror y la oscuridad que este mundo podía traerle, pero parecía que no iba a ser tan fácil dejarlo atrás.

No cuando alguien lo tenía en su línea de visión.

Mi hijo. Me había dado cuenta de lo mucho que lo amaba. Sabía que no se lo había dicho lo suficiente. Todavía estaba tratando de superar la ausencia emocional que mi padre me había dejado, pero esta era mi manera de demostrárselo. Manteniéndole a salvo, de cualquier manera que pudiera, de cualquier forma que fuera capaz. No me

importaba lo que costara. Iba a asegurarme de que se quedara allí, conmigo, pasara lo que pasara, donde debía estar.

Y, cuando abrí la puerta de mi despacho y la vi allí de pie, todo encajó.

Me detuve en seco. Parpadeé. Intenté averiguar si esto estaba ocurriendo de verdad, si ella estaba realmente allí. Hacía tanto tiempo que ella no se acercaba a este lugar que, por un momento, pensé que era mi cerebro aturdido por el estrés y la falta de sueño, que evocaba a la última persona que quería ver.

Pero entonces se volvió hacia mí y supe que era imposible que yo hubiera inventado esa sonrisa cruel.

"¿Clara?", murmuré, mirando a mi exmujer con total confusión y un creciente temor en el pecho. Tenía un aspecto un poco diferente, algo en la cara más tensa, como si le hubieran estirado la piel sobre el cráneo. Tenía el pelo decolorado y recogido en una coleta alta en la nuca; sus ojos eran tan agudos y crueles como siempre.

"¿De verdad vas a saludar así a la madre de tu hijo?", me espetó. Ahí estaba, la misma mala leche que siempre había conocido en ella.

"¿Qué coño estás haciendo aquí?", le pregunté. ¿Cómo había entrado? Le había dicho a los de seguridad que mantuvieran a todo el mundo fuera, a menos que lo consultaran conmigo, y ella era la última persona a la que habría dejado entrar por esa puerta.

"He venido a ver a mi hijo", respondió, cruzando los brazos sobre el pecho y mostrándome una sonrisa vacía. No le llegaba a los ojos.

"Tienes que irte", le gruñí, señalando la puerta. "Ya está pasando bastante ahora como para que entres y..."

"¿No recibiste mi mensaje la semana pasada?"

Mi corazón se detuvo por un momento. ¿Qué? ¿Qué? ¿Ella había sido la que envió esas fotografías? ¿La que garabateó ese mensaje en el reverso, esa amenaza, para el niño que ella había ayudado a traer al mundo? No tenía sentido. Nada de eso lo tenía.

"¿De qué coño estás hablando?", le gruñí. Era imposible que lo supiera, a menos que me lo hubiera enviado ella, e incluso ella, con toda su maldad, nunca lo habría

hecho.

¿O acaso sí?

Señaló con la cabeza el asiento de mi mesa. "Deberías sentarte", me dijo, con voz firme. "Tenemos que hablar."

"No voy a hablar contigo de nada", le respondí. "Tienes que contarme lo que pasa y luego irte. ¿Está claro?"

Soltó una risita al oírme hablarle así. Me enfureció. Nunca me había tomado en serio. Era un poco mayor que yo y siempre lo había utilizado en mi contra, aprovechándose de mi falta de conocimientos sobre el mundo para conseguir que hiciera lo que quisiera.

Pero yo ya no era así. Ni por asomo. No iba a volver a ser quien era. En el tiempo que había pasado desde que ella se fue, me dediqué a asegurarme de criar a un hijo que pudiera estar orgulloso de su padre, y ese orgullo no iba a venir de un hombre que se dejaba pisotear por una psicópata.

"Bien", respondió, poniendo los ojos en blanco. "Pero son buenas noticias, lo prometo".

La miré fijamente mientras tomaba asiento en mi escritorio, apoyando los pies de tacón alto en la madera pulida mientras se revisaba las uñas.

"Clara, ponte a ello", le ordené. Levantó las cejas.

"¿Cuándo te han crecido un par de pelotas de repente? Pero finalmente, suspiró, y salió con ella. "Estoy aquí porque quiero a Aidan".

Me quedé mirándola atónito. Era imposible que lo hubiera oído bien. De ninguna manera había tomado eso de la manera que ella lo quiso decir. Porque ella no había estado ahí para nuestro hijo durante años. Incluso cuando aún estábamos técnicamente casados, ella tenía un pie fuera de la puerta, lista para irse a la primera señal de irritación o trabajo duro.

"Estás bromeando, ¿verdad?", le pregunté. Puso los ojos en blanco.

"Pensé que te alegraría oírlo", comentó. "Has estado cuidando de él los últimos dos

años...".

"Los últimos cinco años", la corregí de inmediato. No iba a dejar que restara importancia a todo lo que había hecho por él.

"Sí, da igual", contestó ella, agitando una mano como si no le importara en absoluto. "Los últimos cinco años. Ahora estoy lista para tenerlo. Es mi turno de tenerlo".

Negué con la cabeza. "No."

"¿No?", exclamó como si no pudiera creer lo que estaba oyendo en ese momento. "¿Cómo que no?".

"Quiero decir que no me vas a quitar a mi hijo", respondí. "Aquí es feliz. Aquí está seguro. O lo estaba, hasta que llegaste tú".

"Nuestro hijo", me corrigió, con un oscuro destello de ira cruzándole la cara. "Es nuestro hijo, Callum".

"No, no lo es", le gruñí. "Hace mucho tiempo que no es nuestro hijo. Si es que alguna vez lo fue. Le diste a luz y luego le diste la espalda. A los dos. No puedes volver aquí y actuar como si tuvieras derecho a él".

Respiró agitadamente. Estaba claro que no esperaba que me importara tanto como me importaba. Pero quería a ese chico y sabía que no tendría la vida que necesitaba si se iba con ella. Necesitaba quedarse conmigo, donde pudiera mantenerlo a salvo, donde pudiera seguir construyendo ese futuro para él que sabía que realmente querría.

"He cometido errores en el pasado", respondió, poniendo un tono de disculpa sobre sus palabras como si yo no pudiera ver a través de ella. Podría haber caído en esto hace mucho tiempo, pero yo era diferente. Sabía qué clase de persona era. Sabía lo cruel que podía ser y lo poco que le importaba Aidan y su bienestar.

"Pero, ¿significa eso que debo ser castigada con no volver a ver a mi hijo?", preguntó. "No es justo, Callum. Lo sabes".

"¿Entonces por qué enviaste a uno de tus lacayos a hacerle fotos y amenazarle?". Le respondí. Sus mejillas enrojecieron de ira.

"Solo quería verle...".

"Querías asustarme", repliqué. "Y sé que estás haciendo esto por una razón, Clara. Así que dime de una puta vez lo que quieres".

Hizo una pausa, considerando cuál era la mejor manera de hacerlo. Me di cuenta de que estaba pensando en contarme alguna historia, pero ya había ido demasiado lejos cuando envió a aquel hombre a acecharlo. No sabía quién era ni qué le había dicho para involucrarlo en el retorcido juego que estaba jugando, pero no me importaba. No iba a dejar que se fuera de aquí con Aidan. De ninguna manera.

"Me he enamorado", me dijo por fin. De cualquier otra persona, habría esperado que esas palabras estuvieran llenas de alegría, esperanza y adoración, pero salieron mecánicamente de sus labios. No sabía si intentaba convencerme a mí o a sí misma.

"¿Y qué coño tiene eso que ver con Aidan?". Gruñí. Pintó una expresión triste en su rostro, las comisuras de sus labios cayendo teatralmente.

"Ahora que estoy enamorada de verdad de este hombre, veo lo mucho que quiero una familia propia", me explicó. "Y Aidan es mi familia, Callum. Quiero criarlo. Quiero estar ahí para él, quiero... ser su madre".

Entrecerré los ojos. No, nada de esto tenía sentido para mí. "Si estás tan decidida a tener una familia, ¿por qué no tener un hijo con tu nuevo hombre?". Le espeté. Suspiró y se apoyó las manos en el estómago un momento antes de responder.

"No puedo", replicó. "No puedo tener más hijos, eso me dijeron los médicos".

"Entonces, adopta", comenté. "Puedes arreglártelas, ¿no?".

Se quedó callada. Mi mente se agitó mientras intentaba encajar las piezas. ¿Por qué no podían simplemente adoptar a un niño, si tan importante era para ellos tener una familia propia?

A menos, claro, que hubiera alguna razón por la que necesitaran un pariente consanguíneo. Alguna razón por la que las autoridades nunca permitirían que un niño adoptado viviera con ellos. Alguna causa por la que ella quisiera a Aidan, específicamente.

Y entonces, algo encajó. Un heredero. Quienquiera que fuera, querían un heredero.

Y eso significaba...

"Estás con un nuevo mafioso, ¿verdad?" Le pregunté. Ella no respondió, pero sus ojos se apartaron de los míos, lo que para mí era como admitirlo. Una llamarada de ira estalló en mi pecho.

"Has venido aquí para intentar que Aidan forme parte de una familia de criminales", exclamé. Se puso en pie de un salto.

"¡Como si tú fueras diferente!", replicó. "Al menos estaría con su madre entonces. Eso es lo que necesitan todos los niños".

"Estoy haciendo todo lo que puedo para que tenga una vida mejor", le advertí, dando un paso hacia ella y acortando la distancia que nos separaba. "Y si crees por un segundo que voy a dejar que me lo arrebates, que lo devuelvas a ese mundo solo para que puedas darle a este hombre lo que quiere, te estás buscando otra cosa".

Su cara se retorció de rabia, abandonando por fin la fachada de que tenía buenas intenciones en todo esto. "Voy a tenerlo, Callum", me dijo, bajando la voz a un susurro amenazador. "Va a ser mío. Si no nos lo das, nos lo llevaremos. ¿Entiendes?"

"No te atrevas a amenazar a mi hijo", le espeté. "No tienes ni idea de lo que haré por él. Lo que te haré a ti..."

"Y tú no tienes ni idea de con quién estás tratando", replicó. "Mi hombre, hará lo que sea para darme lo que quiero. ¿Entiendes? Y si quiero a ese chico para que podamos tener un heredero, entonces lo tendremos. Así de simple".

La fulminé con la mirada. No estaba segura de haber sentido en mi vida un odio semejante hacia alguien, y se me nubló la vista. Me estaba costando no gritarle en la cara, no quería delatar lo aterrorizado que estaba, pero no le daría esa satisfacción.

"Tres días", me dijo. "Tres días, y luego vendré a tomar lo que es mío. ¿Entiendes?"

"Lárgate de aquí", le ordené, señalando la puerta. "Ahora. No quiero volver a verte. No mientras viva".

Sonrió. Otra vez esa sonrisa que no le llegaba a los ojos. Me sonreía como si ya hubiera ganado, y eso me preocupaba. Me preocupaba de verdad. No sabía exactamente lo que había planeado, pero sabía de lo que era capaz, y no quería descubrir hasta dónde

estaba dispuesta a llegar.

"Tres días", repitió una vez más antes de dirigirse finalmente a la puerta. La cerró tras de sí y, en cuanto oí que encajaba, me hundí en el asiento, respirando con dificultad.

Al menos sabía de dónde venía la amenaza. Pero ese plazo iba a seguir rondando mi cabeza hasta que encontrara la forma de mantenerla alejada de mi hijo para siempre.

Hiciera lo que hiciera falta, lo haría. Y si eso significaba involucrarme en la oscuridad que había jurado dejar atrás, que así fuera.

Capítulo trece – Anna

"¿Aidan? Aidan!"

En cuanto oí a Callum llamar a su hijo, me di cuenta de que algo iba mal. Jadeando, recogí la pelota y me volví hacia la casa.

"¡Estamos aquí!", grité mientras Aidan y yo nos dirigíamos hacia su padre. Habíamos estado jugando al fútbol toda la tarde, e incluso había conseguido marcar un par de goles en la portería improvisada que habíamos hecho con un par de zapatos, aunque estaba bastante segura de que Aidan solo me había dejado meterlos para que no me sintiera totalmente inútil.

"¿Por qué están aquí fuera?" Callum nos gritó al llegar a la casa. Pude ver un terror frenético en sus ojos, y se me cayó el estómago. ¿Había pasado algo más? ¿Por qué estaba tan asustado?

"Solo estábamos jugando al fútbol", respondí, poniendo las manos sobre los hombros de Aidan. Callum agarró a su hijo y tiró de él como si no quisiera soltarlo nunca.

"Estás bien, ¿verdad?", preguntó, escudriñando el rostro de Aidan en busca de cualquier señal de que algo anduviera mal. Aidan asintió.

"Estoy bien, papá -respondió, pero le temblaba la voz al pronunciar las palabras. Sabía que algo iba mal. Le cogí la mano y le sonreí.

"¿Por qué no entras y te aseas?". Le sugerí. "Podemos comer algo cuando termines".

Conduje a Aidan al interior de la casa, y Callum nos siguió de cerca como si no quisiera perdernos de vista. En cuanto subí a Aidan por las escaleras, me volví hacia Callum, con los ojos muy abiertos. "¿Qué te pasa?", le pregunté "Estás asustando a tu hijo".

"Su madre acaba de estar aquí".

"¿Qué? Jadeé, mirando a mi alrededor como si todavía pudiera estar cerca. "¿Qué

quieres decir? ¿Cómo...?"

Él se hundió contra la pared detrás de él, poniendo su cabeza en sus manos. Sus hombros temblaban como si no pudiera creer que tuviera que decir esto.

"¿Qué pasó, Callum?", pregunté suavemente, acercándome a su hombro. De repente, parecía tan vulnerable, y deseé que hubiera algo que pudiera hacer para que esto fuera un poco más fácil para él.

"Ni siquiera sé por dónde empezar", admitió.

"Entonces empieza por el principio", le contesté, deslizando mi mano en la suya y apretándola ligeramente. "Venga, vamos a sentarnos. Parece que te vas a desmayar".

Me siguió hasta la cocina y cerré la puerta tras nosotros para asegurarme de que Aidan no nos iba a molestar. Me di cuenta de que no quería que su hijo oyera esto.

"¿Su madre estuvo aquí? Le pregunté a Callum, que asintió con la cabeza.

"No me lo esperaba", admitió. "Ni siquiera sé por qué los guardias la dejaron entrar. Para mí no tiene sentido, pero estaba en mi despacho esperándome cuando he vuelto hoy".

"¿Y qué quería?", pregunté. "¿Su madre? Tú... ex, supongo".

"Mi ex", murmuró. Era la primera vez que hablaba realmente de la madre de su hijo, y yo aún no tenía ni idea de cómo habían dejado las cosas, ni siquiera de qué había pasado para separarlos en primer lugar. Solo que ella había vuelto de repente, y él no parecía precisamente feliz por ello.

"¿Qué pasó con ustedes?" Le pregunté suavemente. Teníamos que empezar por ahí, ¿no?

Se quedó mirando al techo un momento, intentando ordenar sus pensamientos. Estaba claro que estaban dispersos por el pánico mientras intentaba encontrar una manera de manejar esto.

"Estuvimos casados", explicó. "Hace mucho tiempo. Justo después de que mi padre me obligara a separarme de ti, necesitaba consolidar su sociedad con un nuevo empresario, y así fue como decidió hacerlo."

"¿Casándote?" Jadeé. ¿Como ganado? ¿Como si no fuera más que un trozo de carne que podía vender al mejor postor? Nada de eso tenía sentido...

"Casándome y asegurándome de que tuviéramos un heredero", contestó con voz hueca. "No quería, pero no tenía elección. Esa era la única forma que se me ocurrió para asegurarme de que se mantuviera alejado de ti".

Me contó todo lo que había pasado: su matrimonio con Clara, la llegada de Aidan al mundo, cómo ella había perdido el interés y los había abandonado a los pocos meses. El divorcio, el traslado de ella a Europa y su certeza de que aquello sería el fin. Pero ahora, ella estaba de vuelta, intentando fijar su relación con este nuevo hombre, arrebatándole a Aidan y criándolo como heredero de esta nueva familia mafiosa.

Pensar en ello me ponía enferma. Ese dulce niño, siendo arrastrado a un mundo como ese, cuando Callum había hecho tanto para mantenerlo fuera de él. No, no había forma de que eso pasara. De ninguna manera lo permitiría, incluso si, en algún universo paralelo, Callum hubiera decidido que iba a estar bien. La idea de que lo sacaran de esta vida que tanto parecía amar y lo arrojaran a un mundo aterrador y peligroso del que no sabía nada no me gustaba, nunca me gustaría.

"Nosotros no podemos dejar que se lo lleve", dije esa palabra: nosotros. Sabía que no era la madre de Aidan y que no tenía derecho a involucrarme tanto en todo esto, pero ¿cómo no hacerlo? Llevaba un par de meses cuidando de él y, además, era el hijo de Callum, el hijo del único hombre al que había amado. El hijo del hombre del que me estaba enamorando de nuevo. No iba a dejar que le pasara nada. No podía.

"Lo sé", respondió, con la certeza agitándose en su voz, superando el miedo frenético que había estado allí antes. "Pero no sé con quién está ahora. No sé a quién me enfrento".

"No importa", le dije. "No importa. Podría ser el jefe más grande, más cruel y aterrador del planeta, y no importaría, ¿verdad? Se va a quedar contigo".

"Tienes razón", asintió, y me miró, sus ojos se clavaron en los míos, frenando mi respiración por un momento. Porque había algo en su mirada, algo diferente, algo que no había visto en todo el tiempo que llevaba allí.

Me cogió la mano, la giró y me miró la palma como si leyera mi futuro. "Ojalá hubieras sido tú", me murmuró. Aquellas palabras me detuvieron en seco, con la

respiración entrecortada en mi garganta.

"¿Qué quieres decir? Respondí, aunque sabía exactamente a qué se refería. Siempre habíamos sabido interpretarnos con facilidad. Nunca habíamos necesitado decirlo abiertamente, pero yo necesitaba estar segura de que le estaba oyendo bien.

"Ojalá me hubiera casado contigo", me dijo, y sus ojos brillaban de sinceridad al hablar. "Ojalá hubieras sido tú con quien hubiera tenido un hijo. Ojalá no hubiera dejado que mi padre me apartara de ti. Haría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo, a aquella noche de nuestro baile de graduación, y cambiar las cosas..."

"Tú mismo lo has dicho", le recordé. "Tu padre habría venido a por mí. O mi familia".

"Podría haberte mantenido a salvo", me dijo, sacudiendo la cabeza. "Debería haberlo intentado, al menos. Pero me dejé manipular por él. Dejé que me hiciera creer que era la única forma de protegerte".

Era tan difícil de asimilar, pensar en cómo habrían sido nuestras vidas si las cosas hubieran sido diferentes, en cuánto habrían podido cambiar si él hubiera acudido a mí aquella fatídica noche y me hubiera contado lo que ocurría, en lugar de dejarme a oscuras durante todos aquellos años, abandonarme para casarme con aquella mujer a la que no amaba y ni siquiera le importaba, tener un hijo con ella, vivir toda una vida sin mí...

"Ahora estoy aquí", susurré. "Eso es lo que importa. ¿Verdad?"

Asintió con la cabeza y, por la forma en que me miraba, me di cuenta de que estaba pensando en todo lo que había pasado antes y en cómo habría sido su vida si me hubiera elegido a mí. Incluso pensarlo me resultaba demasiado doloroso, la realidad de lo diferente que podría haber sido me hacía llorar.

"Sé que no puedo cambiar el pasado", me murmuró. "Pero... quiero un futuro contigo, Anna. Contigo y Aidan. Quiero hacerlo bien. Sé que no va a arreglar el daño que causé antes, pero si me das una oportunidad, quiero darte la vida que siempre te prometí que tendríamos juntos."

Respiré hondo. Era todo tan difícil de asimilar, tan difícil de entender. Apenas sabía qué decir. En medio de todo lo que ocurría a nuestro alrededor, en todas las

revelaciones que había compartido conmigo, me estaba prometiendo un futuro con el que siempre había soñado. Pero no sabía si era el momento de hablar de ello, con tantas cosas aun flotando en el aire entre nosotros.

"Tenemos que centrarnos en mantener a Aidan a salvo", respondí. No deseaba nada más que caer en sus brazos, hundirme contra él y dejar que me rodeara con sus brazos y me dijera todas las cosas que quería oír. Todavía había una parte de mí, una gran parte de mí, que deseaba simplemente dejar que sucediera, olvidarme de todo el estrés que nos presionaba y centrarme en lo bien que me sentía al volver a estar juntos por fin, donde pertenecíamos, donde teníamos que estar.

"Lo sé", estuvo de acuerdo.

"Pero cuando esté hecho", repliqué. "Cuando esté hecho, yo... Podemos hablar de esto, ¿vale? Podemos averiguar qué es lo mejor para nosotros. Los tres".

Asintió con la cabeza, pero me di cuenta de que le desanimaba oírme hablar así. Ya lo habíamos pospuesto bastante, en todo el tiempo que habíamos pasado separados, pero aún quedaban obstáculos que debíamos superar antes de poder volver a estar juntos.

Como si no tuviera suficientes motivos para proteger a Aidan, ahora estaba aún más segura que nunca.

Se puso en pie y me cogió la cara entre las manos, me plantó un beso en los labios y luego me estrechó contra su pecho. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en él, escuchando el latido constante de su corazón bajo mi oído. Aquí era donde me sentía segura, donde me sentía segura de mí misma, donde sentía que nada en el mundo podría haberme tocado jamás. Aquí, en sus brazos.

Y pronto podría quedarme allí para siempre. No tendría que preocuparme de nada más. Solo podría estar con él, como había deseado durante todos esos años.

Al menos, tenía que creerlo.

Capítulo catorce – Callum

Mis ojos pasaban de un coche a otro en los alrededores del aeropuerto mientras esperaba a que llegara el avión. No iba a permitir que ese tipo pusiera un pie en suelo americano sin tener que enfrentarse a mi primero. Si creía que podía amenazar a mi hijo, a mi familia, sin ninguna represalia, se merecía otra cosa, joder.

Los últimos tres días los había pasado en un frenesí, intentando averiguar con quién estaba liada Clara y cuántos problemas podría traernos su nuevo novio

Había sido lo bastante lista como para no soltar ningún nombre, pero eso no significaba que yo no tuviera algunas conjeturas. La había rastreado hasta Italia, y eso significaba que probablemente estábamos tratando con alguien de una familia mafiosa de la vieja escuela, alguien con verdadero poder e influencia en esta industria. Puede que mi padre luchara con todo lo que tenía para hacerse un nombre, pero eso no significaba que nuestro apellido fuera a poder hacer frente a algo así. Lo que necesitábamos era el elemento sorpresa, y eso era exactamente lo que planeaba al interceptar un vuelo procedente de Italia en el que estaba seguro de que viajaba él.

Mierda, me habría dado pena este tipo si no estuviera amenazando a mi hijo. Sabía cómo era Clara. Sabía lo manipuladora que podía ser, cómo podía hacerse la dulce cuando la conocías por primera vez y revelar las verdaderas profundidades de su crueldad una vez que estaba segura de que te tenía atrapado.

Y solo podía imaginar de lo que era capaz ese tipo, lo que haría si tuviera la oportunidad de asegurarse un heredero para su imperio mafioso. La sola idea de que mi hijo cayera en manos de alguien así me ponía los pelos de punta. Había trabajado tan duro, durante tanto tiempo, para asegurarme de que nunca le pasara a él, y la idea de dejar que ese control se me escapara, de permitir que alguien como Mario Carani pusiera sus manos sobre Aidan, me revolvía el estómago.

Era a él a quien esperaba. Sí, esa familia Carani, uno de los grupos mafiosos más antiguos y dominantes del mundo, con vínculos con imperios criminales de todo el planeta. No estaba seguro de que fuera él, pero para mí tendría sentido. Clara nunca se habría asociado con nadie a quien no pudiera explotar por dinero y poder, y él era lo máximo en términos del mundo de la mafia. No me extrañaba que hubiera vuelto a mí,

rogándome por nuestro hijo.

Me parecía jodidamente retorcido que se le ocurriera meterlo en esto. Sabía lo poco que le importaba. Me daba cuenta de lo mucho que quería deshacerse de él, y así había sido desde el momento en que nació. Apenas lo había mirado en el hospital, me lo había dejado a mí y había enviado mensajes a sus amigas en cuanto pudo volver a beber. Me pregunté si estaba siendo sincera acerca de no poder tener más hijos o si simplemente no podía molestarse en pasar por todo eso otra vez.

"¿Alguna señal de él?", pregunté, hablando por el teléfono colocado en el tablero del auto.

"Todavía nada", respondió Trevor. Estaba en el otro extremo de la pista privada en la que esperábamos, listo para interceptar a Mario antes de que pudiera ir a ninguna parte. Había estado intentando descifrar qué pretendía Clara exactamente cuando había venido aquí, y supuse que le había prometido que, para cuando él llegara, tendría a Aidan bajo su control. No sabía cómo se lo iba a tomar cuando llegara y descubriera que no le había entregado a mi hijo en cuanto ella se lo pidió, pero dudaba que se lo tomara bien.

Levanté la mirada hacia el cielo oscuro de la ciudad, escudriñándolo en busca de un elegante jet privado, algo que indicara que se estaba acercando, e intenté templar los nervios. Nunca había tratado con alguien de tan alto perfil como él, nunca había tratado con alguien con su reputación. Su familia tenía un historial de brutalidad, y no me cabía duda de que se apresuraría a acabar conmigo si tenía la oportunidad. De Anna, también. Cualquiera que se interpusiera en tener a Aidan.

Intenté apartar ese pensamiento de mi mente. No tenía sentido estresarme por ello. Tenía que concentrarme. Había dejado a Aidan en casa con Anna y el resto del equipo de seguridad, y sabía que allí estaría a salvo, todo lo a salvo que podía estar.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando, y así era como quería mantenerlo. Por lo que a él respectaba, solo se estaba tomando un tiempo fuera de la escuela, y todo volvería a la normalidad en poco tiempo. Sabía que llegaría un momento en que tendría que contarle lo que realmente ocurría a su alrededor, todo lo que su abuelo le había dejado, pero solo tenía siete años. Todavía no necesitaba oír hablar de eso. O durante mucho tiempo, si me salía con la mía.

Sabía que me habría aterrorizado enterarme de todo lo que ocurría a mi alrededor cuando tenía su edad. Demonios, aún podía recordar cuando tenía dieciocho años y descubrí el alcance de todo lo que mi padre había estado haciendo. Claro que había tenido mis sospechas, pero enfrentarme a la cruda realidad era algo totalmente distinto. Saber cuánto daño había causado, cuántas vidas había arruinado con drogas o violencia, me jodió como ninguna otra cosa. ¿Y saber que era yo quien debía continuar donde él lo había dejado? Juré, incluso entonces, que nunca lo haría. Nunca sería ese tipo.

Pero ahora, podría no tener elección. Siempre había dejado que mi equipo de seguridad se ocupara de las cosas pesadas que había que hacer en este tipo de trabajo, pero había aprendido a luchar, a disparar de todas formas, por si alguna vez lo necesitaba. ¿Y ahora? Sí, ahora podría ser ese momento. Apreté las manos sobre el volante y los nudillos casi se me salieron de la piel. Si había alguien por quien valía la pena luchar, era mi hijo.

Y Anna también. Le había confesado mis sentimientos antes de que fuera capaz de contenerme y, aunque me di cuenta de que estaba desconcertada por la revelación, no me había rechazado en el acto. Ella también debía de ser capaz de sentirlo, la forma en que nuestra historia parecía palpar en el aire entre nosotros: todo ese amor, todo ese deseo, toda esa necesidad que yo había intentado negar durante tanto tiempo.

Había pensado en buscarla cuando las cosas con Clara terminaron tras la muerte de mi padre, pero lo pensé mejor. ¿Cómo podría traerla a este mundo? Pero ahora me daba cuenta de lo bien que encajaba en él, del sentido que tenía estar aquí, con mi hijo y conmigo. Aidan la adoraba, y su amabilidad y energía cariñosa eran exactamente lo que necesitaba en su vida.

Y quizá también lo que yo necesitaba en la mía.

De repente, el sonido de un motor llenó el aire, e incliné la cabeza hacia atrás para ver un pequeño jet volando hacia la pista de aterrizaje frente a nosotros. Se me apretó el pecho. Era este, estaba seguro...

Pero antes de que pudiera salir del coche para interceptar a Mario, recibí otra llamada en mi teléfono. Era de Anna, probablemente para ver cómo iban las cosas y ponerme al día de cualquier cosa que ocurriera en la casa. Respondí de inmediato.

"¿Todo bien?", le pregunté, un poco más cortante de lo que pretendía. Pero ella lo

entendería. Siempre lo hacía.

Pero entonces, la persona al otro lado de la línea habló y todo se congeló a mi alrededor durante una fracción de segundo cuando oí lo que tenía que decir. Y cuando me di cuenta de que no estaba hablando con la mujer que amaba.

"Tenemos a Anna".

Capítulo Quince – Anna

"Por favor, no le hagan daño", supliqué mientras el hombre amartillaba la pistola que tenía en la mano y miraba alrededor del vestíbulo de entrada a la mansión.

"¿Dónde está?", respondió la mujer, acercándose a mí, sus tacones sobre el suelo de madera pulida era el único sonido en la habitación, aparte de mi respiración agitada. Ni siquiera podía pensar con claridad. La cabeza me daba vueltas, el corazón me latía con fuerza en el pecho y la sangre me hervía en las venas. ¿Cómo había sucedido? ¿Cómo habíamos llegado hasta aquí?

Cerré los ojos e intenté recomponerme. La primera vez que supe que algo iba mal fue al oír un golpe fuera de la casa, cuando estaba arriba acostando a Aidan. Levantó la cabeza en seguida, notando que algo no iba bien, y yo lo arrojé y le prometí que lo comprobaría.

Y cuando bajé, tuve que reprimir un grito al encontrar al guardia de la puerta muerto con una herida de bala en la frente. Callum me había prometido que no pasaría nada mientras él estuviera fuera, pero parecía que no habíamos tenido tanta suerte.

Momentos después, un hombre y una mujer me acorralaron en el vestíbulo y me interrogaron con preguntas y exigencias a las que apenas encontraba sentido. Tragué saliva, intentando serenarme. No podía dejar de mirar al hombre que estaba en el suelo, la herida en la cabeza, la sangre que se derramaba por el suelo, un charco profundo de color escarlata salpicado de trozos de cráneo y masa encefálica. Si no jugaba bien mis cartas, el siguiente podría ser yo.

"¡Habla, joder!", ordenó el hombre, mientras me apuntaba con la pistola. Levanté las manos por instinto y se me hizo un nudo en el estómago.

"Él... Él no está aquí", respondí. "Está con un amigo esta noche".

"Y una mierda", replicó el hombre, escupiendo al suelo a mis pies. "Está aquí. Clara, empieza a registrar la casa. Encuéntrale. Ahora."

¿Clara? La mujer pasó rozándome hacia las escaleras mientras yo la miraba fijamente. Clara, la exmujer de Callum. No tenía el aspecto que me había imaginado.

Diablos, no estaba segura de lo que me había imaginado, pero esta mujer -con sus ojos afilados, su cara hinchada por el relleno y sus extensiones de pelo- no parecía encajar. Pero no importaba su aspecto. Lo que importaba era que estaba aquí para arrebatarnos a Aidan, y yo no iba a permitirlo.

"Espera", la llamé, y se giró hacia mí, mirándome de arriba abajo con incredulidad.

"¿Quién demonios eres tú?", preguntó.

"La niñera", respondí rápidamente, intentando ignorar el ojo oscuro de la pistola que me miraba fijamente. Me temblaban las manos y esperaba que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta de lo asustada que estaba.

Callum había estado trabajando toda la semana para averiguar con quién trabajaba Clara para llegar hasta Aidan, y cuando había localizado al hombre que creía responsable, me había besado en la mejilla y me había dicho que iba a atraparlo antes de que pudiera acercarse a Aidan o a mí. Allí estaba, con el resto de su cuerpo de seguridad. No sabía cómo había conseguido colarse, pero eso no importaba, no ahora. Lo que importaba era mantener a Aidan alejado de ellos lo mejor que pudiera, y me devanaba los sesos para intentar averiguar cómo podía conseguirlo.

"Anna. La niñera", repitió después de mí, en tono burlón. "Creía que Callum se dedicaba a ser un padre perfecto. No sabía que necesitaba ayuda".

Había un millón de respuestas afiladas en mi lengua sobre cómo ella no tenía derecho a comentar qué clase de padre era alguien, dado que le había dado la espalda a su propio hijo para marcharse al otro lado del mundo. Pero tenía que mantener la calma. Por mucho que se lo mereciera.

"¿Dónde está su habitación?", preguntó mirando a lo largo de los pasillos que partían de la entrada principal. ¿Ni siquiera sabía dónde dormía? ¿No se había quedado el tiempo suficiente para eso?

"Está al final del pasillo, a la derecha", le contesté. En realidad, era su cuarto de juegos, pero allí había una cama pequeña que podía pasar por su dormitorio, y cuando viera que estaba vacío, esperaba que aceptara que no estaba en casa. Era una posibilidad remota, pero tenía que intentar algo, lo que fuera, para alejarla de él. Recé para que no viniera a buscarme. Esperaba que estuviera dormido, porque si se enteraba... No sabía cómo podría explicárselo. Cómo se recuperaría.

O lo que le harían cuando le pusieran las manos encima.

Me volví hacia el hombre que tenía delante, levantando las manos mientras miraba fijamente el cañón del arma que tenía delante. Me invadió una extraña calma. Sí, seguía asustada, pero no tanto como antes. Tenía cierto control sobre la situación, ¿verdad? Alguna posibilidad de tomar las decisiones. Dudaba que fuera a sacarlos de allí sin más problemas, pero había conseguido ganar algo de tiempo mientras sus tacones se alejaban por el pasillo.

Su labio se curvó en una mueca mientras me miraba, e intenté asimilar todo lo que pude sobre él: cualquier información que pudiera compartir con Callum cuando volviera iba a facilitar las cosas, ¿no? Llevaba un traje oscuro y el pelo rapado muy pegado a la cabeza. Tenía una cicatriz desde la punta de una ceja hasta la mandíbula, y me pregunté qué se la habría hecho. ¿A qué había sobrevivido? ¿Y bastaría un enfrentamiento con Callum para acabar con él?

"No tienes que hacer esto", susurré, intentando razonar con él. "Esa mujer, ella..."

"Cierra la puta boca", me ordenó, cortándome antes de que pudiera decir otra palabra. Apreté los ojos, sus palabras me atravesaron como un cuchillo. Odiaba que me hablaran así. Levanté las manos un poco más, intentando demostrar que no era una amenaza, pero supuse que él ya lo sabía.

Unos instantes después, Clara volvió a salir del pasillo y negó con la cabeza. "No está aquí", espetó, sonando molesta.

"¿Dónde coño está?", preguntó el hombre, dirigiendo de nuevo su mirada hacia mí. Negué con la cabeza.

"No lo sé", mentí. "Callum se lo llevó a algún sitio antes de que yo llegara hoy".

"Espera", murmuró Clara, poniéndose delante de mí y mirándome un momento. "¿Cómo dijiste que te llamabas?"

"Anna", respondí, frunciendo el ceño. ¿De qué se trataba? Fuera lo que fuese, tenía la sensación de que no iba a ser nada bueno...

"Anna", comentó, haciendo rodar el nombre por su boca como si lo estuviera probando. Sus ojos se entrecerraron mientras me miraba de arriba abajo y, entonces,

una expresión de comprensión apareció en su rostro.

"¡Anna!", exclamó. "La ex, Anna. Su novia del instituto. También se llamaba así".

No dije ni una palabra. ¿Había hablado con ella de mí? No sabía qué pensar. Y tampoco sabía a dónde quería llegar.

"Eres tú, ¿verdad?", preguntó. Asentí lentamente. "Podemos llevárnosla a ella", anunció Clara, volviéndose hacia el hombre que seguía apuntándome con su arma. "Podemos utilizarla. Estaba obsesionado con ella, incluso cuando estábamos juntos. Nunca dejaba de hablar de ella".

Incluso en medio del terror de este momento, mi corazón se derritió. ¿Hablabas así de mí? ¿A la mujer con la que estaba casado? Probablemente debería haberlo sabido, pero era imposible negar que me recordara tan de cerca. Había dicho en serio que no había dejado de pensar en mí en todo el tiempo que llevábamos separados.

"¿Crees que le importaría lo suficiente?", preguntó el hombre, mirándome con dureza.

"Sé que sí", respondió Clara.

"Puedes llevarme", solté de inmediato. "Solo... deja en paz a Aidan, ¿vale?".

"Oh, cariño", comentó Clara, mostrándome una sonrisa cruel y dando un paso hacia mí. "Realmente no entiendes cómo funciona esto, ¿verdad? Vamos a llevarte, y cuando venga a buscarte. Nos lo cargaremos. Y no quedará nadie más que yo para cuidar de Aidan. Mario, llévatela. Anna, dame tu teléfono. Necesito llamar a Callum. Hazle saber dónde está su preciosa novia".

Mario me agarró del brazo y tiró de mí hacia la puerta, y casi tropiezo con el cadáver del hombre que debía protegernos. Pero se había ido y yo tenía que ocuparme de Aidan. Pasara lo que pasara, mantendría a esa gente alejada de él.

Aunque me costara la vida.

Capítulo dieciséis – Callum

"¡Callum, más despacio!" Trevor gritó detrás de mí mientras me dirigía hacia la puerta.

"¿No has oído lo que he dicho? Exclame, acercándome a él con rabia. "La tienen. Tengo que llegar hasta ella. Ahora mismo".

"Tenemos que idear un plan", me advirtió Trevor, pero apenas le oía. Solo podía pensar en la llamada que había recibido de Clara. La llamada que me había dicho que se habían llevado a Anna.

No podía permitir que le hicieran daño, no ahora, no cuando por fin nos habíamos reencontrado después de tanto tiempo separados. Si Clara le ponía un puto dedo encima, la mataría. Los mataría a los dos.

"Mario es un tipo peligroso", me recordó Trevor mientras cogía mi abrigo y me dirigía a la puerta. "Un movimiento en falso, y..."

"Y está muerta", le respondí bruscamente. "No voy a arriesgarme a eso. Quédate aquí, con Aidan. Asegúrate de que nadie entre en la casa hasta que yo vuelva con ella, ¿vale?"

Trevor se quedó parado un momento y me di cuenta de que quería discutir conmigo, pero debió de darse cuenta por mi cara de que no tenía sentido. No sabía cómo lo había hecho, pero Mario había conseguido colarse en el país sin que yo me diera cuenta, y ahora habían secuestrado a Anna.

Volví corriendo a la mansión para encontrarme al guardia de la puerta muerto y a Aidan llorando en su habitación. Había conseguido calmarlo lo suficiente como para que me explicara lo que había pasado. Habían oído un alboroto abajo mientras Anna lo acostaba, y después de que ella hubiera ido a comprobarlo, él había oído el motor de un coche y al mirar fuera había visto un coche azul oscuro que se alejaba de la casa con Anna en el asiento trasero.

"Lo has hecho muy bien, hijo", le había dicho abrazándolo. "Quédate aquí, ¿vale? Volveré pronto".

"¿Anna va a estar bien?", preguntó preocupado, y yo asentí.

"Sí, se pondrá bien", le prometí. Y lo dije en serio. De ninguna manera dejaría que le pasara algo. De ninguna manera.

Había rastreado el teléfono de Anna hasta una escuela abandonada al otro lado de la ciudad. No podía estar seguro de que se la hubieran llevado allí, pero si veía cerca el coche azul que Aidan había visto, sabría que era allí donde la tenían. La rabia ardía en mi interior, la idea de que le hicieran daño me desbordaba. No sabía por qué la habían secuestrado. ¿Cómo podían saber lo mucho que significaba para mí?

No importaba. Lo que importaba era recuperarla, y rápido. Conocía la reputación de brutalidad que tenía la familia Carani, y estaba seguro de que Mario no dejaría de hacerle daño si pensaba que eso le acercaría a conseguir lo que quería.

"Dame tu pistola", le dije a Trevor mientras sacaba las llaves del bolsillo. Dudó un momento antes de hacer lo que le había dicho.

"¿Sabes usar esto?", preguntó.

"Apunta y dispara", respondí, comprobando que estaba cargada. "Puedo manejarla. Quiero que todos los guardias que tenemos patrullen la mansión y los terrenos durante el resto de la noche. No quiero ni un solo rincón sin que alguien lo vigile en ningún momento, ¿me oyes? Nadie que entre o salga, no importa si ha vivido aquí antes o no".

"Entendido", respondió asintiendo. Pude ver sus dudas, lo llevaba escrito en la cara, pero sabía que no podía discutir conmigo en ese momento. Debió de ver lo serio que estaba, lo poco dispuesto que estaba para aceptar que alguien me llevara la contraria.

Esto era exactamente lo que había temido todos estos años: que le ocurriera algo a Anna, que algo en mi mundo le hiciera daño. Subí al coche y me alejé de la mansión para adentrarme en la oscuridad de la noche, tratando de ignorar el ruido que hacía mi corazón contra las costillas.

Mantuve la vista fija en la carretera e intenté no pensar en lo que podría haberle ocurrido a ella mientras conducía. No podía dejarme llevar por eso. Necesitaba que mantuviera la cabeza fría, o iba a resultar herida... o algo peor.

Conduje más rápido de lo que debía, esperando no llamar la atención de ningún policía que intentara interponerse en mi camino. La mayoría de las veces, intentaban evitar meterse en medio de alguno de estos conflictos, pero yo no tenía forma de garantizarlo. Podría haberles pedido ayuda, pero sabía que habrían echado un vistazo a mi historial familiar y me habrían rechazado.

Esto dependía de mí. Su seguridad dependía de mí.

Por fin llegué al lugar desde el que había sonado su teléfono y, efectivamente, afuera, había un deportivo italiano azul oscuro. Baje la marcha, me detuve y me quede un momento más en el coche, con el silencio dando vueltas en mi cabeza.

Cogí la pistola y me bajé. Apenas podía dar sentido a los pensamientos de mi cabeza. Solo podía concentrarme en ella. Anna.

El aire de la noche me mordía la piel, pero apenas podía sentirlo. Mis ojos iban de un lado a otro mientras intentaba averiguar dónde la tenían. Era enfermizo traerla a esta escuela. Era como si repitieran el acoso que habían cometido contra mi hijo. Este lugar debía de llevar cerrado diez años o más, y la mayoría de las entradas estaban bloqueadas.

Todas excepto una. Una, que todavía estaba abierta. Una puerta colgando de sus bisagras, prácticamente haciéndome señas para que entrara. ¿Era demasiado obvio? ¿De verdad podían estar ahí? Me detuve en seco, intentando distinguir el sonido de alguna voz, cualquier cosa que me indicara su ubicación.

Y entonces lo oí: la risa de Clara, un sonido parecido al grito de un ave carroñera que cortaba el silencio. ¿Cómo podía estar riendo en un momento así? Estaba enferma, jodidamente enferma. Y, de alguna manera, sabía que yo vendría corriendo a por Anna. ¿Le había mencionado a Anna antes? No podía recordar si lo había hecho, pero a veces, en aquellos primeros días, había sido como si los recuerdos de ella se hubieran desbordado antes de que pudiera detenerme. Debía de haberle dicho algo, algo que ella utilizaba contra mí.

Avancé lo más silenciosamente que pude por los pasillos vacíos, ojeando los carteles educativos que colgaban de las paredes a mi alrededor. Aferré con más fuerza la pistola. Nunca había disparado a nadie. Nunca pensé que tendría que hacerlo, pero en este momento, sabía que no me contendría. Si la veía en peligro, no podría detenerme.

Tenía que mantenerla a salvo. Había renunciado a tanto para asegurarme de que no le pasara nada todos aquellos años, y no iba a olvidarlo. No iba a permitir que alguien me la arrebatara.

Y mucho menos una mujer tan malvada como Clara y un hombre tan monstruoso como su nuevo amante.

Volví a oír la risa de Clara resonando por los pasillos, esta vez más cerca, a unos metros de distancia. Apoyé la espalda contra la pared y miré por la esquina hacia un aula que había a mi lado.

El corazón me dio un vuelco cuando vi a Anna dentro. Estaba atada a una silla, con las manos en la espalda, y a su lado estaba el hombre del que sospechaba que había cometido el ataque: Mario Carani. Clara se paseaba de un lado a otro delante de ella, disfrutando claramente del poder que tenía sobre ella.

Y Mario tenía la pistola apuntándole a la cabeza.

La rabia se apoderó de mí en ese momento. No me importó lo estúpido que fuera, ni la moderación que debería haber mostrado. Verla así, indefensa, a merced de esa gente malvada, la mujer que amaba en tanto peligro... No. No podía soportarlo. No podía soportarlo. No lo permitiría.

Puse el dedo en el gatillo y doblé la esquina, parándome en la puerta del aula. Una nube roja llenó mi visión cuando apunté a Mario con el arma, respiré hondo... y apreté el gatillo.

Capítulo Diecisiete – Anna

No estaba segura de si fue Clara o yo quien gritó primero al oír el disparo.

El ruido retumbó en mis oídos y me quedé mirando cómo Mario se desplomaba en el suelo, con los ojos en blanco, una mancha de sangre extendiéndose por su pecho mientras la pistola se le caía de las manos. Tensé las muñecas contra las ataduras, intentando soltarme, pero seguía atada.

"¿Qué coño estás haciendo?", gritó Clara e intentó abalanzarse sobre Callum. Él la apuntó con la pistola, con un rostro inquietantemente tranquilo por la vida que acababa de quitarle.

"No te muevas ni un centímetro", le dijo, con voz grave y autoritaria. Nunca le había visto así, en todo el tiempo que llevaba conociéndole. Era un hombre dispuesto a hacer cosas que jamás habría imaginado para mantenerme a salvo, dispuesto a tomarse la justicia por su cuenta para asegurarse de que no me ocurriera nada. Clara pareció notarlo también, su voz se entrecortó mientras intentaba decir algo más.

De repente, pareció darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Se arrodilló, se inclinó sobre Mario, lo agarró por los hombros y lo sacudió con violencia. Se notaba que ya no le quedaba vida, pero ella no quería aceptarlo. Al menos, todavía no.

Callum guardó el arma y se dirigió hacia mí, dejándose caer detrás de mí y deshaciendo el apretado nudo que Mario me había hecho en las muñecas. Dejé escapar un suspiro de alivio en cuanto me liberé y él me agarró, me estrechó entre sus brazos y me apretó contra él.

"Siento mucho no haber estado ahí para protegerte", me dijo al oído, mientras me cogía la nuca con la mano como si no quisiera volver a soltarme.

"No... no pasa nada", respondí. Me temblaba todo el cuerpo y sabía que aún no había asimilado lo que acababa de ocurrir. El disparo seguía sonando una y otra vez en mi cabeza, el segundo que oía en una noche, pero estaba bien. Callum estaba bien. Y...

"¿Aidan está bien?", pregunté con urgencia, separándome de él y mirándole a los ojos.

"Está bien", me aseguró, acariciándome el pelo, mirándome como si estuviera comprobando si había algún daño. "Conmocionado, pero se pondrá bien. No ha visto nada. De hecho, me ayudó a encontrarte".

"Oh, gracias a Dios", respiré, y las lágrimas finalmente comenzaron a caer, como si mi cuerpo finalmente hubiera aceptado que era seguro para mí sentir la avalancha de emoción que quería sacar lo mejor de mí. Lo había hecho por él, porque necesitaba, más que nada en el mundo, que Aidan estuviera a salvo. Y ahora que sabía que lo estaba, por fin podía empezar a soltar la tensión que me había consumido todo este tiempo.

"¿Qué coño has hecho?", gritó Clara mientras se ponía en pie y se abalanzaba sobre Callum con una furia abrasadora en los ojos. Callum se puso delante de mí para protegerme.

"No te acerques a ella", le ordenó, y Clara se detuvo en seco. Había algo en su tono de voz que incluso ella parecía saber que no debía discutir. Algo sobre lo que me habían hecho que le había sacado un lado que ninguno de los dos había visto antes.

"¿Crees que esto se ha acabado?", le gritó, tambaleándose peligrosamente sobre sus tacones. Intentaba sonar amenazadora, pero su tono era más patético que otra cosa.

Callum dio un paso hacia ella.

"Sí, creo que se ha acabado", le dijo con calma. "Porque lo que creías que ibas a sacar de esto, no lo vas a sacar. Estabas haciendo esto por él, ¿no? No quieres a Aidan, de verdad. No quieres ser madre. Tú y yo lo sabemos".

Separó los labios, como si quisiera discutir con él, pero él volvió a hablar antes de que ella pudiera pronunciar palabra.

"Así que lo mejor que puedes hacer por ti ahora es alejarte lo más posible de mí y de mi hijo", continuó. "Y si te vuelvo a ver asomar la cara por aquí", dirigió lentamente su mirada a Mario y luego de nuevo a ella, "acabarás igual que él. ¿Está claro?"

Sus ojos se entrecerraron. Me di cuenta de que ella quería discutir con él, pero el tono de su voz no dejaba lugar al debate. Miró hacia la puerta y se apartó lentamente de él.

"Sí, así es", le dijo. "Vete de aquí. Vuelve a Italia. Búscate a otro tío con el que vivir.

Pero no vuelvas a asomar la cara por aquí. ¿Entendido?"

Parecía como si quisiera luchar un poco más contra él, pero antes de que pudiera decir otra palabra, Callum plantó la mano en su pistola de nuevo. Dejando tan claro como el día lo que haría si ella no salía de allí. Apartó la mirada de él y corrió hacia la puerta, dejando todo el espacio posible entre los dos.

En cuanto el ruido de sus tacones desapareció por el pasillo, respiré aliviada y me apoyé en Callum, cerrando los ojos un momento y recuperando el aliento. No me lo podía creer. Todo había terminado. Todo el caos y la locura que se habían desatado en las últimas horas habían terminado.

"Tenemos que llevarte a casa", me dijo Callum, me hablaba como si fuera lo más importante del mundo.

"Estoy bien", murmuré, todo mi cuerpo temblaba y se estremecía mientras me apoyaba en él en busca de apoyo. Sentía como si las rodillas se me fueran a caer encima en cualquier momento.

"Lo estarás", respondió, y me plantó un beso en la mejilla. Cuando me tocaba así, cuando me besaba, podía decirme a mí misma que todo iba a salir bien porque esto era lo que había estado buscando todos estos años, a este hombre a mi lado de nuevo. No importaba lo que hubiera pasado para separarnos, estábamos juntos, y él me había demostrado en términos inequívocos hasta dónde estaba dispuesto a llegar para mantenerme a salvo.

Me guio hasta la puerta y me condujo al coche que me esperaba más allá. Esperaba ver al resto del equipo de seguridad, pero no había nada.

"¿Has venido solo?", le reclamé. Asintió con la cabeza.

"Tuve que dejar al resto en casa para cuidar de Aidan", respondió. "Pero no podía dejar que te llevaran sin más".

Volví a sentir las lágrimas punzándome los ojos. Había venido hasta allí, atravesando la ciudad, solo, dispuesto a enfrentarse a un hombre como Mario Carani solo para recuperarme. Puede que no formara parte de esa vida violenta, pero la asumiría si eso significaba protegerme.

En cuanto volvimos al coche, me incliné y planté mis labios sobre los suyos, pasándole los dedos por el pelo. "Gracias", le murmuré. Frunció el ceño.

"No debería haber dejado que te llevaran", murmuró, buscando ya una forma de culparse por todo esto. "Debería haber..."

Volví a besarlo, callándolo antes de que pudiera seguir dándole vueltas a la cabeza. "Estoy bien", le recordé. "Aidan está bien. Eso es lo único que importa. ¿Verdad?"

Cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Luego asintió. "De acuerdo", asintió, y agarró el volante y sacó el coche del aparcamiento.

Capítulo Dieciocho – Callum

"¡Papá!", exclamó Aidan en cuanto cruzamos la puerta.

"¿Qué haces levantado?" Pregunté, pero no tenía ganas de enfadarme por ello. Me alegraba ver que mi hijo estaba bien, aunque debería haber estado en la cama. Me incliné para abrazarlo, apretándolo contra mí. Había estado tan cerca de perderlo que apenas podía hacerme a la idea de lo cerca que había estado del desastre, y me aterrorizaba. Sentirlo allí, en mis brazos, me recordaba lo pequeño que era, lo vulnerable que era. No habría sobrevivido en el mundo al que Clara quería arrojarlo.

Pero conmigo sí. Me aparté, pero Anna se abalanzó sobre él un instante después, abrazándolo con fuerza y estrechándolo contra sí. "Oh, me alegro tanto de que estés bien", le murmuró, y, cuando se apartó, tenía una expresión confusa en la cara.

"¿Por qué?", preguntó. Suponía que tenía una buena razón para preguntárselo. No tenía ni idea de lo que había pasado realmente, de lo cerca que habíamos estado del desastre. Quería que siguiera siendo así. Le cogí de la mano y le guíe hacia las escaleras.

"Por nada", respondí. "Venga, vamos a acostarte. Mañana tienes colegio".

"¿Colegio?", se quejó, pero yo me limité a sonreír. Sabía que le parecía un castigo, pero poder enviarlo de nuevo a la escuela significaba mucho para mí. Significaba que el peligro había pasado y que no teníamos nada más de qué preocuparnos.

"Sí, la escuela", respondí. "Así que vas a necesitar dormir un poco".

Lo llevé a la cama, y estaba tan agotado por lo tarde que era que se durmió en cuestión de minutos. Una vez en la cama, informé a Trevor de que él y sus hombres podían descansar por el momento y me dirigí a la cocina, donde encontré a Anna esperándome con una taza de té en la mano y la mirada perdida.

"¿Cómo te sientes? Le pregunté, acercándome para ponerle una mano en el brazo. Se sobresaltó un poco al sentir mi contacto, pero cuando vio que era yo, su rostro se aclaró ligeramente.

"No lo sé", admitió finalmente. "Lo que pasó esta noche, fue... mucho".

"Lo sé", murmuré. Odiaba que la hubieran metido en esto, pero no parecía que pudiera hacer mucho para cambiarlo. Había sucedido. Al menos le había demostrado que estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para mantenerla a salvo, pasara lo que pasara, fuera lo que fuera lo que el mundo nos deparara. Esperaba que fuera suficiente para mantenerla a mi lado, aunque no la habría culpado si no hubiera sido así.

"Debería haber luchado más", añadió. "Yo... solo quería mantener a Aidan a salvo y ofrecerme era la única forma que se me ocurrió para conseguirlo. Siento haberte hecho pasar por todo ese estrés".

Mis ojos se abrieron de par en par mientras ella hablaba. "¿Estás bromeando?", le pregunté.

Me miró fijamente. "¿Qué quieres decir?"

"Te arriesgaste por mi hijo", le dije. "No podía pedir más. No mucha gente habría estado dispuesta a hacer lo que hiciste para mantenerlo a salvo, pero tú ni siquiera te lo pensaste dos veces. No sabes cuánto significa eso para mí".

Cogí su mano entre las mías y rocé su piel con los dedos. "La forma en que Clara trataba a Aidan, siempre fue como si fuera una molestia, algo que se interponía en su camino para vivir la vida que realmente quería", continué. "Pero tú... te entregaste a esa gente sin pensarlo dos veces para poder protegerlo. Eres la madre que siempre mereció, Anna".

Respiró profundamente cuando pronuncié esas palabras en voz alta. Sabía que era mucho, pero quería que lo oyera.

"Y si hubiera podido elegir, sabes que habría hecho todo esto contigo", continué. "Habría tenido un hijo contigo. Me habría casado contigo. Te habría amado como te merecías. Siento no haberlo hecho posible. Siento haberme alejado de ti cuando éramos adolescentes, pero... quiero hacerlo bien. De cualquier manera que pueda, quiero hacerlo bien".

Sus ojos se suavizaron y una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

"¿Lo quieres?"

"Sí", respondí. "Lo decía en serio cuando dije que te quería aquí. Cuando dije que te quería. Tenerte de nuevo en mi vida, es... Es todo lo que he deseado, y tenía tanto miedo de admitirlo porque nunca sabía si volvería a tenerlo. Pero si estás dispuesto a intentarlo, si estás dispuesto a darme otra oportunidad, me encantaría empezar de nuevo contigo."

"¿Empezar de nuevo?", repitió ella, enarcando las cejas.

"No como mi niñera", le expliqué. "Si no como... mi compañera. La madre de Aidan. Donde deberías haber estado todo el tiempo. Te prometí que haría todo lo posible por apoyarte cuando estuvimos juntos antes, y quiero tener la oportunidad de demostrarte lo mucho que lo decía en serio. Quiero tener la oportunidad de ayudarte a crear una vida en la que puedas ser realmente feliz, sea lo que sea. Y espero que mi hijo y yo podamos formar parte de ello".

La sonrisa se extendió más y más por su rostro mientras hablaba, como si aquellas fueran las palabras que había estado esperando oír durante tanto tiempo. Yo había esperado demasiado para decirlas, y había tenido tanto miedo durante tanto tiempo de no tener nunca la oportunidad de decirle lo que sentía por ella.

¿Pero esta segunda oportunidad? Era demasiado buena para dejarla pasar. Un millón de mujeres diferentes podrían haber entrado por aquella puerta cuando mi madre contrató a aquella niñera para mí, pero había sido ella, como si el universo hubiera querido devolvérmela, darme la oportunidad de demostrarle lo que valía.

Dejó la taza de té a un lado y me rodeó los hombros con los brazos, mirándome a los ojos con una clara confianza que me indicó su respuesta antes incluso de separar los labios.

"Por supuesto que me quedaré", me prometió. "Y claro que quiero estar aquí contigo y con Aidan. Yo... nunca te superé, Callum. Lo intenté, Dios sabe que lo hice, pero siempre pensaba en ti, siempre me preguntaba qué podría haber sido si no me hubieras dejado cuando éramos adolescentes. Creo que sabía, incluso entonces, que tenía que haber algo más, porque sabía que nunca me habrías abandonado así".

Hizo una pausa para serenarse.

"Mucha gente me dijo que solo era un romance de instituto, que lo superaría con el tiempo, pero nunca fue así", admitió. "No pude superarlo. Sabía que había algo más.

Sabía que eras el indicado para mí, Callum. Todo este tiempo, lo he sabido. Y ahora... tengo que actuar en consecuencia".

Se inclinó para plantarme un beso en los labios, y sentí su sonrisa antes de verla. Haría cualquier cosa por mantener esa sonrisa en su cara, cualquier cosa. Quería darle todo lo que siempre había querido, todo lo que siempre había deseado. De repente, nuestras vidas parecían extenderse ante nosotros y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí realmente emocionado por lo que estaba por venir.

"Te quiero", le dije, las palabras se deslizaron por mis labios con la misma facilidad que lo habían hecho diez años atrás.

"Yo también te quiero", susurró ella, rozando su nariz con la mía. Podía sentir el calor de su aliento en mi piel, la suavidad de su cuerpo contra el mío. Sabía que este momento no duraría para siempre, pero ya estaba deseando que llegara el siguiente. No iba a perderla. No iba a tener que enfrentarme a una vida sin ella.

Estaba aquí para quedarse, a mi lado. Justo donde debía estar.

Capítulo Diecinueve – Anna

"No puedo creer que haya tardado tanto en conocer a tu madre", bromeé con él, esperando poder ocultar el nerviosismo de mi voz. Me moví inquieta en la mesa del comedor y esperé por Dios que no se notara lo asustada que estaba.

"Todo va a salir bien", me dijo Callum, acercándose a mí y apretándome la mano para tranquilizarme. "No tienes nada de que preocuparte. No es la mujer que crees que es, te lo prometo".

"Bueno, ella me contrató, ¿no?". Comenté. "Debería estarle agradecida. Ella nos unió de nuevo".

Después de habernos separado, por supuesto. Esa era la parte que no decía en voz alta y la que no quería admitir. Había pasado casi un mes desde que Mario y Clara habían lanzado su ataque contra este lugar, y yo había estado haciendo todo lo posible por asentarme en cómo iba a ser mi vida, viviendo allí oficialmente como compañera de Callum, no solo como niñera de Aidan. Para lograrlo, tenía que conocer a su madre.

Había accedido a venir a tomar un café con nosotros, una oportunidad informal para conocernos y aclarar las cosas. No tenía ni idea de lo que iba a decirle, pero Callum llevaba todo el día intentando convencerme de que no pasaría nada. Nunca podía ocultarle lo nerviosa que estaba. Siempre podía ver a través de mí.

¿Pero podía culparme? Era la mujer que nos había separado antes, la mujer que había sido parte de la razón por la que nos habíamos distanciado todos esos años. Era difícil creer que cambiara de opinión sobre mí tan completamente, por mucho tiempo que hubiera pasado. Callum había intentado asegurarme que no tenía nada de que preocuparme, que era una mujer distinta después de la muerte de su padre y que en realidad solo quería lo mejor para la familia que le quedaba, pero no sabía si creérmelo. No iba a darle crédito hasta que la conociera en persona, y ahora estaba a punto de enfrentarme a la suegra que nunca había imaginado conocer.

Finalmente, oí voces en la puerta. Trevor, charlando con alguien, y una voz de mujer que se acercaba cada vez más. Se me hizo un nudo en el estómago. Oh, Dios, vale. Allá vamos...

"Callum", saludó Tala a su hijo cariñosamente, y él se levantó para darle un abrazo a su madre. Por todo lo que me había contado sobre su relación, parecía que habían pasado por muchas cosas. Había estado resentido con ella durante mucho tiempo, pensando que había sido cómplice de la decisión de su padre de separarlo de mí, pero después de la muerte de su marido, descubrió la verdad. La habían forzado a casarse con su padre de la misma forma que él lo había hecho con Clara, y le habían lavado tanto el cerebro para que pensara que eso era normal que no fue hasta que él se fue cuando empezó a darse cuenta de lo retorcido que era.

Cuando Tala se separó de Callum, dirigió su mirada hacia mí. Era más joven de lo que había imaginado, con los brillantes ojos azules de Callum que se arrugaban en las comisuras cuando sonreía.

"Y tú debes de ser Anna", comentó, dando un paso hacia mí. Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. ¿Qué debía decirle? ¿Qué pensar? Si ella hubiera actuado de otro modo, quizá no me habría separado del hombre al que amaba desde hacía tanto tiempo, y eso me estaba afectando mucho.

Tala suspiró, apoyando las manos en las caderas mientras me miraba. Pero no parecía enfadada. No, no conmigo. Sacudió la cabeza y me sonrió. "Supongo que te debo una disculpa", comentó. Mis ojos se abrieron de par en par. Vale, eso era lo último que esperaba.

"YO... YO... tartamudeé, sin saber qué responder.

"Siéntate", me dijo, señalando la mesa con la mano. "No hace falta que nos pongamos ceremoniosos. Callum, tráenos un café, ¿quieres?".

"Claro", respondió Callum, dirigiéndose a la cocina para dejarnos a solas. Tala se sentó a mi lado, sin apartar los ojos de los míos, y me di cuenta de que quería decirme muchas cosas, igual que yo deseaba poder decírselas. En cuanto Callum dejó de oír sus pasos, habló.

"Lo siento mucho, Anna", me dijo, con la voz temblorosa. "Yo... Desde que supe que habías vuelto a la vida de Callum, supe que te debía una disculpa por lo que te hice. Lo que dejé que mi marido te hiciera".

Suspiró, alzando y dejando caer los hombros mientras apoyaba las manos en su regazo.

"Ahora veo que debería haberle plantado cara cuando me dijo que quería separaros y casar a Callum con Clara", explicó. "Pero yo había pasado por lo mismo cuando tenía su edad. Bueno, la parte del matrimonio, al menos. Pensé que era normal. Tuve que decirme a mí misma que era normal, o no estoy segura de que hubiera sido capaz de mantenerme firme. Dejé que sucediera porque tenía que encontrar alguna forma de dar sentido a lo que me había pasado. ¿Tiene sentido?"

Asentí, lentamente. No me lo podía creer. Esperaba que se pusiera a la defensiva, que intentara justificar la decisión que había tomado hacía tantos años, pero allí estaba, admitiendo su error y explicando por qué ella también lo había cometido.

"Así es", murmuré. "Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso, Tala..."

Ella negó con la cabeza, agitando la mano. "No es culpa tuya", replicó enérgica, aunque pude percibir el dolor subyacente en su voz mientras hablaba. "Pero nunca debí hacer lo que hice. Y si hay algo que pueda hacer, lo que sea, para ayudarte ahora que están juntos... solo tienes que decírmelo. ¿De acuerdo?"

Volví a asentir. Apenas podía asimilarlo todo, pero oír esas palabras de su boca fue sanador de una forma que no había esperado que fuera. Estaba convencida de que su familia nunca querría saber nada de mí, de que siempre me considerarían inferior, pero su madre no solo me decía que lo aceptaba, sino que lo apoyaba. Nos quería juntos. Y haría todo lo posible para que así fuera.

"Gracias, Tala", le dije. Las palabras no eran lo bastante grandes para captar lo que me pasaba por la cabeza, pero eran un comienzo.

Sonrió, pero antes de que pudiera decir nada más, oí la voz de Aidan en el pasillo y miré a mi alrededor para ver a Callum llevando los cafés mientras Aidan iba delante.

"Mira con quién me he topado en la cocina", comentó Callum mientras Aidan se apresuraba a darle un abrazo a su abuela. Ella sonrió, apretando la cara contra su pelo, su rostro escrito de alegría por su presencia.

El resto de la tarde pasó rápido y Tala me dio un abrazo en la puerta antes de marcharse.

"Vuelve a visitarnos pronto, ¿vale?". Le dije, sorprendiéndome a mí misma de lo mucho que lo decía en serio. Ella asintió.

"Volveré pronto", me prometió, y le di un apretón en la mano, esperando que supiera lo agradecida que estaba por todo lo que había hecho por mí. No habría podido relajarme hasta saber que ella apoyaba mi relación con su hijo, incluso después de todo lo que había pasado en el pasado.

Aidan estaba cansado de pasar el día jugando con su abuela y se durmió en el sofá mientras los tres veíamos una película juntos. Callum lo llevó a la cama y yo me metí en la ducha de la habitación que ahora compartíamos. Volvió justo cuando yo salía y soltó un largo silbido al verme en bata delante de él.

"Basta", me reí, y él sonrió, acercándose a mí y apartando la bata.

"Dios, qué buen aspecto tienes", murmuró y me acarició el cuello, aspirando mi aroma. Cerré los ojos y me hundí en él, dejando escapar un pequeño gemido al sentirlo tan cerca de mí de nuevo. No podía saciarme de él, y no estaba segura de poder hacerlo nunca. A pesar de que las cosas habían sido tan tranquilas y perfectas durante el último mes, aún quedaba mucho por recuperar, tanto tiempo que habíamos pasado separados.

Tiró de mí hacia la cama y dejó que me quitara la bata de los hombros para que mi piel húmeda quedara desnuda delante de él. Se puso encima de mí, sonriendo mientras me besaba lentamente, sus manos recorriendo la curva de mi cintura como si no pudiera creer que por fin estuviera allí.

"¿Aún no te has cansado de mí?", comenté, más que nada bromeando. Se rio mientras me rozaba la garganta con los dientes.

"Nunca", respondió, y empezó a bajar por mi cuerpo, tomándose su tiempo, como si estuviera saboreando cada momento. Lo miré de reojo mientras me besaba justo debajo del ombligo, lo que me provocó un calor palpitante en la parte inferior del cuerpo y me hizo doblar los dedos de los pies contra la cama. Verlo así, tan dedicado a darme todo el placer que deseaba, lo era todo para mí, y no pude evitar acercarme para rozarle el pelo con los dedos, bajar por su mandíbula y sentir la aspereza de su barba de tres días bajo mi contacto. Siempre me daba vueltas la cabeza, la forma en que podía ser tan duro y tan amable al mismo tiempo, y cómo solo parecía mostrarme ese lado de sí mismo.

Se deslizó entre mis piernas, separándome los muslos y mirándome el coño por un momento, como si admirara mi aspecto. Mi espalda se arqueó un poco, casi por sí sola,

respondiendo a la forma en que me miraba antes de que pudiera evitarlo. Soltó una risita, rozándome con los labios el interior del muslo, y yo dejé escapar un gemido desesperado de necesidad al sentir su cálido aliento contra mi piel.

"Realmente lo necesitas, ¿eh?", me preguntó juguetonamente. Asentí con la cabeza.

"Por favor", murmuré, retorciéndome en la cama frente a él. Y, por fin, me dio lo que tanto ansiaba: plantó sus labios contra mi coño y envió una oleada de placer por todo mi cuerpo.

Gemí cuando le sentí mover su lengua en largos y lentos círculos alrededor de mi clítoris, acariciando mi punto más sensible hasta que mis manos se cerraron en puños contra la cama. Sentía cómo la humedad se extendía por el interior de mis muslos, cómo mi cuerpo pedía más, todo lo que él pudiera darme. Sentí que mis caderas se apretaban contra él, moviéndose al compás de sus caricias, incapaz de ocultar lo mucho que lo deseaba.

Me hundió los dedos en las nalgas, atrayéndome hacia él como si no pudiera saciarse, como si quisiera atiborrarse de mi sabor. La forma en que me tocaba no se parecía a nada en el mundo. Ninguno de los hombres con los que había estado me había hecho sentir como él, tan deseada y tan deseante, como si yo fuera la cosa más caliente del planeta.

Atrajo mi clítoris entre sus labios, succionando ligeramente mientras me acercaba cada vez más al orgasmo. Podía sentir el calor en mi vientre empezando a hervir hasta el punto de no retorno, mi sistema recalentándose con un deseo que no podía controlar, hasta que, por fin...

Grité y mis muslos se apretaron alrededor de él para inmovilizarlo mientras me acercaba al límite y me liberaba. Mi clítoris palpitaba bajo su lengua mientras él seguía masajeándome con la boca hasta que lo aparté, demasiado sensible para continuar.

"Joder", jadeé mientras me inclinaba para besarle y le empujaba hacia atrás en la cama para que se tumbara de espaldas frente a mí. La cabeza me daba vueltas por la necesidad, y forcejeé con su cremallera hasta que se rio, apartándome las manos para que pudiera hacerlo.

"Déjame", murmuró. "Parece que ahora no estás lo bastante lúcida para eso".

Me abalancé sobre él, besándole de nuevo, saboreando mi propia humedad en su lengua mientras sacaba la polla y me sentaba a horcajadas sobre él. Ya podía sentir su dureza rozándome, y lo necesitaba dentro de mí, lo deseaba como ninguna otra cosa. Después de todo, había esperado tanto para llevármelo por fin a la cama. Teníamos que ponernos al día, ¿verdad?

Se puso la mano alrededor de la polla, manteniéndose firme mientras yo le ponía las manos en el pecho y me echaba encima de él. Ambos soltamos un largo gemido de placer, y puse mis uñas contra él, sintiendo su fuerza bajo mis dedos.

"Estás increíble", me gruñó cuando empecé a moverme, deslizando las caderas de un lado a otro, masajeándolo desde dentro hacia fuera. Su plenitud dentro de mí era embriagadoramente buena. Nuestros cuerpos estaban hechos el uno para el otro, hechos para encajar, hechos para encontrarse incluso después de tanto tiempo.

Me agarró por las caderas y empezó a moverse dentro de mí, empujándome con movimientos largos y lentos, como si estuviera saboreando la sensación de mi coño envuelto alrededor de su polla. Separé los labios y dejé escapar un gemido, aferrándome a él, aferrándome con todas mis fuerzas, sin querer soltarlo nunca, no mientras viviera. Ni entonces ni nunca.

Volví a girar las caderas contra él, metiéndole aún más adentro, enterrándolo hasta la empuñadura, y vi cómo sus ojos empezaban a brillar de puro placer. Quería llevarlo al límite. Quería sentir cómo acababa dentro de mí. Necesitaba sentir el calor de su semilla mientras me llenaba hasta el borde, dándome todo lo que necesitaba.

Nos movíamos juntos, al unísono, empujándonos mutuamente para que no quedara ni un centímetro de espacio entre nosotros. Podía sentir cómo se tensaba, cómo sus manos se clavaban en mis caderas desnudas como si quisiera dejar marcas. Como si lo necesitara. Como si no hubiera dejado ya la marca más profunda dentro de mí, en mi corazón, en mi alma.

El calor volvía a agitarse en mi vientre mientras seguía moviéndome, echando la cabeza hacia atrás y respirando con dificultad. Me pasó los dedos por el vientre, hasta el pezón, y jadeé ante la sensación. Se incorporó y me rodeó con los brazos, apretándome mientras seguía empujándome, con nuestros cuerpos tan pegados que no había espacio para nada más.

Y por fin lo sentí, el torrente de su orgasmo dentro de mí. Su cuerpo se puso rígido y soltó un gruñido largo y grave cuando alcanzó su orgasmo, su boca en la mía, la presión de su lengua contra la mía. Fue esa sensación la que me llevó al límite y a mi segundo orgasmo de la noche.

Me estremecí encima de él, el placer me recorrió todo el cuerpo y luego se suavizó cuando volví a la tierra y recuperé el aliento.

"Dios, te amo tanto, joder", me dijo, todavía dentro de mí, con las manos en la parte baja de la espalda mientras me abrazaba. Me eché a reír.

"Tienes que decir eso cuando no te haya hecho correr, entonces me lo creeré", bromeé. Se rio entre dientes y volvió a besarme, atrayéndome hacia sí. Sabía que estaba bromeando. Porque cada maldito día me demostraba lo mucho que le importaba, lo mucho que me adoraba. No necesitaba demostrar nada.

Epílogo – Anna

"¿Cuánto tiempo tenemos que esperar?" Callum me llamó mientras me sentaba en el borde de la bañera, con la prueba encima del lavabo.

"Dos minutos, creo", respondí, sintiendo un vuelco de excitación en el estómago. Sabía que era una posibilidad remota y no iba a hacerme ilusiones, pero algo me decía que esta vez iba a ser diferente. Esta vez, iba a obtener el resultado que había estado esperando todo este tiempo.

Me mordí el labio con emoción mientras oía a Callum pasearse por el suelo de la habitación, como hacía siempre que nos hacíamos una de estas pruebas. Llevábamos seis meses intentando tener un bebé oficialmente. Aunque, con la cantidad de sexo que habíamos tenido, supongo que podría remontarse un poco más atrás en la realidad.

Me moría de ganas de traer al mundo a otro miembro de la familia, un hermanito o hermanita para Aidan. No le habíamos contado nuestros planes, por supuesto, pero sería el primero en enterarse cuando llegara el momento, y me moría de ganas de ver la cara que pondría cuando supiera que iba a ser un hermano mayor. Sabía que lo iba a hacer muy bien. Al igual que su padre, tenía una energía cálida y amable, y sin duda sería el hermano mayor más protector y cariñoso que cualquier niño pudiera desear.

Estaba tan orgullosa de él, de lo lejos que había llegado, incluso en solo el año que yo llevaba formando parte de la familia oficialmente. Debía de ser muy duro para él que una nueva mujer pasara de niñera a madre en cuestión de meses, pero nunca había dejado que le afectara. Estaba muy orgullosa de poder llamarlo mi pequeño. Aunque no hubiera estado aquí durante los primeros años de su vida, tenía la intención de hacer todo lo posible por estar ahí el resto de su vida, y él parecía entender lo serio que me tomaba mi nuevo papel como madre.

Y también como pareja de Callum. Aún no estábamos casados. No teníamos prisa por eso. Cuando encontrabas un alma gemela como nosotros, no había prisa por ponerlo por escrito. No, lo único que importaba era que estábamos juntos y que por fin teníamos la oportunidad de llevar la vida que siempre habíamos deseado, una vida en la que estuviéramos juntos y nada se interpusiera en nuestro camino.

Había vuelto a la universidad para empezar a formarme como profesora. No es que

no me hubiera gustado trabajar de niñera, pero ahora estaba preparada para algo más y, como el dinero no era un problema, podía hacer lo que quisiera. Cuando Callum me había preguntado qué quería hacer realmente con mi carrera, eso había sido lo primero que me había venido a la mente, y me había animado a empezar a presentar algunas solicitudes para cursos de inmediato. Me habían aceptado en casi todos ellos, podía elegir el lugar al que quería asistir y me había decantado por el que estaba más cerca de casa, en la finca familiar.

Me había preocupado de que la reputación familiar de Callum pudiera causarme problemas, pero él se había dedicado a hacer todo lo posible por mejorar su negocio y la seguridad de su trabajo para su familia. Sí, todavía había algunos contactos turbios con los que intentaba cerrar el contacto, pero por ahora, su principal objetivo parecía ser utilizar el dinero que su padre le había dejado para el bien en lugar de invertirlo en las mismas industrias perjudiciales que su padre había financiado. Para darle a Aidan algo de lo que pudiera estar orgulloso cuando llegara el momento, me había dicho. Aunque, si todo iba según lo previsto, pronto tendríamos más de un hijo a quien legar todo esto.

Me mordí el labio mientras cogía la prueba, rezando para que fuera el resultado que había estado esperando. Me había jurado a mí misma que no me enfadaría si no salía como yo quería, pero estaba tan emocionada por traer al mundo a un nuevo miembro de esta familia que no quería perder más tiempo.

Cerré los ojos, recé una oración a quien pudiera estar escuchando y volví a abrirlos. Y el corazón me dio un vuelco cuando vi el resultado.

"¡Es positivo!", grité antes de poder contenerme.

"¿Qué?", exclamó Callum, abriendo la puerta de golpe. "¿Es positivo?"

"¡Sí, mira!" Respondí, empujándolo bajo su mirada. "Es positivo. ¡Es positivo de verdad! Estoy embarazada".

Soltó un grito de júbilo y me abrazó, levantándose del suelo mientras yo me aferraba a él con todas mis fuerzas. Enterré la cara en su hombro, respirando su aroma, recordándome a mí misma que sí, que esto era real. Esto estaba ocurriendo de verdad. Después de tantos años, estábamos formando una familia juntos.

Me bajó de nuevo, me cogió la cara entre las manos y me besó en los labios. "Es una noticia increíble", me murmuró. "Tenemos que llevarte al médico cuanto antes, para que

te examine y se asegure de que todo va bien".

"Lo estará", le prometí. "Sé que así será. No tenemos de qué preocuparnos".

Rozó su nariz con la mía y volvió a besarme.

"Mi madre se va a poner muy contenta", comentó.

"Lo estará", me reí. Ya era tan buena abuela con Aidan que estaba segura de que también adoraría a su nuevo nieto. Esperaba que fuera capaz de pensar en construir su propia vida, fuera de nosotros, pero no la culpaba si lo único que quería era pasar tiempo con su hijo y sus nietos.

"Soy tan feliz ahora mismo", le murmuré mientras le rodeaba el cuello con los brazos. Mirándole a los ojos, sentí como si conociera a este hombre desde siempre, como si nada nos hubiera separado. Era parte de mí, siempre lo había sido, y sabía que yo también era parte de él. Una parte de su familia, una parte de su vida, una parte de su alma.

"Yo también", aceptó, rozando sus labios con los míos una vez más. "Te amo mucho, Anna. Estoy deseando que nuestra familia siga creciendo".

"Oye, acabamos de empezar con uno", me burlé de él.

"Hmm, ya veremos," respondió juguetonamente, y me reí.

"Yo también te quiero", le dije. "Estoy deseando tener este bebé. Sé que van a tener el mejor padre de todo el maldito mundo".

Volvió a estrecharme entre sus brazos y cerré los ojos, dejando que la alegría de aquel momento me inundara y me calmara. Tuve que decirme a mí misma que nunca volvería a sentir algo así cuando intenté dejarlo, pero debería haber sabido que el universo encontraría la manera de que volviéramos a estar juntos. Cuando se trataba de un amor así, hacía falta algo más para separarnos.

Y significaría todo para mí que permaneciéramos juntos y construyéramos la vida que siempre habíamos deseado con el otro a nuestro lado.

Acerca de Lenora Wilde

Hola, soy Lenora, la típica alma reservada y tranquila durante el día, pero una atrevida contadora de historias bajo el encantador resplandor de la luna ;)

Mi corazón está dedicado a crear historias románticas al rojo vivo que hagan arder las páginas. Tanto si busca un subidón de adrenalina como una escapada relajante, estoy aquí para crear historias que cautivarán su mente y le llegarán al corazón. Bienvenido a un mundo donde las posibilidades son tan ilimitadas como su imaginación.

Si te ha gustado este libro, me gustaría invitarte a que te anticipes a los próximos lanzamientos de la Serie " [Imperio Familiar de la Mafia](#) ".

Su opinión sincera es muy valiosa para mí. Haga clic [AQUÍ](#) para compartir su opinión.

Gracias.